



UN VAQUERO

DE

Texas

ERINA ALCALÁ



D.J.57

# Un vaquero de Texas

Erina Alcalá



Primera edición en ebook: agosto 2019

Título Original: Un vaquero de Texas

©Erina Alcalá, 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2019

[www.romantic-ediciones.com](http://www.romantic-ediciones.com)

Diseño de portada: Isla Books

ISBN: 978-84-17474-51-5

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



*Para mis futuros lectores, espero les encanten las novelas de vaqueros,  
de amor y erotismo.*

*La única ventaja de jugar con fuego, es que aprende uno a quemarse.*

Oscar Wilde

# CAPÍTULO 1

Candela se hallaba en la base del cuerpo de marines Camp Lejeune, Jacksonville, en el Condado de Onslow, Carolina del Norte. Las lágrimas le caían por las mejillas con gran pesar.

Con el pecho encogido, la bandera americana en los brazos y un pañuelo de papel para secarse las lágrimas, aguardaba quieta, esperando la llegada de sus seres queridos. Estaba sola al lado de algunos marines y un par de mandos uniformados con semblante serio, en una sala dispuesta para ello. Todo estaba en silencio.

Ya hacía más de una semana que llevaba llorando la muerte de su hermana Bea de veintinueve años y de su cuñado David de treinta.

Ambos eran marines del ejército de los Estados Unidos y habían sido destinados en una misma misión en Afganistán. Habían muerto una semana antes en una emboscada. Cuando le dieron la noticia, ella se encontraba dando clases de español en el Instituto de Piney Green, a ocho kilómetros de Jacksonville y ciudad donde vivía en una casita que a ella le encantaba.

La casa era pequeña, tenía ya unos años y mucho encanto, o al menos a ella le encantaba su privacidad, estaba limpia y era céntrica y podía permitírsela con su sueldo de profesora de español. Era una casita de dos plantas con dos dormitorios. En la planta de arriba, un baño pequeño y abajo una pequeña cocina, un aseo y un salón comedor. Era un tanto desvencijada, pero para ella era suficiente y además por dentro la tenía limpia y coqueta.

Todo era felicidad. Hasta hacía una semana, en que todo se volvió turbio, negro e imposible de asimilar.

Y ahora esperaba el avión que traía a su familia de vuelta a ninguna casa, porque ni David era de allí, ni ellas tampoco. David, su cuñado, era texano, y nunca o pocas veces hablaba de su familia. Había tenido un altercado con su padre en Texas y se fue a Carolina del Norte donde se alistó en el ejército. Eso fue todo cuanto les contó cuando lo conocieron y nunca se volvió a hablar más del tema.

En concreto, con su padre hacía casi nueve años que ni se hablaba, y se fue lejos de casa. No mantuvo comunicación con su familia. Ni su hermana Bea ni ella, sabían si tenían familia, hermanos, madre o tíos.

Su hermana y ella vinieron a Carolina del Norte, porque Candela encontró un trabajo para dar clases de ELE, español para extranjeros, en un Instituto de Piney Green, un pueblo a ocho kilómetros de Jacksonville, la ciudad donde estaba la base donde David era marine. Ese trabajo lo encontró gracias a su amiga Jane, que daba clases de inglés en Huelva, una ciudad de España, de donde precisamente eran ellas y que ella conoció porque hizo las prácticas en el Instituto donde ella daba inglés.

Y así, con un contrato de trabajo puso rumbo a Estados Unidos, pero no iría sola, su hermana mayor, Bea, que no había querido estudiar y trabajaba de camarera en un bar de copas por las noches, dijo que se iba con ella una semana antes.

Su madre estuvo de acuerdo, mejor que irse sola, podían irse las dos. Y su familia se quedaba más tranquila.

Así, llegaron a Jacksonville y allí se establecieron. Alquilaron un apartamento y Candela se compró un pequeño coche, de segunda mano y que temía que se averiara en cualquier momento, pero, le servía para ir al instituto y estaba cerca.

Prefirieron quedarse en Jacksonville, porque allí había bares nocturnos y era más fácil para Bea encontrar un trabajo, ya que no tenía experiencia en otro tipo de trabajo al no haber querido estudiar

Y lo encontró, de camarera, y encontró también a David y se enamoraron. Se casaron en unos meses. Para ellos fue amor a primera vista, y se fueron a vivir a la base en menos de un año.

Bea, se alistó también a los marines y Candela se alquiló una pequeña casita en Pyne, dejando el apartamento de Jacksonville, y así ahorrarse ocho kilómetros de ida al trabajo y otros tantos de vuelta. Y de todas formas estaba cerca de su hermana y su cuñado y se veían con frecuencia.

Le encantó su independencia y estaba tranquila por su hermana que era un poco cabeza loca.

Más tarde, empezaron a ir a Afganistán, a operaciones de riesgo, y ella sufría cada vez que ambos iban, excepto tres años atrás, en que su hermana se quedó embarazada y tuvo su hijo, David, al que le puso el nombre de su padre y del que ella fue la madrina.

Y ese año, ella no fue a la guerra hasta que se recuperó del parto. El pequeño David, era idéntico a su padre, rubio y de ojos azules claros como el mar.

Ellas eran morenas y de ojos castaños claros y se parecían mucho también, hasta en la forma de ser, aunque Candela para ser más joven, era más tranquila y su hermana era demasiado activa, arriesgada y valiente. No en vano, se había alistado a los marines e iba a la guerra. Y ella sufría por Bea, cada vez que se iba y por su cuñado también.

Cuando tuvo su hijo y se recuperó, Bea, su hermana, se reincorporó al trabajo y al pequeño lo llevaban a la guardería de la base, pero cuando iban a misiones en el extranjero, era Candela la que se hacía cargo de su sobrino David y se lo llevaba a su casa.

Y le buscaba una guardería cerca del Instituto donde trabajaba, porque las misiones duraban casi seis meses. Ella le compró una cuna y juguetes para cuando pasaba allí esas temporadas.

A veces, ya casi siempre, el pequeño, la llamaba mamá. Era como su hijo. Lo estaba criando ella. Incluso con dos años le decía mamá.

Cuando su hermana y su cuñado volvían y se lo llevaban a casa, echaba de menos a su sobrino. Con ella, cumplió su primer y su segundo año, y unas Navidades. Y ella, le explicaba y enseñaba fotos de su papá y su mamá para que no los olvidara.

Una de las veces en las que estaban reunidos, le dijeron que debían abrir una cuenta con ella y el pequeño, por si ellos morían, para el entierro y para la guardería y le enviaban dinero mensual. Ella no quería hablar de esos temas que le dolían y les decía que no les iba a pasar nada, que no quería hablar ni saber nada de ello

Aparte, ellos tenían una cuenta con su hijo para la Universidad y testamento hecho. Todo ello, la ponía nerviosa cuando su hermana y su cuñado sacaban el tema.

Candela, sabía que tenían un trabajo peligroso pero no le gustaba pensar en nada malo ni fatídico. Pero el día que había temido tanto, había llegado.

Y allí estaba, temblando como una mariposa en vuelo, mirando la nada, vacía, esperando impotente y compungida, el avión que los traía a los dos de vuelta sin vida.

Ella sabía que si llegaban como iban a llegar, tenía órdenes de que les hicieran una misa católica y los incineraran, juntaran sus cenizas y ella podía echarlas juntas donde decidiera. Y que cuidara a su hijo como si fuese suyo. Era todo tan doloroso...

Cuando el avión llegó, Candela ya tenía preparado todo e hizo lo que se



le pidió. Les dieron las banderas y unas medallas póstumas al valor y continuó toda la parafernalia, hasta que tres días después, tenía las cenizas juntas en una cajita preciosa de madera labrada, encima de la repisa de la chimenea sin saber dónde dejarlas.

De momento las tendría con ella hasta que decidiera dónde esparcirlas. Había tenido tanto papeleo por hacer que no había decidido nada al respecto sobre ese tema.

Había pedido una semana de vacaciones al director del instituto para solucionar todos los temas pendientes. Y esa tarde, con su pequeño David en casa, el hijo de su hermana Bea y David su cuñado, le dio las gracias a la hija de su vecina, una chica, Nina, que se había encargado de que el pequeño siguiera con su vida y cuidarlo mientras ella solucionaba todo el enjambre de papeleo. Le pagó a la chica y la abrazó y le dio las gracias.

David se había quedado dormido en el cochecito y ella, le echó el cabecero hacía atrás y le puso una mantita fina por encima para que no pasara frío.

Iba a hacerse un café cuando sonó la puerta. Dios, todavía no había terminado y no la dejaban en paz.

Aún le quedaba ir el día siguiente sábado y domingo a la base a quitar toda la ropa y vaciar la casa. El lunes ya volvía de nuevo al trabajo.

Abrió la puerta y entró el abogado. Ella ya lo conocía. El señor Scott. Era un abogado, un marine también. De mediana edad, alto y fuerte y como mediador y para resolver conflictos era más un psicólogo que un abogado. Ella se lo agradecía tanto... la ayudó durante toda la semana con todo el duelo y el papeleo.

—Buenas Tardes, señor Scott, pase y siéntese. —El abogado se sentó en el sofá que ella le indicó— ¿Le apetece un café?

—Sí gracias, con leche y azúcar. ¿Le viene bien este momento, señorita Candela?

—Sí, quiero acabar ya con todo, no se preocupe.

—Bien.

—Traigo el café.

Y mientras lo tomaban, el abogado sacó una serie de documentos.

—Aquí tiene, este documento es la custodia de David, una cuenta en la que lleva dos seguros de vida valorados en un millón de dólares, y en la que mensualmente el ejército le pagará la orfandad por sus padres. Serán más o

menos, unos 1500 dólares mensuales, más otro millón por sus padres, del seguro con el ejército. En total dos millones más el ingreso mensual que se le entregará a partir del mes que viene. Esta cuenta, debe dejarse para la Universidad según el testamento y en cuanto termine la Universidad, se le dará el resto del dinero que sobre de sus estudios. Esto es lo que querían sus padres.

—Está bien. Se cumplirán sus voluntades.

—La otra cuenta tiene 345.000 dólares y está a su nombre y al de David, como la anterior, pero esta, era todo cuanto tenían ahorrado y se lo dejan a usted para la crianza del chico. Ellos saben que si le falta algo, usted no lo dejará desamparado. Esta lleva asociada una tarjeta y está a su nombre. La otra no, es sólo para el ahorro.

—Dios mío. Yo no lo necesito, puedo criarlo sola.

—Sí, pero eran sus voluntades. De ahí se han descontado las misas y todo lo referente al tanatorio y gastos y mi minuta. Aquí tiene las facturas para que lo compruebe.

—Está bien. Muchas gracias.

—Eso es todo, salvo que tiene que desalojar la casa de la base. Tengo algunos compradores para los muebles mañana, si le interesa.

—Me interesa.

—Pues nos vemos sobre las diez, van a ocupar la casa y si quieren los muebles se los quedarán y usted solo sacará los objetos personales y la ropa.

—Está bien, iré. ¡Ojala se quedaran los muebles! Se los dejaríamos baratos.

—Pues no la entretengo más. Hasta mañana, señora Candela Molina.

—Hasta mañana Señor Scott. ¿Le debo algo más?

—Todo está cobrado ya.

—Ah, vale gracias. Entonces hasta mañana.

Estaba cansada. Tenía ganas de terminar con todo aquello. Llevaba ya más de una semana y dos fines de semana completos y estaba agotada emocional y físicamente. No podía ni llorar a solas todo cuanto quería llorar.

Le dejaría de nuevo el niño a Nina, la hija adolescente de la vecina, para poder recoger la casa. Se llevaría una maleta de las grandes y entregaría la ropa a un albergue. Y se quedaría con las fotografías y objetos personales y poco más para dárselas a su sobrino, cuando correspondiera y tuviera edad

para entenderlo.

Se dio una ducha, hizo la cena para los dos y cuando el pequeño, despertó, lo baño y cenaron juntos. Tenía que hacer de tripas corazón, por el pequeño, que ahora era suyo. Y debía tener fuerzas para salir adelante.

En los últimos días, lo abrazaba demasiado, pero lo necesitaba. Candela sabía que lo amaría igual que lo hubiese hecho su madre. Y lo educaría y criaría como si fuese suyo. Sonrió... pero si ya lo era.

Lo peor fue, llamar a sus padres, a Huelva. Lo había hecho días atrás para contarles todo. Aquello fue un caos de llantos y pesares. No era pasa menos, y entre lágrimas le dijeron que volviera. Pero ella dijo que no, se negó a abandonar el que ahora su hogar. Sin duda, en vacaciones, le llevaría al pequeño para que lo conocieran. Aunque ella constantemente les mandaba fotos y videos vía móvil para que lo vieran crecer.

Lloraron juntos. Candela no podía llevar tanta carga. Allí en España, en Huelva, vivían también sus dos hermanos gemelos que tenían veinte años y estaban en la Universidad, pero ella entendía el dolor de sus padres y que quisieran tenerla a ella y a su nieto cerca. Era una suerte que sus padres tuvieran a sus hermanos allí. Si no... sí que hubiese tenido que volver y ella no quería. Se había adaptado a la vida en Estados Unidos.

Al día siguiente, muerta y rota de dolor, con unas ojeras que le caían por las mejillas, llegó a la base. Afortunadamente el chico que se quedó con la casa, compró los muebles. Candela, se los dejó muy baratos, aunque eran nuevos, costaban tres veces más, pero ¿dónde los iba a meter? También se llevó toda la ropa que la dejó en un albergue y se llevó las fotos y objetos personales de ambos a su casa.

Dejó una foto encima de la chimenea, al lado de las cenizas, donde estaban los dos abrazados vestidos con ropa del ejército y el resto lo guardó en un baúl pequeño que compró en una tienda de objetos de decoración, fotos, el reloj de su padre, algunas joyas de su madre las alianzas y el anillo de compromiso, las banderas...

El domingo lo pasaría con David, no pensaba ni hacer comida, saldrían a comer y a pasear y dormirían toda la tarde.

Todo volvería a la normalidad, si es que podía llamársele así: normalidad.

No le quedaban lágrimas. Y tenía que ser fuerte para su sobrino que era tan pequeño.

Pasó un mes y ella se hizo a la vida con su sobrino como siempre que se

quedaba con él, lo dejaba en la guardería y lo recogía al salir del instituto, pero ahora, era para siempre.

El niño no echaba de menos a nadie, era un niño feliz. Pero ella, aún no se había recompuesto. Estaba demacrada y había adelgazado cinco kilos al menos.

Era un viernes noche de primeros de Mayo, cuando ya había acostado a David, después del baño, la cena, contarle un cuento y abrazarlo más de la cuenta, cuando la puerta sonó. Sería la vecina, pensó Candela.

Tenía el pijama viejo puesto y el pelo recogido en una cola alta un tanto desmelenada, se había bañado y recogido su pelo largo y liso.

Candela era una chica delgada y ahora más. Era atractiva y sus ojos castaños claros y grandes, de largas pestañas llamaban la atención, medía 1,65 y tenía una nariz pequeña y recta y pómulos altos, pechos generosos sin exagerar y una boca de labios carnosos.

Era graciosa y divertida con sus alumnos y estos la querían y la adoraban. Con los compañeros nunca tuvo problemas y salía con hombres, aunque fuera de una noche.

Iba a Jacksonville de vez en cuando, que era un pueblo grande y había hombres de todas clases y aunque era clasista a la hora de elegirlos, si le apetecía se acostaba con algún chico, claro que eso, se le acabó, a no ser que le pidiera a la vecina quedarse de canguro alguna noche con el pequeño, cuando ya no aguantará más el encierro y pasara el tiempo. Por ahora no podía.

Era joven y necesitaba divertirse y sexo, también. Había ligado con algunos soldados, pero ella no pensaba salir en serio con ninguno. Le daba miedo. Era solo sexo y diversión, amistad y las cosas claras.

Nunca les decía dónde vivía, tenía una responsabilidad con su sobrino y ahora ya no podía al menos durante un buen tiempo. Tenía que pensar en su pequeño que era lo primero para ella.

Sonó la puerta de nuevo y al abrir, antes de decir hola, creyendo que era su vecina o su hija, se quedó pasmada. Era un vaquero alto y rubio, interminable, guapo como él solo e imponente. Con unos vaqueros que se le pegaban como un guante y una camiseta azul clara como sus ojos. Y botas de

vaquero. Su olor penetró en la casa. Se quitó el sombrero negro para saludarla.

—¿No se ha equivocado? —le preguntó Candela.

—Creo que no, si es usted Candela Molina.

—Sí, soy yo. Y usted es... Se parece a...

—Sí, soy Dylan Payne, el hermano de David, el cuñado de su hermana.

—¡Dios mío!, no sabía que tenía un hermano... —Estaba asombrada por el parecido.

—Sí, bueno... —Sacó su carnet de identidad y se lo enseñó. Era texano. No había duda. Además se le parecía hasta en el acento.

—Pase, ¿quiere algo?, un café...

—Sí, un café, se lo agradecería.

—¿Tarta?

—No gracias, el café solo y sin azúcar.

Y cuando fue a la cocina, Dylan miraba toda la estancia. Él ocupaba toda la estancia. Era una casa pequeña y vieja, pero todo estaba limpio. La chica iba vestida un poco desastre para ser profesora, aunque era agradable y educada.

Miró en la repisa de la chimenea y vio la foto de su hermano con la que debía haberse casado, Bea. Era muy guapa. Más que su hermana, claro que en pijama viejo y con ese pelo y sin maquillar...

—¿Le gusta lo que ve? —Lo pilló ella examinando la casa.

—Está muy limpio, algo antigua, ¿son ellos?

—Sí, son ellos vestidos de uniforme.

—Su hermana era muy guapa. Mi hermano siempre tuvo buen gusto.

—Gracias. Estaban muy enamorados. En cuanto a la casa... Me encanta, aunque es alquilada. Pero supongo que querrá saber algo de su hermano.

—Lo sé todo. De mi hermano, de su hermana y de usted, incluso de mi sobrino David.

—¿En serio? —preguntó desconcertada.

—Sí, sé que murió con su esposa Bea en Afganistán. Nos llegó la carta. Bueno... en realidad a mi padre.

—¿Y cómo lo sabe?

—David no mantenía comunicación con su familia. Eso nos dijo. Y no quiso contar nada más.

—Lo sé, pero a mi padre le comunicaron su muerte.

—Lo siento por su padre. Debió sufrir mucho. Y usted también.

—Tuteémonos Candela. Mi padre murió hace dos años.

—Lo siento mucho, de nuevo ¿Y su madre? —quiso saber.

—No tenemos desde pequeños. Bueno, no tengo.

—¿No tiene más hermanos? —se interesó ella.

—No, ninguno, solo estoy yo y mi sobrino David —y ella se pudo en alerta ante su actitud.

—¡Es mío!

—Es nuestro...

—¿Por eso ha venido?, ¿quiere el dinero del seguro? Pues déjeme decirte Dylan Payne que es para la Universidad del pequeño y que el resto se le dará cuando acabe sus estudios. —Y él sonrió—. Eso dijo el abogado y así se hará, así que si ha venido a...

—Señorita Molina —dijo pensando que le gustaba cómo esa mujer defendía a su sobrino.

—Candela, por favor.

—Candela, no necesito su dinero ni el de mi sobrino, pero a él si le corresponde lo que le pertenece de su familia.

—¿Qué familia, si solo está usted?

—Tengo un rancho en Texas.

—Sí, sé que David era de Texas, pero no sabíamos nada más.

—Voy a ir al grano, sé todo sobre usted, mi hermano, su hermana y mi sobrino, como le he dicho antes.

—¿Ha contratado un detective? —preguntó ella intrigada.

Estaba demasiado cerca y su aroma le traspasaba los sentidos. Todo era un caos. Ahora que empezaba a recuperarse y retomar su vida...

—Sí, lo he hecho, ¿cómo si no iba a averiguar todo?

—¡Dios mío! ¿Qué quiere entonces?

—Quiero a mi sobrino.

—¿Cómo? ¡Ni loca! Yo tengo su custodia, soy su tía y aquí llevamos una vida tranquila—. Lo adoro. Es mi vida y no pienso renunciar al él. ¿No lo entiendes? A ti, no te conoce de nada.

—Sí, viven en esta casa... —Pareció mirar alrededor con desaprobación.

—No me insulte. No se lo voy a consentir. ¿Es que usted vive en un palacio? —Dijo ella ofendida—. Soy profesora en un instituto y puedo mantenerlo. No necesitamos grandes lujos, y tengo dinero de sobras para

cuidarlo.

—Y yo tengo un rancho —dijo muy seguro de sí mismo— y también puedo cuidarlo.

Hubo unos segundos de silencio que a ella le parecieron eternos.

—Está bien, iré al grano de nuevo.

—Sí, mejor porque me está poniendo muy nerviosa.

Dylan sonreía y ella tenía ganas de darle un puñetazo. No se merecía con lo que había pasado que ahora viniera el hermano de David y... No le extrañaba nada que su cuñado se fuera de casa. Ese hombre venía mandando, no venía a otra cosa.

—Quiero tener la custodia de mi sobrino.

—¡Por encima de mi cadáver!

—Se la quitaré en los tribunales si se pone terca.

—No puede hacer eso —dijo ella horrorizada.

—Puedo, tengo dinero y el dinero lo puede todo.

Ante esas palabras Candela lo odió con todas sus fuerzas.

—¿O qué?

—Hay otra opción. Esta le gustará más.

—¿Qué otra solución? —grito más de la cuenta—. Y Dylan movió las manos en son de paz.

—Puede venirse al rancho con David, es su referente materno. Allí puede vivir sin ningún coste. No le pediré nada a cambio.

—¿Está usted loco?, tengo un trabajo. ¿Qué voy a hacer en un rancho? Soy profesora.

—Hay una ciudad cercana a cinco kilómetros, con institutos, puede pedir trabajo si quiere, pero no lo necesitará.

—Lo necesitaré, nunca me va a mantener un hombre en la vida.

—Me gusta eso, es una mujer con carácter.

—Bueno, es tarde —dijo de pronto y se levantó.

—Mañana es sábado, estaré hasta el lunes. Le daré el tiempo suficiente para dejar el trabajo y esta casa e irse conmigo a Texas. Ambos somos tíos y es lo único que tengo de mi familia y de mi hermano y estará en su casa y tendrá lo que le pertenece.

—Pero...

—Piénselo, siempre será mejor que los tribunales. No hay otra opción, mañana vengo a conocerlo, sé que es tarde y no he podido venir antes.

Piénselo.

—¿Dónde vive?

—En Graham, en el condado de Young, 9000 habitantes aproximadamente. A 5 km está el rancho Payne. Puede mirar por internet.

—Le aseguro que lo haré.

—No esperaba menos de una mujer como tú.

Y al salir le dijo:

—Me gusta el pijama y el peinado.

Y Candela dio un portazo que retumbó en toda la casa. Maldito hijo de... no podía irse. Comprendía que era el tío del pequeño, pero no podía meterse en unos tribunales, no tenía dinero para perderlo. Y no se iba a gastar el que había en su cuenta con David para mantenerlo.

Ella metió su dinero en la cuenta de su sobrino para tener solo una y la que debía guardar para su sobrino. Había ahorrado esos años una cantidad decente de dinero. Unos 80.000 dólares que junto con la de su hermana y su cuñado, tenían para los dos, más de 400.000 dólares, pero a ella le gustaba ahorrar, claro que ahora con el pequeño ahorraría menos, pero no le importaba.

Y se fue a la cama y estuvo pensando hasta casi la una de la mañana.

Era un vaquero auténtico con una voz preciosa y ronca y acento texano, ocupaba todo el espacio, y era guapo como él solo.

Pero era insolente, arrogante y mandón y estaba acostumbrado a que la gente le obedeciera, seguro. Y ella tenía que proteger a ese pequeño. Joder, joder... ¿No podía tener un poco de paz? Y se echó a llorar.

Tenía su trabajo. Irse a un rancho en Texas, ¿qué iba a hacer ella allí? Pero ese hombre Dylan, la descuartizaría, dejaría su cuenta a cero y hasta la de su sobrino y luego tendría que ir mendigándole.

Bien, si tenían que irse se irían, pero con condiciones. Él tenía derecho, lo comprendía. Ninguno se conocía y no había visto a su hermano en años y estaba solo. Qué noche de nervios...



## CAPÍTULO 2

Apareció de nuevo a las once de la mañana del sábado. Sabía que era él cuando la puerta sonó.

—¡Hola! buenos días Candela —llevaba otros vaqueros, esta vez negros y una camiseta negra, sin sombrero.

—Hola Dylan, pasa.

—¿Qué tal el pequeño?

—Espera, lo conocerás.

—David, ven a conocer a tu tío Dylan —lo llamó— y el pequeño salió y ella le dijo que le diera dos besos y Dylan lo tomó en alto y lo besó. Era igual que su hermano y que él., se parecía mucho y el pequeño, le dijo papá.

—Se confunde. Te pareces a David mucho, aunque eres diferente. Pero es tan pequeño, que no lo nota. Le pasa también conmigo.

—Lo sé.

—A mí me dice mamá.

Tras una pausa en que ella terminaba de peinar a David y él la observaba...

—¿Has pensado algo?

—Tengo condiciones y preguntas.

—Yo ninguna, no tienes novio, ni marido, solo trabajo y una casa alquilada y algo vieja y un coche más bien...

—Me gustan mi casa, mi coche y mi vida.

—Está bien, pregunta tú. Y pon tus condiciones y veamos.

—¿Tienes novia?

—Salgo con una chica.

—¿Supondrá un problema para David?

—Ninguno. No viene al rancho, no le gusta, bueno pocas veces viene, pero no se queda a dormir si es eso lo que quieres saber —y ella se quedó pensando.

—Bueno, si es así... ¿Cómo iremos?,

—En avión y luego en mi coche. El aeropuerto está a más de cien kilómetros del pueblo y luego a cinco, el rancho.

—Tengo un coche.

—Viejo. Puedes venderlo y usar alguno del rancho. O comprarte uno.

—Necesito una chica para David mientras voy al trabajo o una guardería cercana al instituto.

—La tendrás. Yo la pagaré.

—Tiene dinero para eso. Yo lo pagaré. Y tendré que darte algo por estar allí en el rancho.

—No pagarás nada ni tú ni David. ¿Algo más?

—Sí, aparte de que no sé dónde vamos a dormir, eres un terco de cuidado. Y un mandón tremendo.— y él sonrió, y le pareció más guapo aún.

—En la casa, hay habitaciones suficientes. Ya tenéis dos habitaciones preparadas con baño, ambas ya amuebladas. Una frente a otra. La de David era la de su padre. Le he dejado algunas cosas de él. —Ella se emocionó por eso.

—Si no sabías si íbamos...

—Sí, lo sabía. Eres una buena chica y David vivirá feliz en el rancho. Ya verás.

—¿No te han dicho que eres insoportable?

—No, me han dicho cosas mejores.

—Ufff. Solo necesito trabajo y eso no serás capaz de dármelo.

—Tengo influencias.

—Está bien, lo hago por el chico y por ti. No por los tribunales, sabes bien que no tengo dinero para hacer eso, ni tiempo tampoco, ni me voy a gastar el que tengo, es para vivir los dos, si me has investigado, pero no, lo hago por empatía hacía ti, aunque te cueste creerlo— y la miró a los ojos fijamente y ella se puso nerviosa por primera vez.

Al mirarlo, lo vio como un hombre, guapo, imponente y sexy, pero estaba prohibido y ahora no era el tiempo de pensar en sexo ni en amor ni en relaciones, aún tenía la pena y el luto por su hermana, a la que había estado muy unida. Y su cuñado David, que era un ser especial y bueno.

—Lo siento, Candela. Siento tener que hacer esto, pero la mitad del rancho es suya. Y la mitad de su sangre, mía. Y yo, sé cuidar de los míos, como tú también. Por eso haremos esto juntos.

—Tiene una pensión del ejército también.

—Eso no me importa. Creo que debe estar en su casa. Que mi hermano se enfadara con mi padre y se fuera... piénsalo, en realidad que los dos quisieran que David estuviese allí. Tú eres como su madre y no te lo voy a

quitar —Ella lo miró airada.

—¿Tengo que darte las gracias por eso?

—No me has entendido, quiero que esté contigo y conmigo también.

—Será difícil, si tienes pareja y yo en un futuro también me case o algo así, ¿qué va a ser de él?

—Aún no se ha dado el caso. Cuando llegue el momento, pensaremos en ello.

—¿Y qué pensará tu novia de que yo viva en el rancho?

—No se lo he preguntado, pero tendrá que hacerse a la idea. No es mi novia. Ni mi prometida, llevo saliendo con ella seis meses.

—Está bien, eso es parte de tu vida. No voy a meterme en ella, salvo si influye en el niño.

—¿Cuánto tiempo tendrás antes de irnos?

—Tengo que avisar en el instituto, a la dueña de la casa, vender el coche. Y recoger mis cosas, nada más.

—Está bien te ayudaré a vender el coche y a recoger.

—Puedo hacerlo sola.

—¿Una semana?

—Más o menos. Cuando cubran mi plaza sobre todo. No pienso irme y dejarles en la estacada a estas alturas del curso.

—Está bien, el lunes me voy al rancho. Tengo que hacer unas gestiones a las que no puedo faltar, Dame tu teléfono y toma el mío —intercambiaron los teléfonos— Dylan le dio el del rancho también.

—En cuanto tengas todo listo vengo a por vosotros.

—Está bien. Como quieras. No sé si hago bien, la verdad.

—Estás haciendo lo correcto.

Y se dieron los datos y luego, fueron a comer con el pequeño que iba contento con su tío. Iban los dos hablando. El pequeño con esa media lengua...

—Es igual que mi hermano.

—Lo sé. Es una pena.

—¿Qué hiciste con las cenizas?

—Iba a tirarlas al mar cuando fuese. Las tengo en casa. Les hice una misa católica como ellos querían.

—Las echaremos en el rancho. Encargaré una lápida y pondremos sus nombres junto con las de mis padres. Así David sabrá dónde están sus padres.

—Como quieras. Si vamos a vivir allí, será bueno tenerlos a los dos. Me parece bien.

—Gracias Candela, sé que tu vida está aquí, pero yo no puedo cambiarme, en cambio tú sí, te ayudaré a encontrar trabajo en otro instituto lo antes posible.

—Gracias Dylan.

—¿Cómo os vinisteis de España aquí?

—Me dieron una plaza en el Instituto a través de una amiga de aquí, de Jacksonville que estaba en España, y mi hermana se vino conmigo. Le gustaba la aventura y alquilamos un apartamento en Jacksonville. Trabajó en un bar de noche y allí conoció a tu hermano. El resto es historia. Cuando se casaron. Yo me vine aquí, a Pyne Green. Así ahorrraba viaje y estaba cerca de ellos, de todas formas.

—¿Era mayor que tú?

—Sí, un par de años. Se enamoraron perdidamente. Fue amor a primera vista. Y cuando tuvieron al niño y se iban a Afganistán por seis meses cada vez, yo me quedaba con él, hasta ahora. Te enseñaré las cartas cuando llegue a casa. Todo lo que tengo de ellos.

—Está bien. ¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete. Hace cinco que vinimos. ¿Y tú cuántos tienes? —preguntó mientras entraban a una cafetería a comer.

—Treinta y uno. ¿Y has vuelto a casa?

—Una vez, en vacaciones. Mis padres quieren que vuelva con el pequeño, pero yo tengo mi vida hecha aquí, o la tenía hasta que llegaste. Me gusta esta vida.

—Te gustará la vida en el rancho también, ya verás. El pueblo más cercano está a cinco kilómetros. Se llama Graham. Tiene unos 9.000 habitantes. No está mal y tiene dos institutos públicos y otro privado. Puedes mirar en ambos. De todas formas consultaré cuando vaya el lunes. Será lo primero que haga, te lo prometo.

—Está bien, gracias. Si no, en cuanto deje todo esto listo, busco alguno por mi cuenta para el curso que viene.

Después de comer, en silencio, pasearon hacia un parque infantil donde David pudiera jugar.

—¿Cómo es el rancho?

—Es un rancho grande, precioso, de ganado, vacas. Pocos caballos.

Tengo veinticinco hombres trabajando.

—¿Veinticinco? Eso es muy grande, creo.

—Sí, en la casa donde vivo tengo una mujer que se ocupa de todo, María. Luego tengo un capataz Lucas y su mujer Betty, que se ocupan del rancho y de los trabajadores. Viven en otra casa y los trabajadores, algunos son del pueblo y viven en el pueblo y van a diario al rancho y los que quieren duermen en un barracón con todo lo indispensable. Y al que le toca guardia, tiene que quedarse a dormir esa noche.

—¿Cuántas habitaciones tiene la casa?

—¿Estás preguntona?

—Sí, me interesa. Me sale más barato que contratar un detective.

—Muy graciosa. Bien, abajo tiene un aseo grande, una habitación para el lavado y la limpieza, salón cocina comedor todo junto. El año pasado la reformé. Te gustará. Un gran despacho, otra sala de lectura y televisión. Y un gran jardín que no le falta nada. Y arriba cinco dormitorios con sus baños y vestidores. Y no tendrás que cocinar ni limpiar —acabó diciendo y la miró de lado.

—Eso es un añadido, pero no me importa limpiar.

—Por qué será que no me extraña en ti. Y contrataré una chica para David que atienda sus cosas y esté con él hasta que vengas del trabajo o hasta la hora que tú quieras.

—Gracias, eso puedo pagarlo yo.

—No te dejaré. Guardarás tu dinero hasta que David sea mayor y se independice y entonces, si quieres, podrás irte y tener tu propia casa. Y también para ir a ver a tus padres.

—Alguna vez llevaré a David para que lo vean.

—Iré contigo.

—¿No te fías de mí? —Preguntó suspicaz.

—Digamos que quiero ir a España de vacaciones.

—Sí, ya.

Siguieron andando hasta llegar a un parque infantil con toboganes.

—Vamos a montar a este pequeñajo en los toboganes...

Y se lo llevó y el niño pasó una hora incansable con su tío montándose en los toboganes y poniéndose perdido de tierra, ella se sentó en uno de los bancos a observarlos.

No se había fijado en Dylan de lejos y no debería, pero ese hombre era...

no se fiaba de ella y le gustaba dejar atados todos los cabos. Si era así con respecto a David, lo sería con respecto a todo.

Pero era un hermoso ejemplar. Y no era consciente de ello, pero todas las madres que estaban con los niños en el parque, sí. Su pelo rubio y sus ojos azules, sus estrechas caderas y anchos hombros, sin excederse, debido al trabajo, pensó Candela. No lo veía haciendo pesas en un gimnasio.

Ella se había acostado con unos cuantos hombres desde que estuvo allí, pero ninguno parecido a ese. Ese hombre, imponía. Lástima que hubiese otra chica disfrutando de ese cuerpo, pero claro, ¡cómo iba a estar soltero!...

Tenía que dejar esos pensamientos porque un hombre como él no se fijaría en la tía soltera. Pensaría que era la típica profesora mojigata.

Pero ella era joven y en cuanto pasara su luto, volvería a salir como siempre. Aunque ahora, lo primero era su sobrino.

Y se emocionó y sacó un pañuelo y se limpió las lágrimas. Lágrimas que no pasaron desapercibidas para Dylan que la miraba de lejos en esos momentos.

A Dylan, le pareció una mujer frágil y fuerte a la vez, pero verla llorar no le gustó nada. Quizá se había pasado un poco en la forma de pedir, más bien de exigirle irse con él al rancho, sobre todo en esos momentos tan difíciles para ella. Debería tener más tacto.

Para él también eran momentos difíciles, era su único hermano y había llorado solo y se había emborrachado hasta caerse al suelo y ahora no podría decirle nada y ni siquiera reconciliarse con su padre.

Su hermano, murió sin saber que su padre había muerto dos años atrás de una enfermedad irreversible. Él también lo había pasado muy mal.

Su hermano se fue, cuidó a su padre, el rancho y ahora su hermano moría también y le quedaba su sobrino y no estaba dispuesto a dejarlo. Si tenía que arrastrar a esa mujer de pijamas horribles al rancho, se la llevaría.

También ella se había quedado sin su hermana. Así que ambos tenían en común un hijo que no era de ninguno y era de los dos.

Por otro lado estaba la chica con la que salía en Graham, Rachel. Rachel, era una chica alta, y era una belleza morena de ojos azules, preciosa. Aún no le había dicho nada, y sabía que no le haría gracia ninguna tener a otra mujer que durmiera en su casa.

Ella había ido unas cuantas veces al rancho, nunca se había quedado a dormir, ni cuando Dylan reformó la casa y el rancho, el año anterior, y

esperaba estrenarla con ella en su cama.

Había llamado a una decoradora para hacerla feliz, pero eso no sirvió de nada. Ella quería vivir en el pueblo y quería convencerlo de comprar una casa allí para ellos y que fuera a trabajar a diario al rancho y eso de momento, no entraba en los planes de Dylan.

Y menos ahora. Y pensaba que quizá se había equivocado con Rachel, por muy buena persona que fuese.

No pensaban igual, ni querían la misma vida. Hablaría con ella y vería qué hacer, si cortar esa relación. Le daría un ultimátum.

Rachel decía que el rancho olía a vaca. Eso ya le debió dar una pista, pero seguía con ella. Le gustaba hacer el amor con ese cuerpo de escándalo que tenía.

El problema iba a ser, si seguía con esa relación, cómo iba a convencerla de que se fuera al rancho. Y aún no le había dicho lo de su sobrino. Cuando llegara el momento...

Cuando regresaron a casa del parque, el pequeño estaba tan cansado que se quedó dormido en el carrito de camino y ella lo tapó con una manta.

—¿Quieres café?

—Sí, gracias

—¿Tarta?

—Hoy sí me apetece, este chicarrón me ha dejado molido —dijo y ella sonrió.

A Dylan le encantó verla reír.

—Sí, tiene un aguante de cuidado.

Hizo los cafés y se sentó en el sofá con él y le enseñó las cartas de ellos y Dylan las estuvo leyendo, y una copia del testamento y las cuentas y las facturas.

—Haré unas copias para que tú las tengas también.

—Gracias Candela. Sé que te obligo a hacer algo que no quieres, pero te lo agradezco en el alma.

—¿Por qué se fue tu hermano del rancho?

—Siempre discutía con mi padre. Quería ser marine y mi padre quería que se quedara en el rancho. Pero él quería ir a ver mundo. Pensaba que eso sería fácil.

—Le encantaba, Dylan. Ser marine era su vida y para mi hermana también. No sabes cuánto luce para que ella no se metiera en el ejército

cuando vinimos y se casó con tu hermano. Me costó hasta tres meses estar enfadadas sin hablarnos. Pero comprendí que era lo que ella quería, como tu hermano y estaban satisfechos.

—¿Y ahora qué?

—Ahora hicieron lo que ellos quisieron. Y nosotros no pudimos hacer nada. Ahora nos queda su hijo, y será lo primero para nosotros.

—Sí, tienes razón.

—La tengo, no te culpes.

—Mi padre no quiso que lo llamara cuando se estaba muriendo —dijo con pesar—. No sé cuál era más cabezota.

—Eso fue una cabezonería también por parte de tu padre. O será cosa de familia.

—Sí, así eran ambos.

—Y tú también. ¿Dónde te alojas?

—En Jacksonville. Si quieres vengo de nuevo mañana y hacemos lo mismo que hoy y comemos fuera. El lunes me voy a Texas.

—Si quieres...

—Quiero —dijo sonriente—. Estaré a las once. ¿Te parece bien?

—Sí, es una buena hora. Intentaré esta tarde ir recogiendo algunas cosas.

—Gracias Candela, siento que seas tú la que tenga que cambiar, pero te prometo que te compensaré.

—No te preocupes. Disfrutaremos de nuestro sobrino. Tenemos que hacerlo lo mejor posible por ellos. Se lo merecían.

—Sí, lo haremos. No podemos estar en guerra nosotros también. No sería bueno para el pequeño.

—Lo sé. Por mi parte haré cuanto sea necesario.

—Por la mía también.

—Me alegro de conocerte Dylan. David va a quererte mucho. Necesita un referente paterno.

—Y una madre que lo quiera y nadie mejor que su tía —ella se sonrojó y él se dio cuenta.

—Bueno, me voy. Te dejo, hasta mañana.

—Hasta mañana Dylan.

Parecía que todo había ido mejor de lo que pensaba. Tampoco era un ogro. Se preocupaba de su familia y David era su familia también. Y era un buen hombre. Otro cualquiera, no hubiese hecho nada y se hubiera quedado



con el rancho para él solo y no dividirlo a medias con su sobrino.

El lunes, Dylan viajó a Texas y ella empezó todos los trámites para que se fueran con él. En el instituto dijo que no se iría hasta que tuvieran un sustituto, no podía dejarlos en la estacada a esas alturas del curso. Y por las tardes recogía las cosas en unas cuantas maletas.

Si iba a viajar en avión, las maletas le servirían, así que tuvo que comprar un par de ellas grandes y una pequeña, ya que ella sólo tenía una, e ir guardando cosas y dejando lo inservible y no imprescindible. Dejaría sobre todo ropa que ya no les servía y allí compraría nueva.

Hablaba con Dylan todas las noches y le dijo lo del instituto. Tuvo que convencerlo de que era una persona formal y en cuanto encontraran un sustituto entonces se iría. Y Dylan se desesperaba.

Y eso ocurrió tres semanas después para alegría por fin de Dylan. Pero en eso, ella no dio su brazo a torcer, mientras Dylan pensaba en lo terca que era esa mujer y él que creía que era frágil y que había que protegerla...

Y cuando lo llamó a las tres semanas diciéndole que ya estaban listos que el coche lo había vendido y la casa podía dejarla cuando quisiera, Dylan le dijo que iría al día siguiente a por ellos.

Candela le dijo que no hacía falta, que ellos podían ir al aeropuerto, pero Dylan no quiso y al día siguiente, como prometió, lo tenía en su puerta con un monovolumen que había alquilado.

Metieron todas las maletas en él y el carrito del pequeño y fue a darle las llaves a su casera. Ya había repasado bien todo y se había despedido de todos los profesores y de su vecina.

—¿Cuántas maletas llevas?

—Pues son cuatro. Una pequeña. El niño, los libros, mi pc, la ropa que he dado la mitad, no creas, objetos personales y llevo las cenizas en una y los recuerdos personales de ellos para cuando David sea mayor. No llevo cajas, solo maletas y me he deshecho de un montón de ropa que tendré que comprar nueva.

—Está bien, venga, tenemos el tiempo justo para tomar el próximo vuelo.

Y cuando llegaron al aeropuerto, Dylan dejó el coche alquilado en el parking, facturaron las maletas, tuvieron el tiempo justo para tomar algo y emprendieron el vuelo rumbo a Texas.

En el vuelo, Candela iba muy callada, el pequeño se había dormido y Dylan iba con los ojos cerrados, pensando en lo difícil que le había sido afrontar solo los últimos años. También había sufrido mucho.

Cuando eran pequeños, recordaba jugar con su hermano en el rancho, se llevaban poco más de un año y parecían gemelos. Eran inseparables. Donde iba uno iba el otro. Recordaba la noche en que su madre murió de una neumonía que se le complicó, a pesar de que eran muy pequeños.

Tuvo que ver cómo a su padre le resultaba imposible superar la pérdida con dos niños y un rancho. Por eso, ellos a la salida del instituto, cuando pudieron hacerse cargo de todo, le echaban una mano a su padre.

Dylan fue a la Universidad, pero David no quiso, quería ser mayor de edad e irse a los marines, pero solo lo hizo cuando Dylan volvió de la Universidad y se hizo cargo del rancho.

Recordaba la bronca que tuvo con su padre aquella noche y cómo salió de su casa para no volver más.

Dylan se hizo cargo del rancho cuando volvió de la universidad y su padre fue decayendo hasta entrar en una larga enfermedad que lo llevó a la muerte dos años atrás. Tuvo que hacer de tripas corazón para que se reconciliara con su hijo, pero su padre fue testarudo y terco y murió sin ver a su hijo y él se quedó solo con un rancho sin saber dónde estaba su hermano y se refugió en sacar y hacer próspero ese rancho.

Y lo sacó adelante con sus conocimientos y trabajo duro, sin descanso y sin vacaciones. Sus diversiones eran las chicas.

Lo único que le quedaba... Era joven, ni fumaba ni bebía, estuvo su tiempo de ligues hasta que salió seis meses con Rachel.

Tampoco era una relación demasiado especial, ya que él se equivocó con ella pensando que se iría con él al rancho a vivir. Pero eso no resultó como quería.

A pesar de renovar la casa de arriba abajo, de contratar una decoradora que dejó el rancho de revista, Rachel no quería vivir allí.

## CAPÍTULO 3

Viajaron al aeropuerto más cercano al rancho de Dylan en Texas, el aeropuerto regional de Abilene, a 128 kilómetros de Graham. Era finales de Mayo, y ahí estaban, cargados con un carrito y cuatro maletas. Dylan llevaba las maletas y ella empujaba el carrito con el niño.

Buscaron el todoterreno de Dylan.

—Vaya, has puesto un cochecito de seguridad detrás para David.

—Debo estar en todo. Es mi sobrino. Y me multarían si el pequeño no fuese seguro.

—Gracias Dylan.

—No me las des. Es lo que debía hacer. Por la multa, ¿sabes? —dijo irónico.

—Sí, por la multa.

—¿Cuánto tardaremos en llegar al rancho?

—Unas dos horas o así, el aeropuerto está a más de cien kilómetros y pararemos a comer por el pequeño. Y por nosotros también. Vamos bien de tiempo.

—¿María se queda en la casa a dormir?

—No, viene a las siete de la mañana y se va a las tres de la tarde. Deja la cena hecha. El domingo no viene. La chica que he contratado para el pequeño, se llama Rose. Tiene veintidós años y es muy eficiente. Ya verás. Vendrá a partir del lunes. De lunes a viernes. Se ocupará de todo lo del pequeño, su habitación, su ropa, y de él. Espero que puedas apañarte mientras tanto. Hoy es viernes. Así que el lunes puedes quedarte a que se conozcan o ir buscar trabajo. ¿Te las arreglarás bien así?

—Claro que me las arreglaré. No te preocupes, porque no tengo nada que hacer hoy, salvo sacar algo de ropa. Mañana desharé las maletas y colocaré todo.

—Pero yo sí tengo que trabajar, casi todos los días.

—Si quieres no paramos Dylan y comemos algo en la casa.

—Hay que parar a comer, mujer. Tampoco es necesario correr.

—Como quieras... ¡Hace más calor aquí!

—Sí, en Texas, tendrás que acostumbrarte al calor, pero en el rancho es

distinto. Tiene mucha vegetación y las noches son más frescas. En esta parte de Texas el calor puede sobrellevarse bien.

—¡Tengo ganas de verlo! —dijo Candela con cierto entusiasmo.

—Te gustará. Seguro.

—Eso es porque a ti te gusta.

—Será por eso. A propósito, he hablado con los amigos que tengo en el instituto, el privado. Si esperas un mes más o menos, se jubila el profesor de español.

—¿En serio?

—¿En serio?

—Si puedes aguantar un mes...

—Iré a verlos antes.

—Por supuesto que sí. Te daré la dirección en el rancho. Y puedes utilizar el monovolumen para moverte.

—¿Cuántos coches tienes?

—Dos, uno para salir y este. Y cuatro plazas de garaje. Y en la parte de abajo, están las camionetas para el trabajo y cuatro camiones para los animales, si tenemos que vender o comprar. Hay tres camionetas. Y luego las máquinas para el campo.

—¿Pero los utilizaréis? Digo los coches.

—Sí, claro, pero puedes cogerlos, Candela.

—Pues me compraré uno para mí. No quiero que nada cambie.

—Si quieres... pero ya te digo que puedes utilizar el que esté disponible.

—No quiero interrumpir la vida aquí. El lunes o el martes, voy al pueblo y paso por el instituto. Iré a ver coches y compro algo de ropa y pañales y algunas cosas para David. No pude traerlo todo. ¿Alguien me puede llevar? Yo vuelvo sola luego.

—Sí, uno de los chicos puede llevarte o el capataz. O yo mismo y desayunamos en el pueblo. Te dejo y luego llamas y te recogemos.

—Está bien. Gracias. —Pero ella tenía en mente comprarse un coche para ir al Instituto y que sirviera para ir al rancho. Se dejaría aconsejar. Y sería nuevo. No quería ya más coches de segunda mano.

Dos horas después y haber parado en una cafetería de carretera, para comer y descansar un poco y haber echado gasolina... entraban el pueblo. A Candela le pareció un pueblo llano y bonito, rodeado de vegetación. No se esperaba eso en Texas. Esperaba una tierra árida y seca, pero era preciosa.

—¡Cuánta vegetación!

—Sí. Esto no es el sur de Texas. Mujer.

—Me gusta, parece un pueblo moderno del oeste de las películas.

—Sí, así es. Tiene de todo, es grande y la gente es buena. Podrás venir cuando quieras, se come bien. Y ahora vamos al rancho, nos quedan diez minutos.

A diez minutos a la salida del pueblo, entraron por una carretera comarcal y a cinco minutos, entraron al PAYNE RANCH, labrado el cartel con hierro. La entrada era una carretera asfaltada con árboles bajos a cada lado. Unos dos kilómetros siguieron hasta verlo todo.

La casa se divisaba a lo lejos en alto y otra casa más pequeña, convenientemente retirada. Y donde estaban, en la parte baja estaban situados todos los barracones y almacenes inmensos a los lejos.

Aquello era una inmensidad que ella no se esperaba. Dylan siguió la carretera arriba y llegó a la casa. Cuando ella bajó y miró abajo, y a todos lados, miró a Dylan y este se sintió orgulloso.

—Dylan, esto es enorme y maravilloso, espectacular

—¿Verdad que sí? Espero que no te arrepientas de haber venido con David.

—Creo que de momento no.

—Bajaron al pequeño que empezó a corretear.

—Parece que también le gusta —sonrió Dylan.

—Siempre que esté en la calle o al aire libre, le encanta...

—Le he comprado un poni.

—Dylan, puede ser peligroso.

—Lleva un casco y a su tío. No puede haber problemas.

—Madre mía. No estamos acostumbrado a esto. Tendrás cuidado.

—No te preocupes por todo. Lo tendré. Todos nos acostumbramos a todo. Cuando viniste a Carolina, seguro que tuviste que adaptarte.

—Sí, la verdad, siempre tienes razón y palabras para todo.

—Fui un estudiante aventajado.

—¿Qué estudiaste?

—Finanzas y Derecho. Lo necesitaba para llevar el rancho.

—Me sorprendes.

—Soy una caja de sorpresas. —La miró a los ojos y ella bajó la mirada. Era tan guapo que no quería pensar nada de lo que estaba pensando y cambió

de tema.

—Pero esta casa es un palacio por fuera.

—Pues espera verla dentro.

—Debo haber estado loca.

Y Dylan movía la cabeza, mientras sacaba las maletas del maletero. Y ella le ayudaba, controlando a David.

—David, no vayas lejos, ven aquí, vamos a la casa. ¡Anda que me hace caso! —dijo exasperada y fue la primera vez que vio a Dylan reír con ganas.

—Muy gracioso. Riele la gracia.

—Mujer, no seas tan estricta. Aquí no le pasará nada. Se parece a mi hermano. Además, los animales están lejos y dentro de las vallas o las cuadras.

—Si es así, Me quedo más tranquila.

Candela, tuvo que reconocer, que aquello era un milagro de la naturaleza, era maravilloso el aire que se respiraba allí, estaba en pleno campo y al lado del pueblo, eso era fantástico.

Sería bueno para el niño. Había vegetación y árboles y los trabajadores se veían a lo lejos, algunos con los animales y otros trabajando en los almacenes.

La casa era inmensa por fuera con un gran porche de dos escalones de madera nueva.

El porche estaba rodeado por una baranda igualmente de madera. A la izquierda un sofá con un par de sillones de terraza y una mesita cuadrada a juego y a la derecha dos balancines y uno pequeño (seguro que lo había puesto hacía días para David), con otra meda redonda.

La puerta era enorme de madera tallada y tenía fuera la placa de una alarma.

—¿Tienes alarma?

—Tengo todos los sistemas de seguridad. Esto es un rancho. No ha habido robos, pero siempre es preferible prevenir.

Cuando entró en ese caserón, le pareció precioso. Era como Dylan le dijo, pero más exagerado. Las estancias eran enormes y mucho más hermoso de lo que había pensado y la decoración era maravillosa.

—Esto es...

—¿Te gusta?

—Me encanta. Es de revista. Las escaleras son preciosas. Me gusta todo,

Dylan.

—Sí, así la quise. Tiene una puerta lateral, para cuando vengo perdido quitarme un poco el barro en un aseo particular que da a la calle.

—Bien. No entraremos allí.

—Hay otro dentro de la casa, en la parte de abajo. Ven, vamos arriba. María se ha ido ya. Le dije que dejara la cena en el horno.

—No me importa hacer la cena.

—Está hecha ya, Candela.

—Vale vamos a ver las habitaciones.

Le fue enseñando la casa por arriba. Dos habitaciones cada lado del pasillo decorado con gusto, y otra al final del pasillo, en frente. La pintura era gris y la casa estaba decorada en tonos grises y azules. Era maravillosa.

—Esta primera a la izquierda, es mi habitación. Todas son de igual tamaño. Menos la mía, que es la principal. Tiene dos baños y dos vestidores grandes. El resto de las habitaciones, un baño y un vestidor. La que está frente a la mía, la dejaremos de invitados y aquella de enfrente y las otras dos, una tuya —y abrió la puerta, decorada en gris, preciosa, con una mecedora y una lámpara de lectura alta y una cómoda alta y grande, que le encantó y dos mesitas de noche. Con cortinas a juego.

Dejó ahí las maletas. Y fueron a ver el dormitorio del pequeño, que estaba frente al suyo. Tenía una cama infantil preciosa y baja y una cómoda y mesita a juego de color azul. Una sillita y un pupitre y una zona de juegos.

—Es... no tengo palabras, Dylan, muchas gracias.

—Sabía que iba a gustarte. Su habitación es la de David.

—Pues me ha gustado todo. De verdad. Es todo un detalle lo de la habitación de David.

—Traeré el resto de las maletas y voy un rato al campo. Volveré tarde. Si quieres cenar o darle al pequeño, hay de todo en la cocina.

—Gracias. Ya me ocupo de todo. No te preocupes.

—Toma, esta es tu llave de la casa. Esta la del garaje y estas de los coches.

—Gracias.

## CAPÍTULO 4

Eran las cinco de la tarde cuando Dylan se fue al campo. Era tarde pero tenía que hacer algunas cosas y el pequeño, de tanto ajetreo, se quedó dormido encima de su cama. Aprovechó para ir sacando cosas de las maletas y colocándolas, primero las del niño y luego las suyas. Había una plancha en su habitación y en una hora todo estaba listo y colocado. Tenía poca ropa hasta que comprase en el pueblo

Las maletas, las subió a los altillos de los vestidores. Su documentación en una de las mesitas de noche y sus libros y pc, de momento los dejó en su habitación, en una mesa al lado del balancín y la lámpara. Tendría que ver un sitio que le sirviera de despacho. Lo necesitaría. Hablaría con Dylan. No quería intervenir en su espacio, pero ella, necesitaba un espacio aunque fuese pequeño.

Las cenizas de su hermana y su cuñado, las dejó en el altillo de la habitación del pequeño, junto con los objetos personales de sus padres.

Aquello era maravilloso, tanto el campo, como la casa. Era exagerada, pero tuvo buenas vibraciones. Le encantaba el campo y la ciudad estaba al lado. Todo un lujo. A eso no le iba costar acostumbrarse y sería el mejor lugar para criar a David.

Ya saldría esos días a conocer el rancho hasta que entrara al Instituto, claro que una vez que hubiera salido de compras. Disfrutaría con el pequeño de ese trozo de la naturaleza.

Estaba agotada, eran las siete y aún no se había despertado David ni había vuelto Dylan, así que se dio una ducha y se lavó el pelo, se puso unas mallas y una camiseta negra de manga corta y estaba secándose cuando apareció el pequeño.

—Hola cariño, ¿me esperas y te ducho?

—Sí mamá —y lo sentó en la gran encimera del lavabo. Su baño, era tipo spa, tenía hasta secador de pelo. Como en un hotel de cinco estrellas. Fabuloso.

Cuando se secó el pelo, bañó al pequeño en su baño y le colocó un pijama y unas zapatillas y bajaron a cenar.

La cocina era tan grande que podía perderse. Sentó al pequeño en la mesa



y buscó en el horno y abrió cajones y puertas para saber dónde estaba cada cosa. Encontró pollo con patatas en el horno y le puso al pequeño un platito y un yogurt.

—¿Está bueno, precioso?

—Sí, me gusta.

—Pues venga, te lo comes todo para ser un niño grande y poder montar un poni que te ha comprado tu tío.

—Un poni.

—Un caballo pequeño de verdad, pequeñito, así —dijo y le señalaba.

—Sí.

—Sí. Tu tío está un poco loco. Loco, mandón y muy atractivo.

Cuando el pequeño acabó la cena, ella pensó que estaría bien llevarse una bandeja al porche y comer allí al frescor de la noche o esperar a Dylan. Esperaría hasta las nueve y si no venía comería sola.

Subió con el pequeño a por un coche para jugar, y ella, se bajó un libro de poemas de Oscar Wilde. Se abrió una cerveza sin alcohol y se sentó en uno de los balancines del porche mientras David jugaba con su coche.

Se había hecho de noche y tenían la luz del porche encendida. Aquello era paz y silencio. Cada vez que leía un poema miraba las estrellas. Allí estaban más bajas. No le importaría tener una casa como esa y un hombre como Dylan para ella sola, pero la casa no era suya y Dylan estaba ocupado.

Ese tipo de hombres, ricos y guapos, porque seguro que era rico con lo que tenía, no se fijaban en mujeres normales con una coleta de caballo y pijamas viejos. Pero eso iba a cambiar.

Se iba a comprar ropa nueva, ya de primavera y verano. Él solo la había visto en vaqueros y pijama desaliñado

¿Cómo sería su novia? Seguro que era alta y guapa. Como si lo viese.

Desechó esos pensamientos y pensó en su hermana y en David y como siempre que pensaba en ellos y miraba a su hijo, lloraba.

Dylan, la miró de lejos y le gustó el cuadro. Ella sentada en el porche con un libro y una cerveza sin alcohol (definitivamente era una bibliotecaria a la que le faltaba el moño y las gafas), el niño jugando. La vio llorar y le dio pena. Si era por sus hermanos, él también lloraba a solas.

—¡Hola!

—¡Hola papá! —dijo el pequeño.

—Hola precioso y lo subió en alto y lo besó. ¿Has comido?

—Sí.

—Y tú Candela, ¿has cenado? —mirándola a ella.

—No, estaba esperándote.

—No debías haberme esperado, si tenías hambre.

—Bueno, me dije que si tardabas, cenaría sola.

—Está bien, voy a darme una ducha. Vuelvo y cenamos.

—¿Te apetece que saque unas bandejas al porche?

—Si te apetece, me parece perfecto. Hace una noche estupenda.

—¿Cerveza?

—Sí, pero con alcohol.

—Te la iba a poner así.

—Una chica lista.

Subió, se duchó y se puso un chándal, con pantalones negros de algodón y una camiseta blanca, y unas deportivas. Mientas, Candela ponía la comida en dos bandejas y para ella agua y una cerveza para Dylan. Luego haría café.

—Ummm. Esto huele fenomenal ¿David, estás jugando con tu coche, pequeño?

—Ese coche le encanta. Es su favorito —dijo ella.

—Es muy bueno.

—Sí, lo es. Es un niño encantador y educado.

—Si tiene una buena profe...

—¡Anda siéntate a comer!

—¿Has disfrutado del porche?

—Me encanta el porche. Si me das a elegir, me quedo aquí.

—También es mi sitio favorito. Pero en invierno, no se puede estar de noche. Hace frío. Y tendremos que meternos dentro.

—Bueno, es normal. Pero disfrutaremos lo que queda de primavera y verano.

—¿Te arrepientes Candela?

—De momento ni loca, esto es perfecto —dijo ella y Dylan reía—. María es buena cocinera. El pollo está buenísimo.

—Sí que lo es. Mantiene limpia la casa y se encarga de la cocina, para mí. Ahora para nosotros.

—¿No sales hoy? —se atrevió a decir cambiando de tema.

—¿Por qué preguntas eso?

—Pues porque no vas vestido para salir y tienes novia y es viernes.

—No es mi novia, ya te lo he dicho, es una chica con la que salgo a veces.

—Seis meses es mucho tiempo.

—Sí, lo es, pero hoy no me apetece.

—Por nosotros no lo hagas, Dylan. Puedes salir cuando quieras. Yo cierro la puerta y ya está.

—Lo sé, pero hoy no va a ser un día que salga. No me apetece. Estoy agotado. Ha sido un día largo.

—Bueno, no insisto, eres libre.

—Y tú no sales, ¿no te apetece salir?

—De momento no. Estoy de luto, pero cuando pase un tiempo sí que saldré, así que tendremos que hacer guardia con David.

—¿Salías en Pyne Greene?

—Iba a Jacksonville. La ciudad es más grande y hay más gente.

—Y más hombres y marines.

—Soy exclusiva en ese sentido y clasista. No saldría nunca con un marine. Me da miedo.

—Prefieres los abogados y señores con trajes.

—Sí, los prefiero y los chicos normales, pero iba siempre a sitios de hombres con traje, como tú dices.

—¿Y te acostabas con ellos?

—No siempre. Se puede charlar, hacer amistades, tomar una copa y acostarse si te apetece, sí.

—Vaya, vaya, no te imaginaba así —dijo terminando el pollo.

—¿Qué esperabas, que fuera virgen?, ¿que no tuviese vida social ni sexual?... Pues te equivocas. Tengo necesidades, como tú, como todo el mundo. Tú tienes a tu novia. Yo soy libre.

—Me parece perfecto. Y es cierto. Eres libre.

—Pero ahora, de momento no puedo, cuando me encuentre preparada saldré a tomar una copa. Todo se andará.

Dylan entró a por otra cerveza y ella empezó a recoger la mesa. La sujetó la muñeca casi sin proponérselo. Cuando la tocó, su cuerpo se puso en alerta. Ese Dylan, era peligroso para su salud.

—Tranquila. Ahora recogemos, no tengas prisa, se está bien aquí.

—Vale. Después hacemos café si quieres.

Y el pequeño cansado se sentó con ella en sus brazos y ella lo movió un

poquito y se fue quedando dormido.

—Lo subo a la cama —dijo Dylan.

—Si quieres, mientras, recojo y hago café.

—Dámelo. —Y al dárselo, él con sus manos rozó sus pechos.

Candela no quiso darle importancia.

—¡Joder! —iba diciendo bajito Dylan.

Esa mujer no es lo que pensaba. La había visto hasta guapa esa noche. Tenía un brillo especial en los ojos y había rozado sus pechos y se había excitado y eso no le pasaba así de pronto ni con Rachel.

Él nunca se fijaría en una mujer como ella, pero iba descubriendo de Candela, su independencia, su fortaleza y su físico. No era ni de lejos la imagen que tenía de ella.

Después del café y una charla intrascendente, se fueron a dormir.

Candela, escuchó un ruido y se despertó. Pensó que podía ser el pequeño. Había dejado las dos puertas abiertas por si se despertaba, pues estaban al final del pasillo y había visto cómo Dylan cerraba la suya.

Iba con un camisón de raso por la rodilla y con tirantes finos, de color vino tinto. La puerta de la habitación de Dylan estaba abierta, la luz encendida, pero el ruido procedía de abajo. Así que bajó despacio las escaleras, descalza y solo estaba abierta la puerta del despacho.

Dylan, tenía la cabeza echada sobre la mesa y un whisky en un vaso por la mitad y una botella al lado. Estaba llorando.

—Dylan...

Él levantó la vista, había bebido más de la cuenta. Lo supo.

Ella miró el reloj que tenía en el despacho. Eran las 3:45.

—Vamos tienes que ir a dormir. Deja de beber —dijo y se llevó la bebida, tiró el vaso y metió la botella en el aparador de las bebidas.

—Dylan, venga, es tarde. Ve a la cama.

—Yo tengo la culpa, debía ir en su busca y ha muerto por culpa mía.

—Venga, Dylan, no ha muerto por culpa de nadie, ni yo pude hacer nada por mi hermana, ni tú hubieses podido hacerlo por el tuyo... vamos arriba —dijo intentando ayudarlo.

—Un whisky.

—Se acabó la bebida por esta noche. Mañana tienes que trabajar.

—Mañana es sábado, solo tengo despacho.

—Pues con más razón. Venga. Te llevo.

—No puedes conmigo —le dijo terco—. Déjame aquí.

—Vamos Dylan, haz un esfuerzo, eres muy grande.

Él se agarró a ella y Candela apagó la luz y encendió la de las escaleras. Le costó subirlo dos o tres caídas por las mismas y por fin llegó a la habitación.

Lo echó en la cama y le quitó las zapatillas y los pantalones con la intención de dejarle la camiseta.

—¿Vas a tocarme Candela?

—Déjate de tonterías Dylan y ayúdame a quitarte los pantalones.

—Ummm. Se te ven los pezones.

—Lo que me faltaba —dijo ella ahogando una exclamación.

Sin esperarlo Dylan le tocó los pechos con las manos.

—Dylan, ¡deja las manos quietas!

—Me gusta. No llevas nada debajo.

—Claro que sí, llevo el camisón. Mañana vas a avergonzarte de esto. — Él no lo tenía tan claro—. Ayúdame un poco venga.

Y cuando lo dejó en slíps e iba a taparle con la sábana, Dylan tiró de ella y la puso encima de su cuerpo y Candela sintió el calor de su dureza.

—Dylan déjame —dijo sorprendida— venga, has bebido.

Y él la abrazó fuerte con una mano y con la otra, le metió la mano por debajo del camisón y le apartó el tanga. Ella gimió sin esperarlo.

—Dylan...

Candela ya estaba ardiendo. Él la tocaba de forma que ella estaba caliente y húmeda para él. Estaba claro que sabía lo que hacía y la tenía firmemente agarrada por la cintura. Sacó su miembro duro y tieso y entró en ella de una embestida, sin que ella hubiese imaginado lo rápido que podían suceder las cosas. Lo recibió con un gemido.

—Ohhh. Nena. No eres una mojígata, eres... —Intentó decirle moviéndose dentro de ella.

—Dios Dylan, esto no está bien... Por Dios, ¡Oooh!

Dylan, se movió sin más, apretando su cuerpo y su trasero contra ella.

Se movió con rápidos movimientos despertado en ella gemidos, y Candela perdió la noción del tiempo y del espacio. Casi al instante en que sintió que ella iba a alcanzar el orgasmo, Dylan se vació en ella, siguiendo

con sus acometidas, hasta que ella dejó de temblar.

—Dios mío... —Gimió Candela.

Había tenido el orgasmo de su vida con el hombre menos adecuado, en el momento menos apropiado, con un hombre comprometido con otra. Y además estaba borracho. Pero lo peor es que ella no había hecho nada para intentar evitarlo. Y no se habían protegido. Ella se dejó hacer, en cuanto sintió las manos de ese hombre tocar su sexo... había roto absolutamente todas sus normas.

Dylan, se quedó dormido y ella aprovechó para irse a su cuarto sin medir palabra.

¿Qué había hecho? Tenía novia, salía con una chica y no se había protegido, aunque ella tomaba pastillas, no sabía si él se protegía con la otra chica. Era todo una locura.

Ya tenía algo que preguntarle a Dylan, pero en todo caso, no le daría importancia, pero la tenía para ella. No había sentido nada igual con ningún hombre en su vida y para colmo estaba bebido.

Ni siquiera se habían besado y lo más seguro es que Dylan, ni lo recordase al día siguiente, y eso sería lo mejor para ella.

Tardó en dormirse una eternidad.

## CAPÍTULO 5

Cuando abrió los ojos al día siguiente sábado, sentía cómo la llamaban y abrió los ojos y allí estaba él, sentado en su cama, como si nada.

—Candela, vamos despierta.

—¿Qué pasa?, ¿qué haces aquí?, ¿le pasa algo a David? —Se reincorporó de golpe en la cama.

—Nada de eso. David está desayunando con María en la cocina. Lo he vestido y está contento.

—Todo un tío —refunfuñó ella con sueño—. Y Entonces... ¿qué quieres?

—Tenemos que hablar de lo de anoche.

—¿De qué?, no pasó nada anoche.

—No es eso lo que yo recuerdo.

—Dudo que recuerdes algo con semejante borrachera.

—Sólo tomé un par de whiskys y teniendo en cuenta que no suelo beber, salvo alguna cerveza, me hizo más efecto del debido.

—Bueno, pues no pasó nada. Quédate tranquilo Dylan.

—No te hagas la tonta. Te obligué a hacer el amor.

—Si tú lo dices —si tenía en cuenta lo cachonda que la había puesto, obligar no era exactamente la palabra— Tú tranquilo, aunque siempre puedes ponerme un anillo en el dedo. Sería una novedad para mí. No hicimos el amor Dylan.

—¿Ah no?

—No, tuvimos un segundo de sexo rápido y breve. Sin importancia, y no quiero hablar más del asunto. No volverá a ocurrir. —Candela volvió a hundir la cabeza en la almohada.

—¿Eso crees que pasó?

—Eso mismo. Yo no me negué, así que no le des más importancia de la que tiene. No me quiero sentir culpable porque sales con alguien. He roto todas mis reglas contigo. ¿Lo entiendes? y no quiero hablar de ello.

—No eres culpable de nada —le dijo él algo incómodo—. En todo caso soy yo el único culpable de lo que pasó anoche.

—Pues no lo seas. Métete en la cabeza esta frase: *no pasó nada importante*. Tenemos que olvidarlo. No me lo hagas difícil.

—Pero no nos protegimos. Y yo me protejo hasta con Rachel.

—Yo lo hago siempre, pero no habrá consecuencias. No te preocupes. Tomo anticonceptivos.

—Candela... —Pronunció su nombre mirándola a los ojos—, perdona. Eso la conmovió.

—Somos ya mayorcitos los dos, Dylan, no tengo nada que perdonar y nada que hablar del tema. Ni tu tampoco y vas a olvidarlo ahora mismo. Como yo.

—Mujer terca —dijo finalmente y se levantó.

—Lo que quieras. Y ahora déjame que voy a vestirme y a desayunar.

—Te acompaño a desayunar —le dijo echándole un último vistazo—. Te espero.

—Como quieras. Tengo que consultarte una cosa después.

—Lo que quieras. En serio que...

—¡Que te calles Dylan!

La estaba empezando a enfadar.

—Está bien, está bien... —Dijo abriendo las manos en son de paz—. Si es lo que quieres...

—Es lo que quiero.

No se sintió bien al salir de la habitación de Candela. Estaba un poco borracho la noche anterior, sí, pero para él había sido especial entrar en su sexo. Pero para ella había sido sexo breve y rápido. Si no fuese porque era quien era... lo consideraría un insulto. Quizá era demasiado buena y no quería entrometerse en una relación.

Había cometido un error garrafal con ella, tenía que convivir bajo el mismo techo con Candela y con el pequeño y esperaba que no lo odiara tanto como para no soportar vivir los dos juntos. Pero le iba a costar olvidar ese momento con ella.

Pero cuando Candela bajó a desayunar, lo trató como siempre y eso tampoco le gustó.

—Candela. Te voy a presentar a María.

—María ella es Candela, la tía de David.

—Encantada señorita Candela, lo que necesite ya sabe que puede pedírmelo. Ya sé que viene una chica para el pequeño el lunes. Le daré instrucciones de dónde está todo.

—Muchas gracias María, pero llámeme Candela solamente, nada de



señorita. —Y María sonrió—. Muy bien ¿y este pequeñajo? —dijo cogiendo a David—, ¿qué has comido cielo?

—Mamá, leche.

—¿Toda?

—Sí.

—Muy bien, mi niño. Te quiero bichejo —dijo y empezó a darle besos y el pequeño se reía.

—¿Os sirvo el desayuno? —le preguntó María a Dylan que miraba las muestras de cariño que le dedicaba Candela al pequeño. Y le gustó verla así.

—Sí María, sólo he tomado una taza de café hace ya unas horas.

—No debiste esperarme Dylan.

—Bueno, es sábado. No tengo sino papeleo que hacer. Ya he salido al campo un rato.

Y cuando desayunaron, Dylan, le preguntó qué quería consultarle y ella quiso ver la sala de televisión.

—Me gustaría tener un pequeño despacho en ese hueco de la ventana. Si pongo alguna mesa, una estantería para los libros y una silla de despacho.... me conformo. Puedo comprarla, me cabe en ese hueco, la sala es tan grande y luminosa... me gustaría... aquí —dijo señalando el lugar—. Podemos pasar tiempo David y yo aquí. Esta sala me encanta, mejor que en el salón. Le gusta la televisión y puede jugar o ver dibujos animados cuando yo prepare las clases.

—Si quieres esta sala, esta tarde vamos y compramos un despacho después de comer.

—No hace falta que...

—Lo haremos y tomamos la merienda en el pueblo y sacamos al parque a David, incluso podemos venir cenados, si no se cansa antes.

—Está bien, si quieres... pero yo pago el despacho Dylan.

—No quiero.

—Dylan, o lo pago yo o no voy. Es mi despacho. Y no hay discusión. Lo compraré a juego con los muebles.

—Está bien. ¡Qué testaruda eres! ¿Siempre eres así?

—No siempre, pero tú ya haces bastante.

—¿Tú crees? —dijo dándole un tono distinto a la conversación, y ella lo obvió.

—Bueno, voy a trabajar un rato al despacho.

—Y yo voy a dar un paseo con David, aunque se cansará pronto, me llevaré el carrito y un juguete, a media mañana se echa una siesta corta.

—Lleva el móvil por si te pierdes.

—Iré echando migas de pan para que me encuentres.

—Muy graciosa. Si subes un poco colina arriba, verás el cementerio. El lunes llamaré para encargarme la lápida grabada con sus nombres y cuando esté, meteremos dentro las cenizas.

—Está bien, como quieras. Iré a echar un vistazo. Hasta luego.

Candela, salió con David, su cochecito y el libro de poemas que empezó la noche anterior y un camioncito de juguete para el niño, para que jugara. Y un zumo y una botellita de agua, para que se lo tomara al rato.

Pensaba darse un paseo y leer bajo algún árbol. Volvería a la hora de comer, porque por la tarde irían al pueblo a por su despacho y si le daba tiempo podría ver coches. Si no, el lunes o el martes lo haría, y así aprovecharían la tarde con el pequeño.

Siguió sendero arriba y cuando llevaba un rato andando, el peque se quejó y lo metió en el coche.

—Ya pesas campeón y si tengo que tirar hacia arriba... menuda cara tienes pequeño.

Y a lo lejos vio unas cruces. Debía ser el pequeño cementerio. Cuando llegó, le faltaba la respiración.

Estaba vallado con pequeñas vallas blancas. Había cuatro lápidas y estaban limpias y con flores frescas. Allí reposarían las cenizas de su hermana y su cuñado. Miró al frente, y abajo y la vista era maravillosa. Incluso se veía el pueblo a lo lejos.

Estarían bien allí. Ningún sitio podía ser mejor que ese. Ni más espectacular la vista. Y ahí tenían a su hijo.

Siguió hacia arriba del todo y allí se paró. Una gran pradera, un arroyo que cruzaba la misma y los animales pastando o sentados o bebiendo en él arroyo, mientras los vaqueros los observaban.

Allí, bajo un gran árbol, decidió sentarse a leer. Era un lugar maravilloso e íntimo, corría una fresca brisa y se estaba estupendamente. Se veía el pueblo y todo un inmenso horizonte. Miraras por donde miraras, veías vegetación y árboles.

Era un sitio ideal para leer y eso hizo. Y estuvo leyendo hasta que el niño, se despertó y quiso jugar con su camión. Le echaba tierra y jugaba con él

mientras ella lo observaba y disfrutaba con sus risas haciendo montoncitos de tierra.

—¿Vas a ser camionero?

—No, voy a ser papá.

—Eso ni lo sueñes. Yo me encargo de eso. Si papá es tu tío, sí.

Necesitas un sombrero que te quepa en la cabeza.

Y mientras el chico jugaba, decidió llamar a sus padres y estuvo un buen rato hablando con ellos, contándole todas las cosas que habían ocurrido.

—Hija, le decía su madre, ¿y si no encuentras trabajo?

—Ya casi lo tengo, pero tendré que esperar un mes hasta que se jubile el profesor que hay ahora. Iré el lunes al instituto.

—Cuídate y cuida al pequeño, y lo traes cuando puedas que lo vea.

—Espera, os mando un vídeo y fotos, el rancho es maravilloso.

Llevaban más de dos horas y media fuera y Dylan empezó a preocuparse por ellos. No habían tomado nada a media mañana y no se veían por ningún lado. Quizá estuviesen en el pequeño cementerio.

La dejaría otra media hora, pero si no había vuelto para la una y media iría en su busca o los llamaría por teléfono.

Estaba pensando en ello cuando el coche rojo de Rachel, aparcó en la puerta del rancho y sintió sus tacones subir los escalones del porche

—¡Hola Dylan, cielo! Ayer no me llamaste —Y lo besó en los labios.

—Perdona que no pudiera. Tenemos que hablar. Quería llamarte.

—¿De qué tenemos que hablar?

—Pasa al despacho, estaba terminando unas facturas.

—¿Ocurre algo?

—Sí, ocurren muchas cosas, o han ocurrido en el último mes que tienes que saber.

—Pues empieza por el principio cielo. Te escucho.

## CAPÍTULO 6

Cuando terminó Dylan de contarle todo, Rachel, se quedó silenciosa.

—¿Por qué no me lo has contado antes? Hace un mes que lo sabes.

—Sí, pero no podía, por mi hermano.

—¿Y esa mujer va a vivir contigo bajo el mismo techo, solos los dos?

—Los tres, te olvidas del hijo de mi hermano.

—No me gusta Dylan, qué dirá la gente...

—A mí no me importa lo que digan. Por ello tenemos que dejar lo nuestro. Sé que a ti, sí te importa.

—Pero Dylan, puedes venirte al pueblo a vivir, ya sabes que no quiero vivir aquí. Podemos comprarnos una casa o alquilarla y puedes venir al rancho a trabajar, estás cerca.

—Tengo aquí mi casa. No voy a vivir en el pueblo, Rachel, ni me voy a comprar una casa ni alquilarla. Ya lo hemos hablado miles de veces. Y no lleva discusión ninguna. El tema está cerrado.

—Podemos alquilar una para quedarnos los fines de semana.

—No es eso lo que tengo en mente cuando he traído al pequeño. Los fines de semana es cuando tengo que prestarle más atención y disfrutar de él.

—Pero del niño se ocupará su tía.

—No me has entendido Rachel. Lo he traído para cuidarlo, no para que lo cuide su tía. Para eso lo hubiese dejado en Carolina del Norte.

—Pero no has contado conmigo, Dylan. No has pensado en mí.

—No, es cierto, no he pensado en ti. He pensado sólo en el hijo de mi hermano. No quiero que te comprometas en esto. No es familia tuya.

—Esto cambia todo Dylan. Yo, lo siento, pero quiero que te pienses que vivamos juntos.

—Ya sabes mis condiciones. No puedo Rachel, no voy a cambiar. Aquí tenemos que dejar lo nuestro.

—No puedo criar al hijo de otra, quiero salir contigo a solas y no quiero estar esperando a que me llames cuando quieras. Soy joven y quiero divertirme y salir los fines de semana contigo.

—Por esa misma razón. A veces no podré y lo sabes Rachel.

—¿Quieres dejarlo de verdad?

—Es lo mejor para los dos, porque no puedo darte lo que tú quieres. Y no estoy enamorado de ti y lo sabes.

—Pues démonos un descanso Dylan. Puedes pensarlo...

—Rachel, yo no tomo descansos temporales, si lo dejamos lo dejamos para siempre.

—Está bien. Lo dejamos —dijo levantándose de la silla—. Siento todo esto, me abruma ese peso sobre mí. No estoy preparada.

—Yo también lo siento. Eres una mujer estupenda y siento que no puedas con esto y yo no te voy a poner en esa tesitura. No tienes por qué tener esa carga. Es mía.

—Lo siento Dylan, de verdad. Me voy ya. ¡Cuídate!

—Cuídate tú también. Lo siento de verdad Rachel.

No le había resultado tan difícil. En realidad, sabía que no era la mujer que él necesitaba. No estaban hecho el uno para el otro.

Antes incluso de conocer la muerte de su hermano, ya sabía que eso no llevaba a ningún lado. El sexo estaba bien y era una mujer buena y generosa, pero él necesitaba una mujer para su rancho, una mujer distinta. Ella era una mujer de ciudad y a él le encantaba el campo. Y lo abrumaba con vivir en el pueblo, cosa a la que no iba a ceder.

Casi era una liberación y más después de lo que había pasado la noche anterior con Candela.

Ella no quería hablar del tema, pero hacerlo con ella sin protección y aún bebido, había sido lo mejor que le había pasado con una mujer. Su sexo caliente, su orgasmo en su miembro... cada vez que lo pensaba, se excitaba.

Así que ya no tenía que sentirse culpable Candela de nada y él tampoco. Rachel, era historia.

Ya era tarde y no regresaban y fue a buscarlos ladera arriba. Y cuando llegó al cementerio, los vio a lo lejos, a ella sentada bajo el árbol leyendo y el pequeño jugando con un camión.

Candela levantó la vista y lo vio. Y lo saludó con la mano levantándose y sacudiéndose la tierra. Cuando llegó a su lado, el pequeño fue corriendo en busca de él y Dylan, lo agarró en alto y lo besaba y le hacía cosquillas y este se reía. Se lo puso en los hombros.

—Ay, ten cuidado Dylan.

—Vamos, no seas asustona, lo tengo cogido por las manos. Qué, ¿no tienes hambre?

—¿Qué hora es?

—Casi las dos.

—Se me ha pasado el tiempo volando aquí, es una vista maravillosa. Se está tan bien...

—Al final me quitarás el rancho. Bajemos a comer.

—Sí, vamos. No te quitaré nada —dijo mirándolo de reojo—. Es tuyo y de David.

Candela iba con el carrito y Dylan llevaba al niño a hombros. Se quedaron en silencio unos minutos hasta que Dylan lo rompió.

—He roto con ella —le dijo Dylan mientras bajaban.

—¿Con quién?

—Con Rachel.

—¿Rachel es la chica con la que sales?

—Con la que salía.

—¿Y por qué has roto? —le preguntó con curiosidad—. Bueno, no me contestes, es tu vida privada.

—En realidad ella no quiere vivir en el rancho.

—¿Por qué? —Eso sí que la sorprendió—. Si es maravilloso y la casa es una preciosidad.

—Quiere vivir en el pueblo, pero yo no. Esta es mi casa.

—Lo siento —dijo mirándolo.

—No lo sientas. Creo que éramos muy distintos.

Sí, quizás sí, pero aún así no debería haber sido fácil después de seis meses.

—¿La quieres? —Preguntó sin saber muy bien porqué.

—Es buena persona, guapa, generosa, es especial, pero amor, amor no.

—Entonces... bueno no es de mi incumbencia.

—Venga suéltalo Candela.

—¿Por qué saliste tanto tiempo con ella? ¿El sexo era bueno?

—No te cortas un pelo —dijo y ella sonrió—. En realidad salíamos los fines de semana y no todos. Y sí, el sexo no estaba mal, señorita cotilla.

—¿No te has enamorado nunca?

—No y ¿tú?

—Tampoco. He salido con hombres, pero amor, amor... nunca. No he tenido esa suerte.

—O esa desgracia.

—No creo que sea una desgracia. Me gustaría enamorarme —lo dijo con sinceridad y eso no le gustó nada a Dylan por alguna extraña razón.

—Bueno, vamos a comer, que luego nos vamos al pueblo a pasear a este pequeño.

—Se dormiré mientras compro el despacho, seguro. ¿Tomamos café allí luego?, dijo ilusionada.

—Si quieres, lo que diga la señorita.

—Me encantaría...

—Pues a tus órdenes, española.

—Vaquero tonto payaso...

Y él sonreía.

Después de comer, fueron al pueblo y ella se compró su despacho y pagó con su tarjeta. Y lo cargaron en la parte de atrás del todoterreno. Compró en otra tienda, una impresora y un fax, algunos folios y material que necesitaba para el despacho. Libretas y algunos libros...

—¿Ya has acabado?

—Sí, ¿ha despertado?

—Aun no.

—Pues lo metemos en el carrito y tomamos café y tarta.

Y cuando estaban acabando de merendar se despertó el chico y ella le pidió un cacao y un donut y le dieron de merendar.

Lo llevaron al parque hasta que anocheció. Estaba muerto de tanto jugar. Dieron un buen paseo para conocer el pueblo y decidieron cenar en el rancho porque aún era temprano.

Cuando llegaron Dylan le colocó el despacho como Candela le dijo mientras ella, se bañó y al pequeño también. Luego bajó a la sala.

—Gracias. Ha quedado perfecto. Me encanta.

—Ya puedes colocar tus libros y aquí el pc.

—Mañana lo estreno, hoy estoy muerta y no he hecho nada.

—Voy a darme una ducha y cenamos —dijo Dylan

—Mientras le daré de cenar a este juguetón.

Y cuando bajo Dylan...

—¿Te has perfumado para salir?

—No voy a salir. ¿No te gusta mi colonia? —dijo y se acercó más de la cuenta para que lo oliera.

—¡Qué tonto! Huele a caro, carísimo, demasiado para un rancho —dijo y él sonrió.

—Me gustan las cosas buenas.

—Ya lo veo.

—Me lo puedo permitir.

—Lo sé. —se miraron en silencio unos segundos hasta que se acabó la magia—. Bueno ¿comemos?

—Sí, ¿en la cocina o porche?

—Comamos hoy en la cocina y llevo el café al porche. Hoy me siento en el balancín.

—Como buena romántica.

—Si tú lo dices...

En el porche el niño se echó en sus brazos y se quedó dormido con el balanceo.

—Candela...

—Dime...

—¿De verdad te gusta la casa y el rancho? —preguntó sentado en el otro balancín a su lado.

—De verdad, me encanta. No puedo comprender a quien no le gusta vivir aquí. Hiciste bien en convencerme. Aquí a David, se le ve feliz, ¿verdad?

—Creo que sí, que este pequeñajo lo va a pasar en grande. Mañana me lo llevo un rato de paseo con su poni.

—Tendrás cuidado.

—Lo tendré, así estrenas tu despacho y pones en orden tus libros.

Y tras una pausa en silencio...

—¿Cuándo te besaron por primera vez? —Le preguntó Dylan.

—Qué tipo de pregunta es esa —dijo sorprendida y riéndose con ganas.

—Personal, íntima, pero no contestes si no quieres.

—No me besaron —dijo Candela—. Lo besé yo.

—¿Por qué será que no me extraña? —la miró sonriendo.

—Era una niña de seis años, hombre y me gustaba un chico del cole y un



día a la salida lo besé en los labios —Dylan se rio—. Recuerdo haber cerrado los ojos como veía en las películas.

—¡Qué graciosa eres!

—Luego a los 17, me besó el primer chico. Raúl, con el me acosté por primera vez. Era moreno y alto, delgado e inexperto y yo también. Así que imagina, también. Pero estuvimos saliendo hasta que nos separamos para ir a la Universidad. Casi un curso.

—¿Y luego?

—¿Quieres la lista de los hombres con los que me he acostado?

—Más o menos.

—En la Universidad dos relaciones de dos meses. Ese fue mi tope. Todo un record. Y cuando vine aquí, fueron relaciones de una noche. Dos marines y tres de traje.

—Tres clasistas.

—Tres clasistas. Pero eran buenos.

—No eran rápidos y breves.

—Déjate de tonterías Dylan. —dijo riéndose—. Y tú, pero no cuentas.

—¿Por qué no cuento si fue una noche?

—Fue un instante. Eso no cuenta.

—Sí, me llaman el eyaculador precoz —dijo mirándola.

—¡Qué tonto! No, eso fue porque estabas como estabas y no te acuerdas de nada.

—Sí que me acuerdo, bonita.

—Pues olvídalo, guapo.

—Imposible.

—Olvídale —dijo algo incómoda al ver su mirada sobre ella—. Bueno y tú, qué...

—Yo ¿qué de qué?

—Hazte el tonto... besos, chicas. Igualdad. ¿Entiendes?

Riéndose y disfrutando de la noche y de la conversación le contaba.

—Había una chica en el instituto, me acosté con ella durante un año. Luego como tú, en la universidad, fue distinto. Muchas chicas. Mi libido estaba por las nubes.

—No me extraña...

—¿Por qué?

—Porque estás muy bien, eres muy guapo, alto, rubio, ojos azules.

—Gracias mujer, pero no es para tanto. Y luego cuando terminé la Universidad, salía los fines de semana, algunos. Y después Rachel.

—O sea que no las puedes contar.

—No —dijo y se reía...

—Vaya dos, bueno, no hemos perdido mucho el tiempo.

—Teniendo en cuenta la edad que tenemos creo que sí.

—¿Crees que nos están viendo desde arriba?— le preguntó Candela cambiando la conversación

—Creo que sí, y que son felices también. Porque estamos criando a su hijo y no estás sola para ello. Creo que en el fondo, mi hermano sabía que yo no lo dejaría solo tampoco.

—Eres un buen tipo, Dylan.

—Y tu una buena mujer.

—Lo que cualquier chica desea oír.

—Bueno podría decirte otras cosas que te gustarían.— Le dijo riéndose— pero no me dejas.

—No déjalo, acabas de romper con tu chica y estamos de luto. Y no tenemos nada en común, salvo que nos gusta vivir aquí y también está... David.

—Ya es algo.

El domingo se lo pasó Candela por la mañana ordenando su despacho. Le encantó cómo quedó y Dylan se llevó al campo al peque con su poni. Había conocido al capataz y a su mujer. Y estuvo hablando con ellos un buen rato. Saludó a algunos trabajadores... y el día pasó rápido.

Cuando estaban por la noche en el porche...

—Parece que el porche se va a hacer costumbre— dijo Dylan.

—A mí me encanta, pero si tú no quieres salir o tienes trabajo en el despacho...

—No te preocupes. Llevo bien mi trabajo. Mañana viene Rose.

—Lo sé, a ver qué tal le va con David y puedo ir el martes al pueblo, tengo que comprar unas cuantas cosas, e ir al instituto.

—Estupendo. Mejor lo dejas para el martes, así se hace a ella.

—Sí, creo que es lo mejor.

—¿Qué libro lees?

—Son poemas de Oscar Wilde, ¿lo conoces?

—Sí, leí el Retrato de Dorian Gray en la Universidad.

—Me encanta. Tengo casi toda su colección. Es extraño la cultura que tenía este escritor en esa época. Es fabuloso.

—Era gay y estuvo en la cárcel, creo.

—Sí, pero era bisexual, estaba casado y tenía hijos, se enamoró de un chico joven y rico y al final terminó mal. Me encanta todo de él. Los cuentos, las obras de teatro y la novela *De profundis*. La escribió desde la cárcel de Reading.

—Una pena.

—Era un dandi, guapo y seguro de sí mismo que usaba tu colonia.

—Eres irónica, ¿lo sabes?— riéndose.

—Sí, lo sé, me encanta.

—Tenía un concepto distinto de ti cuando te conocí.

—Sí, ¿qué concepto? —le preguntó interesada.

—Una chica frágil a la que proteger, una mojigata que había hecho poco el amor, quizá con un solo novio que la había dejado —y ella reía a carcajadas.

—Como vidente no tienes futuro.

—Reconoce que la primera vez que te vi, llevabas un peinado un poco... y un pijama...

—Sí, me pillaste en el peor día de mi vida. Solo me has visto con vaqueros.

—Y con un camisón de raso color vino tinto suave.

—Deja eso, Dylan. ¿Sabes que eres un ligón?

—Nada de eso, soy un tipo serio, con una gran reputación como trabajador y hombre de negocios.

—Eso me lo creo.

—No bebo, no fumo.

—Pero te gustan las mujeres

—No todas —dijo con convicción.

—¿Tienes un tipo de mujer?

—No, te equivocas. No me fijo en eso en una mujer, aunque si conoces a Rachel algún día, vas a pensar lo contrario, pero no es así. He salido con chicas interesantes, sin ser guapas.

—Me cuesta creer eso.

—Pues créelo.

—Creo que voy a dormir.

—Sí, será lo mejor. Mañana empiezo la semana y me levanto temprano yo también.

—¿A qué hora?

—A las cinco.

—¡Qué trabajador!

—Tengo que levantar y mantener este rancho. A propósito, a finales de año, hago cierre de cuentas anual y dejo algo para el rancho, dos tercios y el otro tercio, son las ganancias y lo guardo.

—¿Por qué me cuentas eso?

—Porque tendré que repartir a partir de este año las ganancias con David a medias. Podemos meterlas en su cuenta de ahorro.

—Pero no es justo —dijo ella.

—¿Por qué? —se sorprendió Dylan.

—Porque el pequeño no trabaja.

—No importa.

—Sí importa. De ese tercio como tú dices, solo le darás una parte.

—¿Un tercio de un tercio?

—Exacto, hasta que trabaje. Una cosa es que tenga la mitad del rancho y otra las ganancias. El resto es tuyo, lo trabajas tú, ¿te parece?

Se la quedó mirando fijamente...

—¿Qué?, ¿qué tengo?

—Tienes lo que hay que tener. Así que le daremos un tercio de un tercio.

—Creo que es lo justo.

—Dios, he conocido muchas mujeres, pero eres una mandona de cuidado a veces.

—Pues anda que tú...

El lunes por la mañana, Rose llegó a las ocho de la mañana y ya estaba Candela levantada.

La saludó y le presentó al peque, que aún estaba dormido. Le dio instrucciones de lo que tenía que hacerle y ya le dijo que el horario en cuanto

supiera el del instituto, lo tendría seguro, el sueldo también lo ajustarían.

De momento vendría de ocho a tres que el niño echaba la siesta. Le pagarían por semana. Y la chica estuvo de acuerdo.

Luego mientras ella desayunaba, María, le enseñó la casa y le dio las instrucciones con respecto a la lavadora y el resto para ocuparse de las cosas del pequeño. Y la chica miró los armarios del pequeño y miró dónde tenía la ropa, juguetes, y demás.

El día fue estupendo, pues ella pudo trabajar en el despacho mirando el instituto que Dylan le comentó, preparó su Currículum, la carta de recomendación del Instituto de Carolina del Norte, los contratos de trabajo, cursos y titulación para el día siguiente y concertó una cita con el director que ya sabía quién era.

Mantuvieron una charla de unos diez minutos y se sintió muy satisfecha.

David, por su parte, lo pasó muy bien con Rose, encajaron muy bien ambos. Así que al día siguiente podía irse tranquila al pueblo a hacer todos los recados que tenía.

Dylan, comía a media mañana en el barracón de los chicos y María les hizo algo a mediodía para el chico, para ella y para Rose. Dejó la cena hecha y se fueron las dos, María y Rose a las tres de la tarde.

Y se quedó sola con David, que echaba la siesta en su sillita y ella, se tumbó en el sofá de la sala de televisión.

Cuando despertaron, le dio la merienda y salieron a dar un paseo. Bajaron a los almacenes y a los barracones y fueron saludando a algunos trabajadores y a Lucas, el capataz, un hombre de unos cuarenta años que le mostró, qué era cada almacén.

También fue a ver a Betty, la mujer de Lucas, el capataz, que estaba haciendo la cena a los trabajadores y estuvo un buen rato en el pabellón con ella charlando. Quiso ayudarle, pero Betty no consintió que le pelara ni una patata.

Después subieron de nuevo a la casa y se ducharon, al pequeño le puso el pijama y le dio la cena y ella se puso un chándal.

Eran las siete de la tarde cuando apareció Dylan. Su jornada de trabajo era intensa, la verdad. Era un gran trabajador. La saludó y besó al pequeño y fue a ducharse.

—No te echas mucha colonia, vaquero.

—¡Qué mala eres, española! Me echaré más, solo para molestarte.

—Ja... ja.

Ese día fue intenso para el niño, así que se durmió antes y cenaron a solas en el porche.

—¿Mucho trabajo?— le dijo ella.

—Mucho, esta época es época de trabajo, paren vacas, viene el veterinario, y a veces tendré que salir al menos unos días o una semana a comprar ganado o a vender. ¿Te podrás quedar sola?

—Claro que sí, no te preocupes.

—Si no que se quede Rose o María.

—Para nada, Dylan, hemos vivido solos antes.

—Está bien. ¿Mañana vas al pueblo?

—Sí, he quedado con el director a las diez, pero puedo ir sola, no te preocupes.

—No podré llevarte, pero si quieres llevarte uno de los coches.... Ahí están las llaves en el cajón de la entrada.

—Gracias. Me las apañaré. No te preocupes. ¿Quieres café?

—Sí, por favor. Estoy muerto.

—¿Un trocito de azúcar?

—Si tú quieres, yo también.

—Pues quiero.

—¿Qué quieres?

—Tarta, bobo. No te soporto.

Y Dylan se reía, porque ella lo decía en broma. Y le gustaba bromear con ella.

Al día siguiente, dejó al niño con Rose y pidió un taxi.

—¿Para qué quiere un taxi, señorita?— Le dijo María. Algún chico puede llevarla o se puede llevar uno de los coches del garaje.

—No puedo María, los hombres tienen su trabajo y pienso comprarme un coche hoy.

—Ya verá el señorito...

—Que diga lo que quiera. Quiero mi propio coche. Os dejo al pequeño. Ya está ahí el taxi. Además son solo cinco kilómetros. No voy a arruinarme.

—Váyase tranquila, cuidaremos al pequeño.

—Vendré antes de que se vayan.

—Rose no se irá hasta que vuelva.

—Gracias María, eres un amor.

## CAPÍTULO 7

Tomó el taxi y fue primero al instituto. Tenía la cita a las diez de la mañana con el Director.

El instituto era el único instituto privado del pueblo. Había otros dos públicos.

La cita con el director fue mejor de lo esperado. Como iba recomendada por Dylan, la trató como si fuese una excelencia.

Candela, le mostró todos sus documentos y su Currículum y el director, le dijo el sueldo, el horario, le enseñó el despacho que iba a ocupar, donde estaba el profesor que se jubilaba e iba a sustituir y con el que tuvo una charla amplia.

El director la dejó con él y le dijo que pasara después de nuevo por su despacho para firmar el contrato.

El profesor que se jubilaba, le explicó las clases, los horarios, los alumnos, cómo eran, todo, cosa que le agradeció.

Luego de despedirse, volvió al despacho del Director, este la llevó a firmar el contrato y le dijo que empezaría el 12 de Junio, antes de lo esperado, quedaban menos de dos semanas para ello.

Y le hablo de los cursos de verano cuando terminara el curso en el instituto. Necesitaban profesores y se pagaban bien. El horario era más corto, solo tres horas diarias pero el sueldo estaba bien. Y ella dijo que le encantaría hacer esos cursos.

Eran sólo dos meses. Julio y Agosto y luego tenía 15 días hasta empezar de nuevo el curso el 15 de septiembre.

Así que se apuntó a todo y firmó sus contratos. Los cursos de verano eran de diez a una de la tarde y el horario escolar del curso, de ocho a tres de la tarde, como en Carolina.

Así que de momento, hasta finalizar el curso, Rose estaría de siete y media a tres y media y en los cursos de verano de nueve a tres. Ya vería con Dylan qué iban a pagarle.

Salió muy contenta del Instituto. Se llevó los libros para continuar con las clases en donde las dejaría el profesor, y así poder preparar lo que quedaba de curso que era bien poco, hasta finales de junio. También los libros de los

cursos de verano. Los que ella iba a impartir.

Pasó por el banco y sacó algo de dinero para tener en efectivo. Y domiciliar la nómina en la cuenta que tenía con David.

Sacó doscientos dólares y se fue a por su coche.

Preguntó dónde encontrar un concesionario y fue andando, no estaba muy lejos. Después de mirar coches uno tras otro, se quedó con uno mediano. Un Ford Kuga, blanco, precioso.

Eso más lo que necesitaba para el pequeño, ya no quería más coches viejos, porque se gastaba más en ellos que en uno nuevo.

Y con su coche nuevo que pagó al contado, se fue a un centro comercial que le indicó el vendedor del concesionario.

Allí compró una sillita de seguridad para el coche y la colocó. En la parte de atrás. Para David, ya Dylan tenía una en su todoterreno, pero vendría bien tener dos y no estar cambiando continuamente la silla de un coche a otro.

A continuación compró en una juguetería, juguetes para el pequeño, libros y libretas para dibujar y cuentos. Y lápices de colores, ceras de colores... Un poco de todo. Un triciclo y un coche plástico para montarse y un tractor. Nada muy caro. Unos cuantos peluches y juegos didácticos de montar.

Luego le compró ropa y zapatos y un traje de vaquero con un sombrero para cuando fuese con su tío en su poni, Le encantaría.

Y por último le tocó a ella llenar su vestidor con casi de todo, para salir y para ir al instituto, productos de aseo para ambos, pañales y toallitas para el pequeño, maquillaje y perfume.

Y cómo no, ella también quiso un chaleco vaquero con flecos, sombrero y botas negras. Se compró demasiada ropa, pero tuvo que dejar mucho en Carolina y además necesitaba renovar un poco el vestuario.

Luego pasó por una farmacia y compró algunos productos y medicamentos que pudieran necesitar y un par de termómetros, uno infantil.

Cuando tuvo atestado todo en el maletero, y la parte de atrás con los juguetes grandes, se tomó una buena hamburguesa con patatas y una coca cola.

Se compró libros de lectura para las noches y algunas cosas más para el despacho y salió rumbo al rancho. Eran las tres menos cuarto y no quería que Rose, se fuera más tarde de lo que debía.



Llegó a punto.

—¡Vaya coche! —le dijo María. El señorito se lo quitara— sonriendo.

—Este es mío, María. Le dijo sonriendo.

—¡Qué bonito! —dijo Rose

—¿Te gusta?

—Me encanta. El techo es negro y el coche blanco. Es ideal.

—Bueno, idos ya. Que no quiero que se os haga tarde.

—El niño está durmiendo en la sillita la siesta —le dijo Rose.

—Mejor así, a ver si puedo colocar todo lo que he traído.

Y se puso manos a la obra. Sacó los juguetes y algunos los dejó bajo el porche, los grandes para montarse. Los peluches y algunos cuentos, los llevó a su habitación.

Otros los dejó en la sala, los que eran didácticos y algunas libretas para pintar también. Bajó su mesita y la silla del dormitorio a la salita junto con ella, para que pintara allí. Dejó sus libros bien colocados en un rinconcito de su estantería, que le dejó a él en la parte baja y sus lápices.

Así dejaría el dormitorio solo para dormir y utilizaría la sala para dibujar y jugar, mientras estaba en ella con su despacho.

Y empezó con la ropa. Le dio tiempo a colocar la del pequeño, pero la suya, tuvo que dejar todas las bolsas en la cama, para después.

—¡Hola pequeño! ¿Quieres merendar?

—Sí, cacao.

—Claro, cacao y unas galletas —lo cogió en brazos y se fue a la cocina para preparar café para ella.

—Ya verás qué te he traído. Te va a encantar pequeño.

Cuando terminaron la merienda, lo sacó al porche y cuando vio el camión, el triciclo y el coche, se volvió loco y no sabía en cuál montarse.

Así que se montó en todo. Cuando se tranquilizó, se quedó con el coche de pedales y estuvo jugando un buen rato, mientras ella lo observaba sentada en el balancín.

No tenía ganas de leer esa tarde, ni de hacer nada. Pronto anochecería y pensó que mejor metía todas las bolsas en el vestidor y al día siguiente las colocaría todas en su sitio, se había pasado en comprar cosas.

Miró en su móvil la cuenta. Bueno, era necesario. Y tampoco era tanto. No había gastado ni un dólar de lo que tenía David, y sobraba bastante de lo que ella tenía ahorrado. Además ahora iba a ganar dinero y tendría para pagar

a Rose, aunque estaba segura de que Dylan no la dejaría, así que al menos, ella le compraría la ropa y los juguetes y lo demás.

Ella era testaruda, pero Dylan era más. Y tenían que llegar a un acuerdo sobre el tema del dinero. Estaba deseando que llegara y contarle por la noche todo lo que había hecho.

Era extraño, ella llevaba años sin contarle a nadie qué hacía cada día. Nunca lo había necesitado, pero esta vez lo necesitaba. Contarle a Dylan lo que había hecho durante el día, que la escuchara y el rato del porche tan relajante que ambos pasaban allí.

Parecían un matrimonio. Ni loca. Ella no se casaría. Él no era de los que se casaban y lo cortaba cuando intentaba ligar con ella.

Y no le dejaba hablar del día que la tocó y entró en ella e hicieron brevemente el amor. Breve y explosivo, caliente. Nunca en su vida sexual había sentido nada ni remotamente comparado con lo que sintió con Dylan.

Ni se lo esperaba, ni se lo imaginaba, que el sexo pudiera ser así y eso que él no estaba en el mejor momento. Bebido y ella ni pudo ni quiso retirarse una vez que él le puso la mano encima.

No podía, hacia dos días había cortado con su chica y se habían muerto sus hermanos... y no era su tipo y sobre todo, hacía días que lo conocía, aunque aquello no era impedimento para tener sexo, lo había hecho algunas noches con desconocidos, pero Dylan, era distinto, era el hermano de su cuñado y vivir con él.

Lo iba a ver a diario y eso, sí que era distinto, no quería enturbiar la relación que tenían con sexo. Sería complicar las cosas. Estaba prohibido.

Pero era tan guapo, irónico y encantador... Y estaba buenísimo, pensó ella. Inteligente y trabajador, le sacaba dos cabezas y qué más podía pedir una chica que un hombre sexy en su cama.

Le gustó tanto lo que sintió con Dylan que fue incapaz de negarse y su sexo... no quería pensar en ello, tenía que seguir su vida como antes.

¡Oh Dios!... estaba empezando a gustarle y no quería... y no podía evitarlo.

Por qué se tenía que complicar todo tanto. Si ella se hubiese venido sola a Carolina del Norte, si su hermana no se hubiese empeñado en irse con ella, hora estaría viva, ella estaría dando clases en Piney Green tan tranquila.

Pero claro no tendría a su sobrino David y no hubiera conocido a ese vaquero alto y guapo y no se había enamorado y no sufriría. Porque iba

sufrir con él y por él, lo sabía. Era un hombre complicado y difícil. Y eso era lo que más le atraía.

Cuando viera Dylan, todo lo que le había comprado a David, se echaría las manos a la cabeza, quizá se había pasado un poco, pero no creía que se enfadara por ello. Lo necesitaba. No se había traído juguetes de Carolina porque no le cabían en la maleta y el pequeño necesitaba jugar y ropa también

Habían tenido que dejar en Carolina mucha ropa que ya iría reponiendo en las temporadas y del niño tuvo que dar mucha porque crecía por momentos y todo le quedaba pequeño. Iba a ser un niño grande como su padre y su tío, que aún era más alto que su cuñado.

Así que tuvo que pegarle un pellizco a la tarjeta, pero era necesario y estaba feliz y contenta y no quería que Dylan la viera nunca jamás con un pijama como con el que la vio. Por eso se compró algunos camisones de raso, algunos más sexys y pijamas de dos piezas de pantaloncitos cortos. Ahora si la veía que no pensara que era una profesora mojigata anticuada tipo bibliotecaria.

Quería que la viera como una mujer. No sabía por qué, pero quería gustarle. Por ello también se compró ropa tanto para el trabajo como para estar el rancho y para salir por el pueblo o los fines de semana, cuando pasara cierto tiempo y le apeteciera ir a tomar una copa o a ligar.

## CAPÍTULO 8

Cuando llegó Dylan y vio tantos juguetes, sonrió al ver al pequeño en el coche. Le echó las manos y Dylan lo levantó en alto para darle besos y cogerlo.

—¿Qué te han comprado, pequeño?

—Mama, coche.

—Ya veo. Mamá se ha pasado hoy con la tarjeta.

—Y que lo digas. Te contaré luego.

—Me gustaría pagarlo yo.

—Ya pagas bastante. La ropa y los juguetes corren de mi cuenta.

—Ya hablaremos de ese tema. Primero me ducho y comemos. Estoy muerto de hambre.

Así lo hicieron, pero cuando el niño estuvo dormido, se sentaron en el porche a tomar un café después de cenar, como ya hacían a diario.

—Bueno, dime pequeña, ¿Qué has hecho hoy?, venga, estás deseando contármelo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. Se te Nota.

—Bueno fui primero al Instituto. Estoy contratada. Empiezo en dos semanas. Gracias Dylan. Es por ti esto. Aunque solo estaré este curso dos semanas más. Pero bueno, en septiembre empiezo el curso entero. Y además, voy a dar dos meses, cursos de verano unas tres horas diarias, que me vendrán fenomenal y pagan muy bien.

—Si es por el dinero...

—Es porque me gusta Dylan y solo son tres horas, de diez a una. Podré estar más tiempo con David.

—Estupendo, si es lo que tú quieres, adelante.

—Me he comprado un coche —Dylan casi se ahoga. Ella le dio en la espalda—. Ven, abre el garaje y te lo enseño. Es precioso y lo necesito. Los del rancho no quiero utilizarlos por si acaso se necesitan y quiero algo mío.

—A ver qué te has comprado.

Y a Dylan, le encantó. Lo miró por todos lados.

—Es perfecto para ti. La verdad es que has hecho una buena compra.

—Es nuevo. Y me han hecho una rebaja. También compré una sillita, así no tenemos que estar cambiándola de un coche a otro —Dylan movió la cabeza sonriendo—. Luego fui al banco a domiciliar la nómina y sacar algo de dinero de la cuenta que tengo con David. Allí metí mis ahorros. La otra cuenta, la de David... esa no quiero que tenga tarjeta hasta que vaya a la Universidad. Así lo querían sus padres. Allí le ingresaremos lo del rancho, junto con la mensualidad del ejército por orfandad.

—Bien, estoy de acuerdo.

—He comprado juguetes, libros, ropa productos de aseo y he bajado la mesita escritorio y la sillita a la sala, para que esté conmigo.

—Yo podía haberlo bajado —dijo cerrando el garaje y volviendo al porche.

—No importa. No pesaba nada. Me he traído los libros del instituto y me comí una hamburguesa en el centro comercial.

—Te lo has pasado bien.

—Bueno, comprar no es pasarlo bien, era una necesidad. Este niño crece a pasos agigantados y yo me dejé mucha ropa allí y necesitaba alguna prenda de temporada. Va haciendo calor.

—Tenemos que hablar de dinero, lo sabes Candela.

—¿Y no es lo que hemos hecho? —Él la miró con intensidad y ella sintió un cosquilleo hasta que apartó la mirada—. Tú dirás...

—Primero un seguro de salud para los dos.

—Lo tengo pagado hasta el año que viene. Lo saqué para los dos cuando murieron sus padres. Y lo puse en el mío, así que hasta abril del año que viene, está pagado.

—Pues de eso me ocuparé yo el año que viene.

—Van juntos, mí seguro y el de David —le dijo a Dylan—. Y el mío es más caro. Si quieres, pagas el de tu sobrino.

—No me importa pagar ambos.

—Yo pagaré el mío —dijo ella terca.

—Ya veremos cuando llegue la hora. Pagaré las horas a Rose también. Tiene que firmar el contrato y se le pagará por semanas, pero eso corre de mi cuenta.

Candela empezaba a impacientarse, algo tendría que pagar ella.

—Pues yo pago la ropa y los juguetes —dijo Candela.

—Y yo pagaré cada vez que salgamos a comer o vayamos a algún sitio.

Candela puso los ojos en blanco. Ese hombre era muy terco.

—Tú pagas demasiado Dylan. Esto está desequilibrado.

—Esa es mi última palabra, Candela y no lleva discusión. Además si quiero le puedo comprar ropa y juguetes también

—Ufff, qué cabezota. Y no te rías...

Dylan soltó una carcajada.

—Tranquila mujer, quiero que ahorres para tu vestido de novia.

—No pienso casarme por ahora.

—Bueno, ya somos dos. Seremos tíos solterones y nuestro sobrino tendrá una buena herencia. —Candela se rio de las palabras del vaquero.

Se quedaron unos segundos en silencio y cambiaron de tema.

—Le he comprado un chaleco y un sombrero vaquero —dijo Candela.

—¡No me lo puedo creer! —Se rió.

—Y yo también me he comprado uno —Dylan no daba crédito—, me quedan muy bien. Y unas botas.

—Eso me lo creo menos.

—Pues es cierto —dijo Candela— y espero que me lleves a caballo algún día.

—Eso me lo creo menos que menos.

Ambos se miraron y se rieron a la vez.

—Desconfiado. Te demostraré que puedo ser una texana de cuidado.

—Me gustaría ver eso.

Mientras se miraban, se hizo el silencio entre los dos, pero fue un silencio que parecía presagiar buenos tiempos.

Al siguiente sábado, les trajeron la lápida con los nombres grabados de sus hermanos, y un par de trabajadores abrieron un hueco para meter las cenizas y la colocaron donde Dylan deseaba que estuviera.

Se hizo una misa en su honor, y el cura consagró el lugar.

Candela soltó unas lágrimas y Dylan la cogió por la cintura. El niño entaba en sus brazos y los tres permanecieron juntos. Candela se apoyó en él.

Se quedaron un rato allí, solos, en el pequeño cementerio. Y después bajaron en silencio hacia la casa.

—¿Estás mejor? —le preguntó Dylan.

—Sí, ha sido como la despedida final. Pero ha sido emotivo y bonito. No me hago aún a la idea.

—Yo tampoco. Tú al menos tuviste la suerte de tenerlos los últimos años, yo en cambio recuerdo a mi hermano con apenas veinte años. Un chiquillo adolescente.

—Sí, pero no tenía nada de adolescente, tu hermano era todo un hombre y un ser genial. Cuando se duerma el peque esta noche te voy a enseñar fotos que tengo en móvil. No he podido verlas antes. No he tenido fuerzas.

—Me gustaría verlas.

Y ella volvió a llorar esa noche viendo fotos y hasta Dylan se emocionó.

Un día antes de entrar ella al Instituto, a media mañana, apareció Dylan montado en su caballo y la llamó.

—¿Qué haces ahí con el caballo?, te creía en el campo.

—Soy tu príncipe azul y vengo a por ti.

—El caballo era blanco, bobo.

—Este es negro y es precioso, venga, vamos española vístete de texana que te vienes a dar un paseo a caballo.

—Dylan me va a dar miedo, ¿tú has visto ese caballo tan grande?—. Y Dylan se reía.

—Claro, todos los días, es mío. Date prisa, ponte tu sombrero y tus botas. Las vas a estrenar.

—Espera —y corrió escaleras arriba dando instrucciones a Rose de que cuidara al pequeño.

—Cuando Dylan la vio, no tuvo menos que reírse. Vestida con una camiseta azul, vaqueros y un chaleco marrón de flecos, unas botas y su sombrero, parecía una auténtica texana.

—A ver cómo me monto ahora.

Y Dylan la cogió a pulso y la subió de un tirón.

—¡Ay dios Dylan! —y él se subió al caballo—. Agárrate a mi cintura, relájate y disfruta.

—Dios qué alto...

—Relájate española, vamos a dar un buen paseo

Y ella se agarró fuerte a él pegando sus senos a su espalda, y él los sentía. Y no quería excitarse. Tenía la cara de Candela en su cuello que no paraba de hablar de los nervios que tenía.

—Calla mujer, disfruta. Y deja de temblar.

—Sí, perdona. Es que...

Al final, se relajó e incluso soltó una de las manos para señalarle a Dylan algunas cosas. La llevó una hora y le iba enseñando y contando qué era cada cosa y bajaron al arroyo.

Se bajó del caballo y la bajó a ella frotándola con su cuerpo y la dejó frente a él y la besó sin soltarla. Y, allí, frente al horizonte, enlazando su lengua con la suya, le exigía su nombre.

—Dylan...

—Calla mujer, no rompas la magia.

—Esta magia nos traerá complicaciones.

—No tiene por qué. Creo que hay química entre nosotros.

—¿Desde que me viste en pijama la primera vez? —Él rio con ganas.

—No, desde que toqué bajo tu camisón vino tinto. Y te vi esos pezones que no se me olvidan.

—¿No vas a olvidarte de eso, no?

—Nunca. Eso fue un comienzo.

—¿Un comienzo de qué?

—Ya veremos de qué.

Dieron un paseo andando y Dylan fue explicando cómo era el funcionamiento del rancho y de los animales y al cabo de media hora le dijo...

—Nos vamos.

—A ver si puedo montarme de nuevo. Me duelen las nalgas.

—Puedo darte un buen masaje.

—No lo dudo. Venga monta.

Ambos rieron dando otro significado mucho más sensual a esas palabras.

—No me digas eso dos veces, que hay gente por ahí y nos pueden ver.

—Digo en el caballo.

—Arriba potrilla.

—¡Serás tontorrón!

La montó riéndose y volvieron a la casa tras dos horas de paseo. Cuando la bajó:

—¿Qué te ha parecido?

—Precioso —dijo ella casi emocionada—. Gracias Dylan, pero de verdad que me duelen las piernas. No estoy acostumbrada a esto.

—Se te pasará, ya verás. Otro día lo daremos por la otra parte del rancho.



Ahora te dejo que tengo trabajo.

—Hasta luego, y gracias.

—De nada guapa.

A Candela le pereció muy erótico el paseo. Agarrarse a Dylan y sentir su calor, que la bajara frotando su cuerpo con el suyo, ese beso excitante en plena naturaleza, el maravilloso paisaje, las bromas y sobre todo el detalle que había tenido con ella. Qué Dylan era un peligro para su salud, era más cierto que su nombre.

Candela empezó con suerte en el instituto. Sus alumnos, como era joven, estaban entusiasmados y le dio pena tenerlos un tiempo tan corto durante ese curso. Pero ya tendría tiempo para conocerlos mejor el curso siguiente. Aunque los de último curso ya se irían a la universidad.

Todo marchaba a la perfección. Con Rose, el pequeño, e incluso con Dylan. Ya apreciaba sus charlas y choques por la noche en el porche.

Terminó el curso y se empezó a encontrar más animada, llegó julio y empezaron los cursos de verano.

Un jueves, le dijo a Dylan:

—Voy a salir este fin de semana a tomar una copa.

Por la cara que puso, él no se lo esperaba.

El radar de Dylan se puso alerta. Eso quería decir que podía acostarse con un hombre y no le hacía ninguna gracia. El motivo era evidente, le gustaba Candela. Y no solo físicamente, le gustaban sus charlas porque sabía de todo, sus bromas, la forma en que cuidaba de su sobrino. Hasta había llegado a apreciar su terquedad e independencia. Su forma de vestir lo volvía loco, aunque llevaba ropa algo corta y con escote y él se excitaba con solo mirarla. Pero ella no parecía ser consciente de ello. O eso, o se hacía la tonta.

—¿Necesitas un hombre?

Candela se sorprendió por el tono de su pregunta.

—Necesito salir y tú también deberías. Ya es hora de que nos divirtamos un poquito.

Dylan se la quedó mirando.

—¿Me estás invitando?

—No podemos salir los dos a la vez —ella se encogió de hombros—,

tenemos a David y hay que turnarse.

—Hay una guardería de 24 horas para ese fin... en el pueblo.

—¿Sí? ¿En serio? —Pareció gratamente sorprendida.

—Sí, podemos dejarlo unas horas. Cenamos y vamos a bailar si te apetece.

Cada vez el plan sonaba mejor.

—Me apetece salir fuera. No es por ningún hombre, es simplemente salir. Hace ya unos meses que no salimos.

—Bien, salgamos el sábado, ¿te parece?

Ella asintió mucho más emocionada de lo que quería aparentar.

—Llamo a la guardería y lo llevamos. Puedes dejarlo en pijama. Así cuando lo recojamos, llega listo para la cama. Se dormirá allí o antes.

—Estupendo.

—¡Pues salgamos! No pienso dejarte sola el primer día. Te enseñaré los mejores sitios para cenar y bailar. Si te gusta bailar, claro.

—Me encanta —dijo con entusiasmo— ¿y a ti?

—Lento.

—Cómo no... ¡Estoy contenta!

—Y yo. Debemos empezar a vivir ya Candela.

Ella asintió.

Debía salir porque cada día le gustaba más esa mujer, a veces se ponía vaqueros pero ahora llegado el verano, llevaba faldas cortas que lo ponía caliente cuando llegaba del trabajo o vestidillos con tirantes que marcaban sus pechos firmes.

Y hacía ya tiempo desde aquella noche que no tenía sexo y no le apetecía ir en busca de ninguna otra mujer que no fuera ella. Con Candela se sentía bien, a falta de sexo, claro.

Pero Candela, era un escollo difícil de salvar. Era dura como ella misma. Era la mujer que más le estaba costando ligar en su vida.

El sábado, el pequeño se había quedado dormido en la sillita, estaba bañado y cenado, con pijamita y le había echado una sábana de colores encima.

Dylan la estaba esperando en el salón con el niño a que ella bajara de arreglarse.

Se había puesto unos vaqueros negros con camisa negra, sus botas negras relucientes y perfumado como a él le gustaba.

Y ella bajó las escaleras, con unas sandalias altas de tacón y un vestido de licra negro por media pierna con tirantes finos, Un bolsito, otro para el pequeño por si le hacía falta y el pelo suelto. Perfumada y maquillada.

Y Dylan, empezó a babear.

—Voy a tener competencia esta noche. Tendré que quitarte a los moscones de encima.

—No, déjalos, necesito un poco de ego esta noche.

—Estás muy guapa Candela. Te lo digo en serio.

—Gracias. Tú también.

—Coge mi coche, le dijo ella y le dio las llaves y el accedió sin discutir por una vez.

—¿Quieres que conduzca tu coche?

—Sí, porque quizá me tome una copa y tú hoy no tomarás. Nos turnaremos cuando salgamos.

—Ah ¡qué bien! y qué me tomo...

—Sin alcohol o un san francisco.

—¡Qué graciosa! Puedo tomar un par de cervezas y nada más.

—Está bien. Qué quejica...

—Anda pasa, que me tienes contento.

Dejaron al pequeño en la guardería y Dylan la llevó a un restaurante a cenar.

—Es precioso, me encanta.

—Sí, es íntimo, puedes arrimarte más a mí— le dijo con una sonrisa lobuna.

—Eres un peligro público Dylan.

—Y tú, una mujer muy difícil de contentar.

—A ver qué pido— tomando la carta.

—Disimula. Eso haces cuando la conversación no te interesa.

—¿Dices algo, guapo?

—Nada, para qué...

—¿Puedo pedir lo que quiera?

—Sí, pide lo que quieras, encanto —dijo ironizando.

Y pidieron un cóctel de gambas y un salmón a la plancha, ensalada y café con tarta.

—Menos mal que es pescado, que si no...

—Eso lo rebajamos bailando.

—Pero si tú bailas lento...

—Sí, pero quiero verte a ti —la sonrisa le iluminó la mirada.

Fueron a un local de baile, donde iba mucha gente del pueblo. No era una discoteca, allí iban los jóvenes.

Era un local precioso estilo granero donde al menos se podía oír hablar y la pista estaba retirada de la barra.

Al llegar, Dylan, saludó a un grupo de chicos y casi todos los conocían. Les presentó a Candela y todos querían invitarlos, pero Dylan solo se tomó una cerveza, y otra en la comida, sin embargo, los chicos querían invitarla a ella y se tomó tres chupitos.

—No bebas tanto, que no estás acostumbrada, le decía Dylan al oído, pero ella no le hizo caso. Estaba bien y quería pasarlo bien, y bailo con unos cuantos vaqueros, mientras Dylan la observaba desde la barra.

Esa mujer era increíble. Llevaba la falda del vestido demasiado corta y tenía unas piernas tremendas. Y el escote asomaba parte de sus senos. Se dio cuenta de lo guapa que era cuando vio a esos vaqueros babear por ella.

Cuando pusieron canciones lentas, bailó con unos cuantos chicos. Después volvió a la barra y se tomó otro chupito.

—Vamos a bailar Dylan, venga, no seas un sujeta barras hombre.

—Estás bebiendo demasiado, preciosa.

—¡Vamos venga!

Y salió con ella a bailar.

La apretó más de lo debido y pegó sus pechos al suyo y ella sintió su dureza en su vientre. Y lo miró asombrada.

—Qué quieres, eres una mujer bella —y ella le echó las manos al cuello pegándose más y él no sabía a qué atenerse. Candela le besó el cuello.

—Estate quieta —le dijo afectado—. Estás bebida.

—No, estoy fresca como una rosa, pero hueles tan bien... —lo olió y se apretó más contra él— Y estás tan bueno...

—Sí, seguro —sonrió Dylan—, pero no me hagas esto que no soy de piedra —suplicó echando un ojo alrededor por si alguien se fijaba en ellos, al parecer no era el caso. Cada pareja estaba concentrada en la suya, acariciándose y aprovechando el baile lento—. No me he acostado con nadie desde aquella noche contigo, que fue tan... breve —dijo haciendo ahínco en

la última palabra.

Ella se quedó quieta moviéndose al ritmo de la música y pensando en esas palabras.

Así estuvieron media hora hasta que Dylan decidió llevársela. Candela tenía la cara encendida y los ojos rojos.

La cogió por la cintura. Sabía que los chupitos le habían hecho efecto y ella también lo sabía.

—Creo que he bebido muchos chupitos Dylan, —dijo cuando salieron del local—. Estoy acalorada y... caliente. Todo por tu culpa.

—Claro, claro —La sujetó con más fuerza cuando ella se tambaleó un poco.

—Vamos arriba, al coche venga. Y la cogió en brazos y la subió al asiento del copiloto. Le puso el cinturón antes de dar la vuelta al vehículo y meterse el también en el coche.

Al cerrar la puerta ella le echó las manos al cuello y él tuvo que apartarlas. La verdad es que lo estaba pasando bien con ella. Era muy cariñosa cuando bebía.

Pasaron a recoger al pequeño que durmió en la sillita todo el trayecto.

Él paró el coche y abrió la puerta. Subió al pequeño a la habitación y bajó a por ella. La encontró tendida entre los dos asientos.

—Venga, ponte bien, que voy a meter el coche en el garaje.

La incorporó y ella apoyó su cabeza en el hombro de Dylan.

—Estás bueno, Dylan —le susurró con los ojos cerrados. Puso la mano en su entrepierna tocándolo y rozando su miembro.

Dylan dio un respingo.

—Verás si no paras —dijo excitado. Ella lo ignoró— ¿Quieres dejar eso?

—Ummm, me gusta —ronroneó—. Te diré un secreto.

—Dime.

—Eres el mejor con diferencia —eso fue un subidón para su ego—, aunque fuiste breve. Un volcán rápido y breve. Me gustó mucho. Tu miembro es perfecto para mí.

—Por Dios, qué noche vas a darme, te arrepentirás mañana ya verás cuando te lo recuerde.

La cogió en brazos, cerró el garaje y la puerta de la casa, puso la alarma y subió las escaleras con Candela en brazos.

Al llegar arriba la bajó al suelo, pero ella dio un salto y se montó en

Dylan abriendo sus piernas en su cintura.

—¿Qué haces loca? Si no te sujeto, te caes.

—¿Tú crees? Quizás solo fingía estar borracha para que me llevaras en brazos.

Y ella metió las manos dentro de su pantalón abriendo la cremallera mientras él sujetaba su trasero desnudo, porque se le había subido el vestido hasta la cintura.

Tocó su miembro y lo sacó del pantalón.

—Candela por Dios, todo tiene un límite.

—No me importan los límites —y metió el miembro duro de Dylan en su sexo caliente y húmedo.

—Joder, joder, Candela y la sujetó contra la pared. Y apretó su trasero desnudo contra su sexo.— Lo siento.

—No lo sientas. Muévete.

Y se movieron, mientras ella gemía y él también.

—Dios Dylan, eres... Dios, ¡Dios!

Él la embestía con fuerza, tal y como ella se lo pedía. Le bajó los tirantes del vestido y mordisqueó sus pezones preciosos y lamió sus pechos.

Candela gritó a cada movimiento de su cadera.

—Shhh, vas a despertar al pequeño, no grites tanto.

—Ohh Dylan, pues no me hagas eso... Eres el mejor.

—¿Sí?, dímelo otra vez —le exigía con cada embestida.

—El mejor, el más guapo...

—Dime que eres mía, pequeña.

—Soy tuya, Dylan, toda tuya. Eres tan guapo...

Candela llegó al orgasmo y él sintió como se contraían los músculos de ella contra su miembro. Se corrió dentro de su cuerpo y fue explosivo.

Cuando empezaron a recuperar la respiración, todo había terminado. Dylan, puso la frente sobre la suya y ella se quedó dormida en su hombro.

—Perfecto. Joder...

Y la llevó a su cama, la desnudo totalmente y la observó. Era bella y su cuerpo era perfecto. Sus pechos turgentes y llenos. Su sexo bello... Y ese pelo derramado sobre la almohada...

Se fue a su cama, se desnudó y se acostó dispuesto a soñar con ella.

Había sido... fantástico. El sexo con ella era genial y explosivo. Lo malo es que habían tenido solo dos encuentros. Solo dos veces en que cuando no

había bebido uno, había sido el otro.

No quería ni pensar cuando ambos estuvieran en plenas condiciones. Porque de que lo harían, estaba seguro. Pensó en el día siguiente. Ya vería cómo se levantaba, Candela, era impredecible e iba a volverlo loco. Esa vez sí fue totalmente consciente de que esa mujer podía volverlo loco.

## CAPÍTULO 9

Cuando Candela se despertó al día siguiente, le costó levantarse de la cama.

Estaba con la cabeza embotada, había bebido demasiado. Se dio una ducha fría y larga.

Recordaba todo. Dios, ¡qué vergüenza sentía! Pero esos recuerdos los iba a atesorar. El sexo con el vaquero era increíble. Habían nacido para ello.

Pero... ¡qué vergüenza!

Haría como si no recordara nada.

Se vistió y miro la hora. Las once de la mañana. Seguro que Dylan había levantado al pequeño.

Escuchó ruidos en la cocina al bajar las escaleras, después de recoger la habitación del pequeño y la suya. La cabeza le iba a explotar, pero nada que un buen café no solucionara.

—Buenos días señorita —le dijo Dylan bromeando—, ¿qué tal la noche de juerga?

—Calla, me duele la cabeza —Y él se rió de su malestar.

Pasó por delante del pequeño que estaba comiendo en la mesa y el dio un beso y un abrazo. El pequeño le sonrió y la tocó con sus manitas. Cuando el pequeño terminó de comer, lo llevó al salón donde tenía su parque de juegos. Ellos tenían que hablar aunque Candela no sabía si sería capaz.

Dylan, le puso una taza de café delante.

—¿Quieres tostadas?

—Sí, por favor. Si quieres hacer de cocinero, no te lo impediré —Se sentó en uno de los taburetes de la isla de la cocina.

—Prefiero hacer otras cosas...

—¿Qué cosas? —le miró desconfiada.

—No te hagas la tonta, sé que recuerdas lo de anoche.

—Sí, algo recuerdo. Pero sólo tomé cuatro chupitos. No fue para tanto.

Y Dylan se puso tras ella y la abrazó por detrás besando su cuello y sintió un escalofrío en todo su cuerpo.

—¿Qué haces?

—Estás guapa está mañana —y subió sus manos por su pechos y le abrió un par de botones delanteros del vestido, metiendo sus manos y tocando sus



pezones que se pusieron duros al instante.

—Dylan, estate quieto, el niño...

—El niño no nos ve, pero tus pezones sí responden.

—Dylan, lo de anoche fue...

—¿Rápido y breve?

No, no había sido ni rápido, ni breve. Había sido una auténtica gozada.

—No... fue un error.

Él la ignoró pues había duda en el tono de sus palabras.

—¿Un error? Ummm, no me digas.

Metió la mano bajo la falda de su vestido, acarició sus muslos hasta llegar a su objetivo. La sintió húmeda.

—¡Por dios Dylan! —Quiso protestar pero abrió las piernas.

—¿Te pongo caliente y húmeda, pequeña?

—Dios Dylan... —gimió con los ojos cerrados—, no sigas.

—¿No?

Y ella gemía y se apoyó contra el pecho de Dylan mientras él seguía moviendo sus manos en su sexo, besando su cuello y pellizcando sus pezones con la otra mano.

—No pares —gimió.

—No pensaba hacerlo.

Y cuando supo que ella iba a tener un orgasmo, la besó en la boca. Era el segundo beso que se daban y él fue suave apagando su último gemido.

Recorrió todos los territorios de su boca y enlazó sus lenguas en una danza húmeda. Candela echó atrás sus brazos enlazando su cuello y su olor le quedaba lejano... Explotó en un climax brutal.

Dylan, la besó varias veces en los labios, despacio.

Le abrochó los botones del vestido y le recompuso la falda del mismo.

—Oh dios Dylan. No puedes hacerme esto —dijo casi sin aliento.

—Eso es el mejor desayuno. ¿No te ha gustado?

—Estoy sofocada y colorada como un tomate —y él se rio con ganas.

—¿Quieres las tostadas calentitas?

—Casi que las quiero frías.

Él soltó una carcajada.

—¡Qué guasa tienes! Toma, anda otro café —Y le puso otra taza delante.

—Perdona lo de anoche, Dylan. De verdad que tenemos que hablar...

Y más después de lo que acababa de pasar. No podían seguir así.

—Pues va a ser que hoy no tengo tiempo de hablar de eso.  
—¿Tienes trabajo? —le preguntó ella.  
—Sí, tengo algo de trabajo en el despacho, pero haré un hueco después.  
—Está bien.  
—Pero no hablaremos de sexo —le advirtió Dylan—. Mañana.  
—Vale.

Y la dejó con las tostadas, y echó un vistazo al pequeño que jugaba alegremente en el parque. Candela fue a terminarse el café al salón para ver jugar a su sobrino. Escuchó silbar a Dylan cuando se metió en el despacho y supo que estaba de buen humor.

—¡Qué vanidoso es tu tío texano!  
—Papá.

—Bueno, papá cariño —se acercó a él para acariciarle la cabeza con cariño—. Tu papá me va a volver loca y lo malo es que me dejo, puede conmigo en este tema. Pero no podemos seguir así.

Cuando terminó de desayunar, se llevó a David al patio donde se estaba más fresco que en el porche. Y allí el pequeño pudo usar su camión de pedales. Ella tomó uno de los libros del curso de verano que estaba dando y se sentó en uno de los sillones alrededor de la mesa del jardín, mientras el peque jugaba y corría por el césped.

Cuando se cansó, se sentó en sus piernas y ella lo meció un poco. Se quedó dormido y para que descansara mejor lo llevó a su cunita. Volvió a bajo a la sala que le hacia de despacho y se dispuso a trabajar un poco.

No había pasado ni cinco minutos, cuando entró Dylan.

—¿Y el peque?, ¿se ha dormido?

—Sí, hace cinco minutos. Está en su cuna.

Se sentó en uno de los sofás frente a la televisión y la llamó.

—Eso nos da un poco de tiempo a solas. Ven aquí Candela —y señaló un espacio a su lado.

Ella lo miró suspicaz.

—¿Qué pasa?, ¿ahora quieres hablar?

—Más o menos.

Ella se sentó a su lado y Dylan la cogió por la cintura.

—Dylan...

—Qué ¿sólo lo vamos a hacer cuando estemos uno de los dos bebidos?

—No, pero...

—Shhh calla...

Le besó el cuello y empezó a acariciarla, al poco rato fue desnudándola.

Él también se desnudó mientras se besaban.

Ese vaquero besaba tan bien como olía, pensó Candela. Era maravilloso poder probar a ese hombre mientras los dos eran plenamente conscientes.

Quería saber cómo hacía el amor. Y se encontraron desnudos uno encima del otro.

Él besó y lamió sus pechos y sus pezones hasta hacerla jadear. Candela tocaba su sexo erguido y duro sacándole gemidos de placer.

Dylan le sujetó las manos cuando no pudo más. Entonces bajó la cabeza a su sexo y lamió sus pliegues. Entonces Candela sí que fue un volcán: rápido y breve.

Dylan sonrió mientras contemplaba como ella se deshacía con cada toque de su boca y sus manos. Subió por su cuerpo, acariciándola sin darle tregua y por fin entró lentamente en ella.

Candela lo acogió con un dolor mojado, rodeándolo con sus piernas y apretando su trasero contra ella para tenerlo más adentro.

—Nena. No... si haces eso... no voy a aguantarte.

Y con cada movimiento, Dylan veía sus pechos moverse. Ella se retorció y se excitaba más y más. La besó con pasión y ambos viajaron por el tiempo. Y el tiempo, giraba veloz y sus cuerpos giraban sin control hasta terminar en un grito mudo y húmedo.

Dylan, se quedó encima de su pequeño cuerpo un momento, mientras se recuperaba. Luego se echó a un lado y la atrajo hacía su pecho.

—Dylan...

—Ummm. No quiero hablar hoy de sexo.

—Ya. Ya lo veo —dijo ella divertida.

—Solo quiero tener sexo contigo. Nada más. Mañana hablamos de sexo.

—¡Eres tremendo!

—Ha sido tremendo, guapa.

Y se quedaron abrazados en el sofá. Y se durmieron un rato, hasta que el pequeño, los despertó con su llanto.

Candela hizo una tortilla de patatas y unos filetes, para que quedaran también para la cena. Una buena ensalada y comieron cerca de las tres.

Se habían levantado tarde y habían desayunado tarde igualmente. Ya no quiso que el pequeño se durmiera, así que estuvo jugando por la tarde con él y pintando en su cuaderno, leyéndole cuentos y sobre las siete y media lo subió a bañarlo, le puso el pijama y le dio de cenar.

Dylan, no había salido aún del despacho desde que tomaron el café a las cuatro.

y mandó al pequeño a llamarlo.

—¡Hola pequeñajo! —dijo Dylan— ¡Hola guapa!, ¿me echas de menos?

—Para nada vanidoso, pensé que te habías metido en una nómina.

—No —dijo riendo—, estaba terminándolas y preparando el contrato de Rose. Mañana que lo firme si está conforme. Te lo dejo aquí encima. Es este —dijo señalándoselo.

—Vale. ¿Ya has terminado?

—Casi, me quedan un par de cosas. ¿Me vas a esperar para cenar? ¿O me necesitas antes?

—No te necesito para nada, pero sí, te espero en la sala. A ver si se duerme David mientras tanto. Ya ha cenado y lo he bañado.

—Vale guapa. Ahora voy —Dylan miró al pequeño— ¿Nadie me da un abrazo?

El pequeño corrió hacía Dylan que lo tomó y lo sentó en la silla. Le dio un beso y un abrazo muy fuertes.

—¡Eres un campeón! Cada día estás más grande —le olió el pelo y sintió un sentimiento muy agudo de ternura—. Su cumpleaños es en octubre. ¡Tres años ya! Lo celebraremos, iremos a tomar una hamburguesa los tres juntos.

—Y el año que viene, al cole —dijo Candela.

—Sí habrá que buscarle escuela.

—Ya lo haremos, aún hay tiempo.

—Bueno, te espero en la sala.

Cogió a David que se despidió de él con la manita.

Tras media hora, Dylan fue a la sala, pero no había nadie, así que aprovechó para subir. Iría a darse una ducha, pero antes pasaría a ver al niño.

Seguro que Candela estaría acostando al pequeño, pensó y después fue a verlo dormir.

Ahí estaba David con los bracitos abiertos durmiendo a pierna suelta. Le dio un beso y se quedó mirándolo. Estaba solo. Y se acercó a la habitación de Candela. Llamó y abrió la puerta al no obtener respuesta.

Sólo se oía el agua de la ducha y no lo dudó. Se quitó la ropa y entró desnudo en la ducha con ella.

Al entrar, ella dio un grito.

—Dylan... ¡estás loco! Me has asustado.

—Sí, estoy loco y necesito una mujer que me enjabone bien enjabonado.

—Puede que te dé con el puño y verás.

—Ven aquí, potrilla salvaje —la apretó contra su cuerpo y se excitó enseguida—. Tu caballo te va a montar.

—¿Eres tonto eh?

—Sí, pero me gusta, cuando este caballo te monte no habrá potro que lo iguale.

—Vaquero arrogante y vanidoso...

Y la montó a horcajadas entrando en ella sin preliminares. Candela gimió y se abrazó a su cuello mientras, mojados, el agua resbalaba por sus cuerpos.

Dylan la apoyó contra la pared de la ducha, entrando y saliendo de ella, hasta que ambos alcanzaron el climax.

Después, él la enjabonó y ella y entre risas, jugaron un rato.

—Venga potrilla que hay que reponer fuerzas para esta noche.

—Tú estás loco —rió ella—. No conocía yo esa faceta tuya tan sexual. Tienes aguante vaquero.

—Sí, estoy loco y hambriento. Voy a ponerme algo más cómodo, ¿me prestas una toalla tuya?

Y ella le dio una minúscula riéndose.

—Anda no seas boba y dame una toalla grande, con eso no me tapo nada.

—Quédate así para cenar.

—No es higiénico guapa —rió besándola con ganas.

Tiempo después, habiendo cenado, se quedaron un rato en el porche con el café.

Dylan la agarró por la cintura e hizo que se sentara con él en su balancín.

—Déjame que disfrute de ti esta noche, nena.

Candela se abrazó a su pecho y fue un momento mágico en esa noche.

A las once, se fueron arriba de la mano y él tiró de ella para que esta vez fueran a su dormitorio.

—Dylan...

—Sólo esta noche, guapa.

—Solo esta noche —repitió aunque parecía una pregunta.

Y cuando se desnudaron, ella bajó a su sexo y él la miró.

—No hace falta que...

—Sí te hace falta. Esta potra te va a domar ahora.

Y lo metió en su boca lamiendo sus paredes y chupando la geografía de su miembro y Dylan se cerró como un soplo, desnudo como piedra, extinguiéndose como el tiempo.

—¡Oh, nena!, ¿qué me haces?

—Shhh, calla y disfruta.

Dylan se liberó y tiritó como un niño.

—¡Madre mía, Candela!... ¿qué voy a hacer contigo?

—De momento descansar —y se recostó en su pecho mientras él permanecía con los ojos cerrados.

Volvieron a hacer otra vez el amor, esta vez, él la montó encima y sus sexos rozaban la vida.

## CAPÍTULO 10

Cuando se despertó el lunes, Candela estaba en la cama de Dylan.

Tenía una nota en la almohada:

*Ha sido un buen día potrilla.*

¡Qué tonto era! Pero sonrió feliz y satisfecha, había vuelto a la vida.

Dylan, le había dado vida a su vida. Se sentía plena y llena de vitalidad.

Él, se había ido a trabajar y ella fue a su dormitorio y se bañó y vistió para ir a clase, antes de que llegara Rose. Se pasó el día pensando en él y cuando Dylan llegó por la noche, más tarde que otros días, ella lo esperaba en el porche.

El pequeño ya estaba en la cama y ella lo esperaba para cenar. Se había duchado y tenía un pijama de pantaloncito corto que mostraba sus piernas.

—¡Hola guapa! ¿Y el pequeño? Se ha dormido ya, seguro.

Le dio un besó de bienvenida en los labios.

—¡Hola guapo!, llegas muy tarde hoy —Dylan asintió— Se ha dormido, sí. ¿Mucho trabajo?

—Demasiado. Necesito un masaje y uno de verdad. ¿Has cenado?

—No, te esperaba.

—Bueno, me ducho y bajo. ¿Estás en pijama?

—Sí, hace calor.

Él la miró de arriba abajo, como si se estuviera pensando que clase de hambre iba a ganar la batalla, pero finalmente sonrió.

—Ahora bajo. Voy a ver también al peque.

—¿Comemos fuera?

—Si te apetece...

—Hace calor, comamos dentro —dijo ella. Con el aire acondicionado el ambiente sería más llevadero—. Cierro y preparo la mesa.

—Como quieras. Ahora bajo, encanto.

No tardé demasiado en volver donde estaba ella.

—¡Qué bien se está aquí! Gracias por poner el aire.

Candela le sonrió. Cenaron conversando. Hablaron del campo y las vacas, cierto que ella quería sacar el tema de lo que estaba ocurriendo entre

ambos, del sexo, pero quiso dejarlo para el café. Cuando se lo trajo, Dylan ya se había echado en un sofá y se incorporó para tomárselo. Después volvió a tumbarse.

—Vente aquí conmigo, te hago un ladito, nena.

—Dylan, tenemos que hablar, esto ya no puede esperar.

—Bueno, pero vente aquí y hablamos.

—Entonces me convencerás.

—No, te juro que te dejaré decir lo que quieras sin tocarte. Bueno solo te abrazaré —dijo con mucho cansancio—. ¡Estoy muerto!

—Está bien —y se tumbó con él en el sofá.

Dylan cumplió su promesa, solo la abrazó y ella descansó en su pecho.

—A ver, ¿qué tienes que decirme?

—No podemos tener sexo, Dylan.

Él se hubiese reído si no le pareciera que ella hablaba muy en serio.

—¿Por qué si es magnífico? y lo pasamos bien.

—Porque...

—¿Por qué?

—Porque si luego lo dejamos va a ser incómodo. No tenemos una relación, tenemos un casi hijo en común, no somos pareja, ni nos amamos por ahora.

—Por ahora.

—Dylan, te voy a ser muy sincera. Nunca he estado enamorada, y lo sabes, pero de ti sería muy fácil enamorarme y no quiero sufrir después, ni mientras lo esté.

—¿Y por qué ibas a enamorarte de mi si nunca te has enamorado de ningún hombre?

—Porque eres distinto, te veo a diario, me gustas mucho, el sexo es el mejor que he tenido en mi vida —y la apretó fuerte contra él—. No quiero enamorarme de ti, pero puede que ya lo esté.

—Candela...

—No me lo digas, sé qué vas a decirme.

—No voy a enamorarme y a casarme por ahora con nadie.

Eso era lo que temía y ella se sintió dolida.

—Entonces todo está claro. No puedo seguir con esta situación contigo. No puedo permitirme sufrir. Tengo 27 años y no busco un hombre de una noche.



—¿Has cambiado?

—Sí

—¿Por qué razón?

—Por tu culpa.

—¡Joder Candela! No quiero hacerte daño. Jamás. Serías la última persona a la que quisiera hacer daño.

—Por eso Dylan, debemos dejarlo aquí y hacer como que hemos tenido un affaire y ya está.

—¿Puedes olvidarlo tal fácilmente?

—No, al contrario, pero puedo intentar vivir con ello.

—Necesito sexo Candela y tú también. Somos jóvenes. Y antes lo hemos tenido sin problemas cada uno por su lado.

—Ahora ya no necesito solo sexo, Dylan.

—¡Joder Candela! No quiero tener sexo con otra que no seas tú. Me gustas mucho y lo pasamos bien, ¿por qué quieres complicarlo todo?

Ella se sintió ofendida.

—No quiero complicar nada, por eso debemos volver a lo de antes. Ser amigos y velar por el pequeño. Tú puedes salir con chicas y tener tu sexo que necesitas y yo, ya veré, si encuentro un hombre que me quiera y al que pueda amar.

—¿Eso quieres?

—Eso quiero si tú piensas como piensas. Pero tú no estás dispuesto a ir más lejos. Por eso debemos dejarlo aquí.

Dylan se puso serio.

Guardaron silencio por unos minutos hasta que Dylan lo rompió.

—Tengo que irme mañana temprano.

—¿Dónde?

—Al otro lado del estado. Vamos a vender animales. Y a comprar también. Me llevo cinco hombres. Lucas, el capataz se queda aquí, por si necesitas algo. Tienes su teléfono y si no contestara, y hay una urgencia, ves a su casa.

—Ya —dijo ella un poco preocupada por qué él se fuera después de esta conversación tan importante—. No te preocupes si necesito algo, lo llamaré. ¿Cuánto estarás fuera?

—Una semana o diez días. Quiero buscar otro semental y algunas terneras jóvenes.

—Entonces, será mejor así —dijo ella finalmente—. Nos damos espacio y lo piensas bien Dylan.

—Te dejaré el número de la alarma para que la pongas por la noche — quiso cambiar de tema.

—Dylan...

—Está bien. Pensaré en todo y tú también, pero esta noche quiero que duermas conmigo.

—Dylan...

—Si vamos a dejarlo, quiero esta noche de despedida.

—Eres terco y testarudo.

—Te deseo Candela. Eso es lo único que sé. El resto lo tengo claro.

—Y yo también.

Y se levantó, puso la alarma y apagó las luces y la cogió en brazos y se la llevó a su habitación.

Hacer el amor esa noche fue distinto. Como una despedida. Dylan, no bromeó ni ironizó, ni ella tampoco y apenas hablaron. Pero le hizo el amor hasta que se quedaron dormidos.

Esta vez no le dejó nota.

Por la mañana se había ido. Había hecho la maleta por la noche antes de ducharse y había cogido documentos de una caja fuerte que tenía en su vestidor.

Esos días en que ella se quedó sola, lo pensó bien y por más que lo pensaba, el mal estaba hecho. Lo echaba de menos y se había enamorado de ese hombre en esos casi tres meses que llevaba en el rancho. Quizá se había precipitado. Podía seguir esa relación, apenas habían empezado y el tiempo diría, pero no sabía por qué tenía tanto miedo.

Era la primera vez que sentía algo así, tan fuerte por un hombre, pero no era una niña y no querían lo mismo y debían volver al principio.

Si querían salir a divertirse, deberían turnarse los fines de semana y llevarse bien, como antes de hacer el amor en serio.No, eso no era lo que ella quería. Tenía que hablar con Dylan cuando volviese y decirle que podían seguir a ver qué tal, que había tenido miedo.

Estaba deseando que llegara y decírselo.

Estaba hecha un lío, pero lo único que sabía era que lo necesitaba y que lo echaba de menos.

Por su parte Dylan, no la entendía, aunque la respetaba. Pero le costaba

tanto entenderla a veces. Sobre todo en ese aspecto. A él le encantaba Candela, y hacer el amor con ella, sus charlas y su gracia. Pero lo que pedía era demasiado para él. Y se abrumaba y tenía miedo. Pero tampoco quería que ella sufriera o cambiara con respecto a él por ningún motivo.

Durante ese tiempo separados Dylan, la llamaba por las noches, cuando sabía que ella estaba en el porche y habían cenado y ella le hablaba del pequeño y de lo que había hecho y que le quedaba ya menos de un mes de clases y descansaría medio mes antes de que empezara el curso de nuevo.

—¿Qué tal los animales que estaba comprando? —Le preguntó. También hablaron del viaje tan largo que tenían que hacer de ida y vuelta para llegar.

Intentaba bromear con él, como siempre obviando el tema sexual. Y aunque al principio Dylan estaba serio, al final conseguía que no estuviese enfadado.

—Dylan, haz un esfuerzo, no quiero que nos enfademos, porque de ser así, tendré que pensar en irme del rancho.

Hubo un silencio incomodo al otro lado de la línea.

—Sé amigo mío por favor —le suplicó—. Respeta mis decisiones, yo respeto las tuyas. Pero tengo que hablar contigo cuando volvamos.

—Está bien, tienes razón. Siempre la tienes.

—Gracias Dylan.

Candela colgó, sintiéndose triste de repente. Estaba tan cansada ese año con lo de su hermana y con Dylan y sus miedos, que quizá podía llevarse de vacaciones a David unos días cuando terminara el curso de verano.

Apenas le quedaba un mes, y podría poner otros días de distancia y sufrir menos o ver el problema con otra perspectiva, pero estaba segura de que eso era amor y que aunque se fuera al polo norte, lo echaría de menos.

Y de que estaba enamorada de ese vaquero de Texas. Así que se pensaría lo de las vacaciones antes de empezar el curso en el Instituto y descansar. Podía llevarse a Rose, si quería ir con ella.

Al día siguiente se lo propuso a Rose y estaba encantada, iba con todos los gastos pagados. Pensó en llevar al pequeño a Disney e ir a las playas de Florida al menos otros cinco días. Estarían una semana y así tendría otra para preparar las clases del curso nuevo. O descansar.

Tendría que hablar de eso con Dylan cuando volviera y sacar los pasajes. Esperaba que no pusiera inconvenientes.

Y también tendrían que hablar de otro tema si había decidido no estar con

ella. No quería que trajera al rancho a dormir a ninguna mujer, ni ella traería a ningún hombre a quedarse a pasar la noche.

Podrían tener sus líos fuera. Aunque el rancho no era suyo, no estaba dispuesta a pasar por eso con el pequeño. También pensó en David, que quizás se confundiría ya que los veía como sus padres.

Había tanto en que pensar.

## CAPÍTULO 11

Dylan, estuvo fuera doce días y cuando llegó a casa, eran las siete de la tarde de un viernes, y venía muerto. Habían dejado a los animales en su sitio y traía en el coche la maleta y un maletín. Dejó el coche en el garaje y lo cerró al salir. El pequeño estaba jugando en el porche y se abalanzó sobre él.

—Papá...

—Hola mi niño, campeón, y lo abrazó y besó y se lo puso al hombro y el niño era feliz.

—Hola Candela, ¿qué tal todo? —Se acercó y le dio dos besos en la cara.

—Muy bien, todo normal, como siempre, ¿y el viaje?

—Cansado. Voy a la ducha. ¿Habéis cenado?

—Aún no. Es temprano todavía.

—Pues dejo esto, me doy una ducha y cenamos en familia si quieres.

Ella asintió.

—Estupendo. No tengas prisa.

Dylan, se había mostrado muy correcto con ella. Mejor así.

Lo había pensado, y ella sin preguntar, ya tenía su respuesta con total seguridad. Pero hablaría con Dylan. Iba a cambiar de opinión para aumentar su dolor. Pero había que seguir adelante.

Sabía encajar los golpes. Más grande que el dolor de perder a su hermana, no sería si luego la dejaba. Lo difícil, era verlo a diario. Pero haría cuanto fuera necesario para hacer lo que ella misma le pedía a Dylan.

Si al menos él quisiera una relación en serio con ella, pero él quería sexo y el sexo a ella le encantaba con Dylan, pero sentía algo más por él y no era correspondida. Estaba en una encrucijada.

Cenaron todos juntos y ella le preguntó acerca del viaje y sobre la compra y venta de los animales. Dylan tomó a David en brazos y mientras le hacía carantoñas le iba contestando a sus preguntas. El pequeño no quería separarse de Dylan.

—¿Quieres tomar el café en el porche?

—Sí, me apetece. Me llevo a este pequeñajo.

—Ahora lo llevo.

Recogió la cocina mientras hacía café y lo llevó al porche. Dylan se había

sentado en uno de los balancines y el pequeño se estaba quedando dormido y ella se sentó en el otro, dejando los cafés en la mesa.

—Candela...

—Dime Dylan.

—Mañana voy a salir por la noche.

—Dylan, quería decirte algo antes. Creo que he cambiado de opinión en estos días y quisiera arriesgarme contigo. Te he echado de menos, pero sabes que soy muy sincera y te diré que estoy enamorada de ti, aun así, me arriesgaré, no sé qué puede salir de esto...

—Candela, mañana voy a salir —dijo en tono seco.

Y ella tuvo ganas de darle un puñetazo y de llorar a mares.

La había despreciado.

—Vale, de acuerdo —le dijo con cierto dolor... no te preocupes, me quedo con el niño.

—¿No te molesta?

—¿En qué sentido?

—Ya sabes en qué sentido, nena.

—¿Qué quieres que te conteste? Sabes lo que siento por ti. Acabo de decírtelo y me siento despreciada. No tengo nada más que decirte. No voy a estar diciéndotelo a todas horas. Pero es un problema mío Dylan, no te preocupes.

—Si quieres salir tú también, nos turnamos o lo llevamos a la guardería.

¿Eso era lo que le contestaba? Perfecto.

—Está bien. Pero no pienso salir este fin de semana, puedes irte tranquilo. Cuando desee salir, te lo digo y nos ponemos de acuerdo —dijo intentando ser lo más educada posible.

—Me parece perfecto.

—Pero quiero proponerte algo —le dijo Candela.

—Dime —Dylan sintió curiosidad.

—Ya sé que no estoy en mi casa...

—Candela, esta es tu casa ahora.

—Bueno, tú me entiendes, me refiero a que llegáramos a un acuerdo, si te parece bien.

—¿Qué acuerdo?

—Podemos traer a alguna pareja con la que salgamos, pero no a quedarse por las noches —Dylan y se la quedó mirando—. Por el niño. Si salgo con

un hombre, prometo que no entrará en la casa, como mucho si me trae o me recoge se quedará en el porche. Con las que salgas tú, pueden pasar, es tu casa, pero no a quedarse a dormir. Quiero que me digas si te parece bien.

—Me parece bien. Nos turnaremos y seguiremos esas normas.

—Vale, gracias. Si alguna vez quieres vivir con alguna mujer, me iré al pueblo, no hay problema y si quiero vivir con un hombre, haré igualmente lo mismo y entonces nos pondremos de acuerdo con respecto a David.

—Cuando llegue ese momento, lo veremos.

—Estupendo.

Bien parecía que la conversación llegaba a su fin.

—¿Algo más que tu cabeza pensante quiera?

—Sí, quiero ir de vacaciones a primeros de septiembre —le soltó a bocajarro—. Una semana. Quiero llevar a David a Disney y quedarme unos días en la playa de Florida. Rose, puede acompañarme. Se lo he propuesto y ha aceptado.

—No puedo acompañarte en esas fechas —dijo él contrariado.

—No importa. No voy sola. Me vendrá bien antes de comenzar el curso el quince de septiembre

—¿Cuándo te vas?

—Aún no he reservado nada, quería comentarlo antes contigo.

—Gracias por tenerme en cuenta —dijo y ella no supo si estaba o no enfadado.

—Siempre te tendré en cuenta en todo lo que respecta a David y lo sabes.

—Creo que lo pasareis bien —aceptó—. De acuerdo.

—Gracias. Mañana sacó los pasajes.

—Yo los pagaré.

—Ni loca. Son mis vacaciones. Tú ya le pagas a Rose, pero yo le pagaré el viaje y el resto de gastos.

—Como quieras. ¿Algo más?

—No, nada más.

Eso era todo.

—Bien, entonces, dejo al pequeño y me voy a la cama. Estoy muerto y mañana tengo toda la mañana de despacho.

—Vale, me quedo un rato y yo pongo la alarma.

—Buenas noches Candela.

—Buenas noches Dylan.

Y se quedó allí en el porche, fingiendo leer una línea que no veía.

Dylan iba a salir al día siguiente y estaba segura de que iba a acostarse con alguna mujer. Candela sufrió y lloró en el silencio esa noche.

La magia había desaparecido.

Dylan debía habérselo pensado mejor y no quería inconvenientes. Solo sexo. Bien, por ella perfecto. Estaba tan cansada...

No sentía nada por ella. Y ella estaba tan enamorada de ese tipo... le iba a costar sobrellevar todo aquello. Pero por mucho que le doliera, dar marcha atrás y llevar una relación con él basada en el sexo, no sería bueno para ella, lo sabía. Y por fortuna o desgracia, ahora era Dylan que decía que no. Había cambiado de parecer Dylan y la había cambiado.

Cuando estaba viviendo en Piney Green, en Carolina del Norte, hubo un tiempo en que eso era lo que le apetecía. Salir una noche y acostarse con alguien. Tampoco con cualquiera, ni tampoco todos los días que salía. Un desahogo físico, como tenía todo el mundo. Pero ahora era distinto. Había probado el cuerpo de Dylan y había cambiado todas sus reglas. Ahora, se entreabría como una adolescente virgen. Si al menos Dylan, le propusiera salir en serio con ella, pero no, él no quería ataduras ni compromisos y ella incluso había estado por la labor de perder en el intento de enamorarlo. Porque al final iban a salir los dos perdiendo y sobre todo perdería el pequeño, porque ella tendría que irse de allí. Y protegería a David ante todo.

De todas formas se iría un día u otro, pero mientras Dylan tuviera ese tipo de relaciones estaba tranquila y no lo estaba. Intentaría sobrellevarlo lo mejor posible y superar lo que sentía por ese vaquero que había cambiado su vida dando la vuelta a su mundo.

Las semanas pasaron rápidas y terminó su curso de verano. Dylan, había salido todos los fines de semana, el viernes y el sábado, aunque le preguntaba a ella si quería salir, ella no salió. No le apetecía.

Pero sufría cuando él se vestía tan guapo para salir. Tenía la certeza de que ya se había acostado con alguna chica. Estaba segura. Pero eso, Dylan no se lo iba a contar, ni ella a preguntárselo.

Fue duro sentirse frágil cada vez que él salía. Fue un dolor inmenso. Saber que Dylan se hallaba perdido en otras mujeres. Fue duro, muy duro,



saber que su sexo ocupaba otro espacio, otro cuerpo.

Las semanas pasaron. Candela tenía previsto salir de vacaciones con Rose y el pequeño, el dos de septiembre a Florida, y cuando llegó el día, con las maletas preparadas, el cochecito del pequeño y su coche, salió camino del aeropuerto.

Metió las maletas al niño en su sillita del coche atrás, se despidieron de Dylan y pasaron por casa de Rose, en el pueblo a recogerla. Cuando llegó al aeropuerto, dejó el coche en el parking y emprendieron los tres rumbo a Disney, en Florida...Iban muy contentos y había sido un acierto ir con Rose. Aunque era joven, unos años más que ella, era divertida y se lo estaba pasando bien. Se quedaron en una suite de uno de los hoteles del parque. Y estuvieron cuatro días incansables.

Allí, recorriendo todos los rincones, montándose en todo lo montable y el pequeño estaba como loco, aunque el pobre se quedaba muerto de sueño y ellas, cuando se dormía aprovechaban para comer tranquilas y tomarse un café y charlar.

Cuando se fueron del parque, se quedaron Miami Beach, donde ella había reservado otra suite en un hotel de cuatro estrellas para estar todos juntos.

El hotel estaba a pie de playa, para descansar y tenía unas piscinas enormes y magníficas. Era precioso. Ella, se relajó e incluso pasó por el spa a darse un masaje, cuando el pequeño dormía la siesta y Rose se ocupaba de él.

Allí permanecieron otros cuatro días. Fueron a la playa por la mañana temprano y por la tarde para no quemarse y de compras, ropa preciosa se compró y a Rose también, aunque esta no quería, pero le daba las gracias.

Por las noches iban a cenar y a tomar una copa en las terrazas y llevaban dormido al pequeño en el cochecito, pero se daban sus buenos paseos.

Volvió renovada de su viaje y no le importó gastarse casi lo que había ganado en sus cursos de verano esos dos meses. Mereció la pena salir de vacaciones. Lo necesitaba.

Cuando llegaron a Graham ocho días después de haberse ido, dejó a Rose en su casa con la maleta más llena que a la ida. Podría descansar hasta el lunes, ya que era viernes. Y esta le dio las gracias porque nunca había

salido del pueblo.

Y emprendió camino del rancho. Eran las ocho de la noche del viernes y venía muy cansada de tanto viaje, de avión y coche.

Habían parado antes de llegar a Graham para cenar y el pequeño iba dormido. Esa noche lo metería directo en la cama en cuanto pisara el rancho. Le quitaría la ropa y directo a su camita, también y desharía las maletas al día siguiente.

Cuando llegó al rancho a las ocho y veinte, la luz del porche estaba encendida y Dylan estaba sentado allí en el sofá del porche con una chica que lo besaba en la boca. Pasó por delante de ellos y abrió el garaje. Metió el coche y sacó primero al pequeño.

Dylan, se había acercado al garaje con la chica que le seguía los talones. Iba vestida con una falda minúscula. Era guapa, rubia, alta, preciosa y ella que venía renovada, tuvo ganas de patear en el trasero a Dylan. Bien, todo estaba claro ya. Por si no lo tenía claro antes.

—¿Te ayudo con el chico?

—No te preocupes, hola Dylan, ¿qué tal?

—Bien, ¿cómo lo habéis pasado?

—Estupendamente. Lo ha pasado genial.

—Te presento a Loren.

—Hola Loren, soy Candela, encantada —dijo intentando ser amable—. Perdona que no te de la mano, llevo al pequeño.

—No pasa nada, encantada.

Candela se metió en la casa escaleras arriba apretando los dientes. Cambió al pequeño y lo acostó en la cama.

Bajó de nuevo a por las maletas y los bolsos que solía llevar, el suyo y el del pequeño.

—Espera aquí Loren —le dijo Dylan—, y le cogió las maletas.

—No hace falta, de verdad, yo las subo.

—Te las subo yo, no seas cabezota.

—Bueno, gracias. —Cedió ella.

Cuando llegaron arriba Dylan le habló.

—Nos vamos al pueblo. Mañana hablamos —le dijo Dylan.

—Vale. Bajo a cerrar. Estoy muerta.

No se dijeron nada más.

Y cuando el coche de Dylan salió hacia el pueblo con la chica esa, Loren,

ella le pegó una patada al suelo del porche.

—¡Maldito seas Dylan!, ¡maldito hijo de...!

Apretó los puños y apagó las luces, después puso la alarma.

Se dio un baño de media hora, se secó el pelo antes de meterse en la cama.

Al día siguiente cuando se despertó, bajó a desayunar y Dylan, ya estaba en el despacho trabajando. Había levantado al pequeño y éste estaba jugando con él en el despacho con un cochecito.

—¡Hola buenos días!

—¡Hola Candela!

—Voy a deshacer las maletas, ¿me llevo a David?

—No, déjalo conmigo.

—Estupendo —Candela hizo un par de carantoñas al niño y lo beso ruidosamente—. Ahora bajo, tengo que hacer colada.

Y colocó la ropa y bajó. Puso un par de coladas, no iba a dejar tanta ropa a Rose, a ella no le costaba trabajo. Luego se metió en la cocina y preparo comida y cena.

—Voy a subir al cementerio Dylan, será un momento.

—Está bien, termino esto y subo con David después.

Ella asintió.

—Ya tengo la comida y la cena hecha.

—Ya he olido algo.

Candela salió dando un paseo

Cgió flores por el campo al lado del sendero que subía al pequeño cementerio y repuso las flores secas por las nuevas: margaritas y violetas y echó agua del pequeño grifo que había.

Se sentó en la lápida de su hermana y su cuñado y lloró en silencio.

—Lo amo, sí cuñado, tu hermano es un buen chico, soy yo la culpable de lo que ha pasado. Pero ya no tengo remedio y él tampoco me dio demasiado tiempo. —Les habló despacio, allí en la soledad del campo.

Y cuando se le pasó un poco, siguió andando hacia el árbol donde ella se sentaba a veces y llamó a sus padres por teléfono para contarles sus vacaciones con David.

Aún no había terminado de hablar por teléfono cuando vio aparecer a

Dylan con el pequeño. Se sentaron a su lado en el árbol y al cabo de unos minutos, ella se despedía de sus padres.

—¡Ven David! Saluda a los abuelos.

—Hola... —Y salió corriendo.

—¡Qué bicho! —dijo—. Bueno mamá, te dejo. Un abrazo.

Y cuando colgó...

—Perdona, estaba hablando con mis padres.

—¿Has estado llorando? —Le preguntó Dylan.

—Un poco, en el cementerio —le dijo para que no creyera otra cosa.

—Candela, ayer...

—No tienes que darme explicaciones Dylan, fue el acuerdo al que llegamos.

—No entró en casa. Quiero que lo sepas.

—Lo creo, por eso te digo que no me debes nada.

—¿Te molestó?

—No, ¿por qué iba a molestarme? Supongo que en este mes y medio habrás tenido lo tuyo. No me molesta.

—Tú no quieres salir, ¿por qué?

—Voy a salir el fin de semana que viene. Antes, no me ha apetecido.

—Ah, bien. Yo me quedo con David, puedes salir los dos días si quieres.

—Perfecto. Me vendrá bien antes de empezar el lunes en el instituto.

Pero eso no se lo esperaba él, creía que iba a decirle que no, o un solo día. Y no le gustó.

Ella era peligrosa cuando salía y demasiado guapa y había demasiados vaqueros babeando por la noche. Pero la culpa la tenía él.

Ella le había dicho que se arriesgaría con él y él testarudo no quiso oírla porque estaba enamorada y no quería entrar en una vorágine de sentimientos. Ni hacerle daño y de cualquier manera se lo hacía y no se sentía bien. Al contrario, se sentía culpable porque le gustaba tanto Candela. Después de estar con ella, nada era igual.

La semana pasó rápido y el viernes, cuando Dylan volvió del trabajo, ella ya tenía el pequeño con el pijama puesto e iba a darle de cenar. Cuando Dylan bajo duchado, ella, había terminado con el pequeño.

—Ahora te quedas con papá, pequeñajo, tu mami va a divertirse esta noche —y Dylan apretó las mandíbulas más de lo necesario.

Reconocía estar celoso.

Poco después cuando estaba con el pequeño en el porche, bajó Candela. Llevaba un vestido malva oscuro por media pierna estrecho como a ella le gustaban con escote en pico, asomando más pecho del necesario. Unas sandalias altísimas de tacón del mismo tono malva y llevaba el pelo suelto pero con un recogido atrás, un par de pulseas y unos pendientes y olía diferente. Era un perfume nuevo, que olía de maravilla.

—Dale un besito a mami.

—Bueno Dylan, ten cuidado con el pequeño.

—Tranquila —le aseguró que no tenía nada de que preocuparse—. Vas muy guapa.

—Gracias. Espero que algún chico se fije en mí esta noche.

¡Maldita sea!, iba vestida, como para que no se fijara ningún chico en ella.

—¿No cenas antes? —Le preguntó.

—No, voy a cenar primero y luego ya veré. Quizá vaya a bailar a algún sitio.

Él asintió y se la quedó mirando mientras sacaba el coche del garaje.

Candela se marchó rumbo al pueblo.

Fue a cenar al restaurante donde había ido con Dylan, la primera noche. Era elegante. Allí, mientras se sentó en una mesa sola dispuesta a cenar, conoció a un hombre elegante y con traje, como a ella le gustaba, clasista que diría Dylan. De unos treinta años, moreno, alto y guapo. Se acercó a su mesa.

—Parece que estamos solos cenando. ¿Te apetece cenar acompañada?

—Bueno, puedes sentarte aquí —y el camarero le cambió los cubiertos a la mesa de Candela.

—Me llamo Thomas Brooks.

—Candela Molina, encantada.

—¡Qué nombre más bonito!, nunca lo he oído.

—Soy española.

—¡Ah bien!, es precioso. ¿Vives aquí? —preguntó mientras miraban la carta.

—Sí, en el rancho Payne.

—¿Conoces a Dylan?

—Sí, vivo allí con él y con el hijo de su hermano y de mi hermana —dijo sorprendida de que conociera a Dylan. Le contó por encima la historia.

—¡Qué historia!

—¿De qué conoces a Dylan?

—Bueno, fui con él a la universidad, aunque yo estudié ingeniería. Hago prospecciones para una empresa petrolífera en Houston.

—Que interesante. ¿Y cómo es que estás aquí?

—Tengo un mes de vacaciones. Y además tengo aquí a mi familia.

—Es estupendo. Yo doy clases en el instituto privado.

—¿De qué?

—De español, claro.

Mientras más hablaban mejor le caía ese hombre.

—Vaya... Vaya, qué callado se lo tenía Dylan. Una mujer hermosa en su rancho.

—Gracias —sonrió Candela.

—¿Y sales mucho por el pueblo?

—Bueno, la verdad... con esto de nuestros hermanos yo he salido poco. Sólo una noche con Dylan y esta noche.

—Lo vi el fin de semana pasado con una chica, o al menos iba con ella —dijo él, Candela supuso que para que no se sintiera culpable de salir.

—Puede ser, se llama Loren, me la presentó en el rancho, pero nunca le pregunto por sus ligues o lo que tenga. Es personal. Yo he estado unos días en Florida de vacaciones con el pequeño.

—¡Qué suerte! Al menos alguien tiene vacaciones de verdad —rió Thomas—. Bueno y ¿cómo llegaste a Estados Unidos?

Y ella le contó un poco la historia por encima y le cayó muy bien Thomas. Cuando terminaron de cenar, él quiso pagar la cena, pero ella se opuso.

—Mujer, otro día me invitas tú, no seas así.

—Está bien —aceptó finalmente—. Gracias.

—Eso está mejor. ¿Mañana?

Y ella rio.

—Perfecto, mañana te invito yo. Dylan también me dará la noche libre.

—¿Te apetece que vayamos a bailar y a tomar una copa?

—Me encantaría.

Y se sorprendió porque era cierto. Se lo estaba pasando muy bien.

—Pues venga. Tomamos una copa y bailamos. ¿Has traído coche?

—Sí, lo tengo aparcado al salir del restaurante.

—Pues damos un paseo si te apetece y luego te acompaño.

—Me parece una buena idea.

Thomas la llevó a un piano bar, donde tenían una música de jazz. A ella le encantó el lugar, íntimo bonito y acogedor, donde un pianista tocaba piezas de jazz y blues.

—¡Me encanta este sitio Thomas!

—Sabía que iba a gustarte. A mí me gusta. Es tranquilo y cuando vengo al pueblo necesito descargar el estrés. Houston me estresa bastante. ¿Qué quieres beber?

—Un san francisco.

—¿No tomas alcohol?

—No, tengo que conducir, pero incluso la cerveza no la tomo con alcohol. No me gusta. Bueno, una copa de champagne, sí, pero nada más.

Y cuando se sentaron en uno de los rincones de la sala, ella le contó el único día que salió con Dylan y se tomó cuatro chupitos, lo mala que se puso y Thomas reía.

Era un hombre encantador. Le gustaba el traje que llevaba, la conversación y era una persona formal y divertida a la vez, era guapo, con unos ojos verdes preciosos. Qué pena que no viviera allí permanentemente.

Y le preguntó si salía con alguna chica en Houston y él le dijo que no, que había roto una relación con hacía unos meses.

—¿Por qué razón?

—Creo que no queríamos lo mismo. No estábamos hecho el uno para el otro. Tampoco estaba enamorado de ella.

—¿Eres un romántico?

—Sí, lo soy, ¿y tú?

—También. Creo que estoy en la edad en la que mi reloj biológico me pitará en unos años. Aunque el hijo de mi hermana va a cumplir tres años y es como si fuese mío. Me dice mamá.

—Quiero tener hijos y una familia, y espero que eso no me pille muy mayor.

—Eso mismo pienso yo. No es que no a mi sobrino hijo mio, pero al menos quiero uno propio. Los trataré igual, por supuesto, pero quiero tener la sensación de pasar por todos los pasos —rió ella—. Pero bueno, aún no, de

momento.

—¿Te gusta ser profesora?

—Me encanta, dar clases a los alumnos, es mi debilidad. He dado unos cursos de verano, dónde he tenido alumnos hasta de sesenta años, esas han sido divertidas. Y tú qué me cuentas... ¿Vienes mucho a Graham?

—Tengo mucho trabajo, pero al menos intento venir un par de veces al año, sobre todo en Navidad, y el día de acción de gracias.

Y ella pensó que era una pena, que para una vez que conocía a un chico guapo, no vivía allí...

—¿Cuándo te vas de nuevo?

—En tres semanas, llevo ya una aquí —ambos se miraron cuando empezó a sonar una nueva canción— ¿Bailamos?

—Sí, me apetece.

Estuvieron bailando una hora, mientras charlaban y ella se reía.

Era un chico delicado, le gustaban sus manos suaves y la forma en que la cogía para bailar. No debía compararle con Dylan. Se sintió mal por pensar en él de repente.

Dylan nunca sería suyo ya.

Él era otro tipo de hombre y ella quizá encajara mejor con Thomas. Siempre le habían gustado ese tipo de hombres.

Y si Dylan no la quería... había más peces en el río. Y ella estaba dispuesta a conocer a otros hombres. Lástima que Thomas no viviera allí y una relación a distancia no era la ideal y no tenía ningún futuro con Thomas, pero podría tener un presente con una historia corta bonita.

Pasaron una noche fantástica Cuando la dejó en su coche, la besó en los labios a modo de despedida.

—Mañana voy al rancho y te recojo, luego te llevaré de vuelta. Vamos a ir a otro sitio distinto.

—Sorpréndeme —dijo ella encantada.

—Intentaré hacerlo, si no eres muy difícil de sorprender.

—Hasta mañana Thomas.

—Hasta mañana, paso por el rancho y así saludo a Dylan. Hace ya tiempo que no lo veo.

—Estupendo.

—¿Te parece a las ocho?

—Me parece buena hora, adiós.



—Me ha encantado concerté —Y arrancó el coche.

La noche había sido estupenda y Thomas, era encantador.

Cuando llegó al rancho, eran las tres de la mañana. Metió el coche en el garaje y desde la ventana de arriba, Dylan la observó subir al porche.

—Vaya, vaya, las tres de la mañana... maldita sea... y qué guapa estaba... —Pensó Dylan.

## CAPÍTULO 12

Subió los escalones con las sandalias en las manos para no hacer ruido, y al terminar de subirlas, Dylan estaba en slips esperándola, agarrado al marco de su puerta.

—¡Hola!

—Joder Dylan, me has asustado —dijo llevándose una mano al pecho—, ¿qué haces ahí, desnudo?

—No estoy desnudo, pero me gustaría estarlo.

—Déjate de tonterías, ¿has bebido? —le preguntó.

—No puedo, tengo al pequeño al cuidado.

—Por eso te lo decía —frunció el ceño—. Buenas noches.

—¿Ha habido suerte?

—¿Suerte de qué?

—Ya lo sabes.

—No te importa, pero sí, lo siento por ti, ha habido mucha suerte. He conocido a un hombre guapo y alto y con traje.

Ella pudo ver como se le cambiaba la cara.

—Tú, me dijiste que no querías nada conmigo, así que ahora puedo salir con un hombre con traje si quiero.

—Clasista —dijo con ironía.

—Exacto. Hasta mañana.

Antes de dejarla pasar Dylan la cogió por la muñeca y la apretó contra su cuerpo, para que notara su excitación por ella. Que supiera que estaba duro.

—¿En serio? Dylan, suéltame.

—¿Y si no quiero?

—¿Qué le parecería a Loren esto?

Él apretó los labios y la soltó, pero no por Loren, que no le importaba lo más mínimo, sino por respeto a ella.

Era superior a él, verla tan sexy y saber que había salido sola.

Candela no dijo nada más y fue a su habitación.

Se quitó la ropa y se acostó. Y lloró en silencio.

Dylan se había quedado en el pasillo, al cabo de poco se acercó a su dormitorio y se asomó a la habitación de Candela.

Ella no cerraba la puerta por el niño así que la escuchó llorar.

Se sintió un miserable.

Se fue a su habitación y cerró la puerta.

—Maldita sea. ¡Joder! ¡Joder! —Le dio un puñetazo a la almohada.

Lo había estropeado todo.

Dylan, no tenía derecho a hacerle eso, pensó llorando Candela. Ella había respetado incluso con dolor, que él saliera con otras y jamás se había mostrado celosa o rabiosa o le había echado en cara nada. No podía hacerle eso. Tenía que dejar que lo olvidara. Era un maldito egoísta. La próxima vez iba a darle un puñetazo en toda la cara.

El sábado por la mañana, cuando se levantó, Dylan y Patrick ya estaban levantados y desayunados y ella fue a la cocina donde María preparaba la comida. Y la saludó.

—¿Le preparo el desayuno señorita Candela?

—Sí, María, gracias. Luego voy a dar un paseo. Ayer me acosté tarde.

—Eso está bien, tiene que salir más, que siempre está encerrada en el rancho.

—Bueno, ya el lunes empezó las clases. Y todo volverá a la normalidad.

Cuando desayunó fue al despacho de Dylan y lo saludó.

—¡Buenos días Dylan!

—Hola Candela, perdona lo de anoche.

—No pasa nada Dylan, olvídalo —y se dirigió al pequeño y lo tomó en brazos.

—Hola mi niño, te quiero mucho.

—Yo también mami.

—¡Qué guapo eres! ¿Damos un paseo por el campo?

—Sí. Coche —dijo agarrando el juguete.

—Bueno lleva el coche, pero el pequeño, que luego cargo con los dos. Está bien, me lo llevo a dar una vuelta antes de comer Dylan.

—Vale, como quieras...

Y se lo llevó a dar una vuelta por el rancho y cuando se cansaron se sentaron bajo un árbol de los muchos que el rancho tenía.

Esta vez fue ladera abajo, pasando por el lateral de los almacenes y el campo estaba maravilloso. Hacía un poco de calor, pero caminaron por uno

de los senderos, se sentaban e incluso tuvo que coger el pequeño, que ya estaba cansado.

—Eres un flojito. Te cansas enseguida y pesas mucho.

—Brazos.

—Claro. Yo también quiero en brazos. Eres pequeño, pero tienes mucha cara.

Cuando llegó a la casa una hora y media después, se fue a la salita donde estaba su despacho y se tumbó con un libro en el sofá. El pequeño se tumbó con ella y se quedó dormido y ella lo agarró y cerró los ojos y se quedó un rato dormida también y el libro se le cayó al suelo.

Dylan entró a la sala un rato después y se la quedó mirando. Era una buena madre con el pequeño y si alguna vez tenía hijos propios también lo sería.

Estaba preciosa dormida. Quería saber con quién pasó la noche anterior, pero ella no se lo diría. Y él quería saber si se había acostado con algún hombre, porque no soportaba que otro la tocara. Sabía que era egoísta por su parte, pero no podía evitarlo.

Ese fin de semana no había quedado con Loren. Loren iba a pasar de largo de su vida. Era un ligue de un par de semanas. Se había acostado con ella dos veces, pero ni de lejos había sido como con Candela.

Candela era para él una mujer única, hasta en la cama y ahora se arrepentía de no haberle aceptado una relación. Si no lo hubiera visto con Loren... Había cometido un error y a partir de ahí... Lo había estropeado todo. La necesitaba y echaba de menos lo que tuvieron antes. Ella se comportaba igual, pero para él algo había cambiado y era el culpable.

## CAPÍTULO 13

Echó las cortinas para dejar a oscuras la sala, recogió el libro que se le había caído al suelo a Candela y sonrió, era de Oscar Wilde. lo dejó en su mesa de despacho. Era una enamorada de ese escritor se dijo Dylan mientras se tumbaba en el sofá. Se quedó dormido eso era paz y se imaginó así siempre con Candela y por primera vez le gustó esa sensación. Todo estaba en silencio.

El niño, fue el primero en despertarse, y cuando él lo hizo ellos se despertaron también.

—Me he quedado frita.

—Yo también —dijo Dylan, levantándose.

—Comer —dijo el pequeño.

—Pues vamos a comer, es tarde.

Miró su móvil encima de la mesa.

—Ya se ha ido María ¡Qué tarde es!

Los tres se fueron a la cocina. Y después de comer, mientras el niño pintaba en su pupitre, ella se tumbó de nuevo a leer.

—¿Vas vaguear todo el día?

—Sí —Sonrió—. Voy a aprovechar este fin de semana que ya el lunes empiezo el curso.

—¿Sales esta noche? —Interesado.

—Sí, vendrá a recogerme y luego me trae. Ha insistido.

—¡Qué educado!

—Sí lo es, y lo conoces.

—¿Lo conozco? —Intrigado.

—Sí, me lo encontré ayer en el restaurante. Fuiste con él a la universidad, pero estudiaba otra cosa.

—¿Sí?, ¿quién es? —preguntó interesado Dylan.

—Thomas Brooks.

—¿Thomas? —Dylan no daba crédito.

—Sí, qué pasa, ¿no te gusta?

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—Es un buen partido y un buen tipo, pero trabaja en Houston.

—Sí, se va a quedar un mes de vacaciones, bueno, ya tres semanas. Me encantó. Es educado, guapo, alto y lleva traje. Es de mi estilo.

—No te pases, Candela.

—No me paso. Lo pasé muy bien con él y quiere venir a recogerme y luego me traerá. Quiere saludarte.

¡Joder, joder! ¡Maldita sea!

De todos los hombres que tenía el pueblo, va y conoce al mejor tipo que hay.

Si Thomas desplegab sus armas estaba jodido. Aunque sabía que no estaría mucho tiempo, sí que intentaría acostarse con ella.

—¿Y cómo lo conociste?

—Iba a cenar sola y él también. Y se acercó a mi mesa y me pidió permiso para comer juntos.

—¿Y dejaste que te pagara la cena?

—¿Qué pregunta es esa? —Dijo alzando una ceja—. Es un caballero, claro que le deje. Yo le invitaré hoy.

—Si deja que hoy le pagues, no es un caballero.

Candela hizo un gesto con la mano quitándole importancia.

—Estás celoso, Dylan.

—Sí, estoy celoso ¿y qué?, ¿no puedo estarlo?

—No, ni puedes ni debes —dijo ella ofendida—. No te entiendo de verdad. No quieres que esté enamorada de ti. Hago todo lo imposible por olvidarte y llevarme bien contigo por el niño, y me cuesta lo mío.

Dylan la miró en silencio.

—Sales y seguro que te has acostado con Loren —Dylan bajó la cabeza— sin importarte mis sentimientos, y lo peor de todo es que te dije que podíamos continuar esa relación que empezamos sin pedirte nada a cambio y me despreciaste ¿y vienes a criticar a un hombre educado que me invita a salir? ¿Pero qué te crees?

—Un maldito imbécil, eso me creo.

—Pues te has definido perfectamente.

Tras un momento en silencio Candela fingió ignorarle y seguir leyendo. Pero Dylan no se lo puso fácil.

—Candela, quiero lo que tuvimos.

Ella le prestó atención sin saber como reaccionar.

—Ya sabes que te lo pedí cuando viniste del viaje, a pesar de que yo ponía más en juego y ahora, eso no puede ser Dylan. Te has acostado con otra mujer, ¿crees que soy de piedra y que no me duele? ¿Me quieres volver loca?

—Te echo de menos, pequeña —le dijo muy afectado.

—¿Y te has dado cuenta cuando te has acostado con Loren?

—Eso ha sido una estupidez adolescente por mi parte.

—Tengo ganas de darte un puñetazo, que lo sepas —dijo muy enfadada —. Pero aunque Loren sea historia, tengo que dar un tiempo hasta que se me olvide que has estado con otra.

—Pero eso es una tontería.

—Para mí no. Tengo escrúpulos y voy a salir con Thomas. Me gusta y creo que pasaré el tiempo que se quede aquí con él.

—¡Maldita sea Candela!

—Me gusta —le repitió para que se callara.

—Me vas a volver loco, ¿sabes?

—Puede gustarme más de un hombre a la vez.

—¿Y puedes acostarte también con ellos?

—No, creo que he esperado un tiempo prudencial entre tú y él, si me acuesto, claro. Pero tú has tardado doce días, ¿o te crees que yo soy inmune a los celos?

—Pero no ha tenido importancia pequeña —dijo acercándose a ella. No es como tú.

—Eso no me consuela Dylan.

—Joder, ¿y por eso vas a castigarme acostándote con Thomas?

—No sé si me acostaré con él. Pero en todo caso no voy a hacerlo para castigarte, si lo hago, será porque me gusta Thomas. Eso te dará tiempo para que pienses en lo que quieres con respecto a mí.

—Muy bonito. Te acuestas con otro y yo me lo pienso.

Candela se encogió de hombros.

—No es una obligación, puedes salir con otras y yo me lo pensaré también.

—Y coincidiremos dentro de años.

—No tengo prisa.

—Me pones de los nervios española. No te entiendo.

—Es muy fácil Dylan, te amo.

—¿Qué? —Eso si que no se lo esperaba— Pero... entonces estás más

loca de lo que pensaba.

—Sí, estoy loca por ti —le dijo muy en serio—. Dejemos las cosas claras de una vez por todas. Pero no me correspondes en la misma medida, por ello, trato de ser amable y amistosa contigo hasta que deje de amarte. Tú no sientes lo mismo por mí, por eso, no voy a dejar de estar y conocer a otros hombres, trato de olvidarte y tú, te portas de manera egoísta porque no quiero hacer lo que tú quieres, que es tener sexo. Y estuve a punto, pero ahora no.

—Eso no es cierto. Hablamos por las noches en el porche y bromeamos y lo pasamos bien.

—Me gustan las definiciones. Y me cansas, no quiero hablar siempre sobre lo mismo. Mientras te aclaras, viviré como quiera.

Dylan se levantó y dio un par de vueltas por la sala, mientras ella reanudó su lectura y él estaba como un león enjaulado.

Iba a cortar con Loren. Bueno, ni hacía falta. Iba a dejarla que se acostara con Thomas a su pesar y dejaría las chicas quietas y cuando Thomas se fuera, dejaría un tiempo prudencial y tendría una relación con ella, si ella quería una relación, la tendría. Pero eso no era lo que quería.... No podía soportar que pudiese acostarse con Thomas.

—¿Quieres tener una relación conmigo? —Se paró delante del sofá, ante ella.

—¿Eso qué significa?

—Que salgamos como una pareja.

—¿Porqué voy a salir con Thomas?

—Porque no quiero que te acuestes con nadie, porque me moriría de celos, porque te deseo.

—Eso es egoísmo.

—Sí, egoísmo y celos. Y porque te deseo tanto que me duele que estés con otro.

Se acercó al sofá y se echó encima de ella.

—Dylan, levántate —le dijo seca.

—No quiero —le dijo abrazándola y besándole el cuello—. Eres mía, pequeña. Mi pequeña potrilla salvaje.

—Dylan, eres tonto y lo sabes —se quejó—. No me puedo mover y estás excitado.

—Sí, soy tu tonto y excitado vaquero, es cómo me pones a todas horas.

La besó. Metió su lengua en la boca de Candela y ella lo recibió con



ansias, como una mariposa en vuelo. Le subió el vestido con una mano y la tocó donde ella deseaba.

Candela estaba acalorada y excitada.

—Está el pequeño.

—Está pintando en la otra habitación, cielo, no se dará cuenta.

Se desabrochó los vaqueros, apartando el tanga que llevaba y entró en ella desesperado y jadeante.

—¡Ah, Candela!, pequeña. Esto es... —Se movía en ella, mientras Candela gemía ante sus besos y embestidas y supo que esa era su mujer. Su mujer ardiente para él. Supo que nunca sería igual con otra. Él lo sabía. Cuando ella iba alcanzar el climax, Dylan lo supo y no pudo aguantar más, se vació en ella amainando el viento.

—Dios Dylan, ¿qué hemos hecho? —le dijo despacio intentando recuperar el aliento.

—Lo mejor que podíamos hacer. Me encanta hacerlo contigo.

—Es una locura. —Pero lo abrazó por el cuello, mientras Dylan, aún permanecía en su interior— estás loco y yo soy una tonta y débil contigo.

No quería hacerlo pero se le escaparon unas lágrimas.

—Vamos Candela, no llores por Dios. No puedo verte llorar.

—Es que no sé a qué atenerme contigo Dylan. Me despiertas deseo y me haces daño a la vez.

—No volverá a pasarte eso conmigo, nena. Te cuidaré bien y seremos solo de nosotros.

Se levantó y se abrochó el pantalón de nuevo, y ella, se acomodó el vestido.

—Eres un vaquero difícil de Texas —Sonrió sin ganas.

Él se acercó a ella y la abrazó.

—Eres mi potrilla. Todo va a cambiar, ya verás, confía en mí.

—Tengo que salir esta noche con Thomas.

—No puedes —dijo él sorprendido—, no después de esto Candela.

—Saldré solo a cenar, he quedado —dijo seria—. Solo cenaré con él o iremos a tomar una copa. Es un amigo.

—No quiero que lo hagas.

—Vaquero. Yo soy una mujer de palabra.

—Pero no te acuestes con él.

—¿Quién te crees que soy? —dijo abrazándolo y mirándolo a los ojos—

acabamos de hacer el amor. ¿Crees que me acostaría a las dos horas con otro?

—No me fio de ti, estás muy buena.

Volvió a lanzarse sobre ella y le besó el cuello juguetón.

—¡Estás un poco loco! —dijo sonriendo y besándolo.

—Está bien, me tendrás toda la noche esperándote nervioso, pero no quedes con Thomas más veces.

—Eso está claro, Dylan.

—Dame un besito.

—Eres un tonto...

—¿Sí?, ¿cómo de tonto? —dijo volviendo a acariciarla. Le besó los pechos y mordió sus pezones por encima del vestido.

—No empieces, que ahora sí que el pequeño está en guardia. Hay que darle de merendar.

—Yo le daré la merienda —le dijo apartándose de ella—, descansa tú, cuando vengas esta noche, tendrás un vaquero en tu cama y te levantarás bastante tarde.

—Gracias guapo.

Ella se quedó tumbada en el sofá, mientras Dylan, le dio la merienda a David. Después volvieron a la sala y Dylan llevaba dos cafés en las manos.

—Ah, gracias vaquero, estás en todo.

—Espera, ahora traigo la tarta.

—Qué bien, quiero un hombre así para siempre.

—¿Para siempre? Ya lo tienes.

—Para siempre, siempre.

—Hasta que tú quieras encanto.

Poco después Dylan se fue al despacho un rato y ella se quedó leyendo otro en la sala hasta que bañó la pequeño y le puso el pijama. Ella se bañó y bajó a darle la cena. Y lo dejó con Dylan, mientras se vestía.

Un pantalón negro ancho hasta abajo y un top blanco, sandalias altas y un bolso negro. Se hizo una cola alta y se maquilló.

Cuando Dylan, la vio:

—¡Estás guapísima! Lástima que no sea yo el que te acompañe.

—Saldremos la semana que viene.

—¡Está bien! Parece que llega un coche, será Thomas, pórtate bien, por favor.

—Por supuesto. Voy a saludarlo y salieron al porche.

—Hombre Dylan, dijo Thomas que salió de un BMW negro precioso y caro.

—¿Qué tal Thomas? No te dejas ver por aquí y se abrazaron, ¿cómo te va?— Siéntate un rato.

—¡Hola Candela! —y la besó en la cara.

—¡Hola Thomas!

—Venga siéntate —dijo Dylan— y cuéntame qué es de tu vida en Houston.

Y estuvieron charlando media hora, hasta que Thomas dijo que se iban a cenar.

—Me llevo a Candela a cenar.

—Cuídala bien. Y no la traigas tarde.

—Sí papá —dijo Candela y Thomas rio.

—Ten cuidado con David.

—Es un buen tipo —dijo Thomas cuando iban en el coche— y un trabajador nato.

—Sí, lo es. Tenemos que hacer de padres y es complicado, además trabaja mucho en el rancho.

—Sí, es una pena lo de su hermano y de tu hermana.

—Sí, que lo fue. Cambiando de tema, tu coche es precioso.

—Gracias. Aquí a lo mejor resulta algo ostentoso, pero en la ciudad pasa desapercibido.

—¿Dónde vamos esta noche?

—Hay un asador de carne a las afueras. ¿Te apetecen costillas y filetes a la parrilla?

—Me encanta.

—Allá vamos entonces.

—Recuerda que pago yo.

—¿Sí?, no recuerdo haber dicho nada de eso.

—Thomas....

—Venga, aprovéchate de un hombre que quiere invitarte una noche.

—Si no me queda más remedio...

—Dylan diría que no soy un caballero texano si te dejas pagar.

Y ella rio.

— lo conoces bien.

La cena fue exquisita y ella se rio mucho con Thomas. El lugar era

precioso y allí tomaron el café.

Después volvieron al local de música de jazz, de la primera vez y estuvieron bailando hasta bien entrada la madrugada.

—¿Lo estás pasando bien Candela?

—Sí, la verdad, eres estupendo.

Si no fuese porque no me quedo en el pueblo, te pediría salir conmigo. Me gustas y eres una mujer estupenda y divertida y culta.

—Las relaciones a distancia no son buenas, Thomas.

—Sí, para mi desgracia.

—Pero me ha encantado conocerte y pasar estos días contigo.

—¿No quedamos la semana que viene?

—Le toca salir a Dylan. A demás este fin de semana he salido dos veces y el siguiente es el cumpleaños de David y tenemos planees.

—Y el otro no estoy. Estaré en Houston.

—Una pena, pero cuando vuelvas, puedes pasar por el rancho.

—¿No nos damos los teléfonos?

—Es un sinsentido Thomas.

—Sí, es verdad. Sé dónde vives, cuando vuelva. Pero gracias por estas dos noches.

—Lo mismo te digo Thomas.

La llevó al rancho y allí arriba, tras la cortina estaba Dylan observando cómo se despedían.

Thomas la cogió por la cintura y le dio un beso en los labios.

—Cuídate Candela. Eres una mujer especial.

—Gracias Thomas, tú también.

Y él entró en el coche y salió del rancho y ella entró en la casa, y puso la alarma. Y subió las escaleras. La puerta del dormitorio de Dylan estaba cerrada. ¡Qué raro!, con el pequeño, había cerrado la puerta y llamó y no obtuvo respuesta. Intentó abrir y la puerta estaba cerrada por dentro

Y se preocupó. Todo había salido maravillosamente y ya podía salir con Dylan. Estaba contenta y entusiasmada. Era su hombre, pero no le abría la puerta, y ella iba a insistir hasta que le abriera.

—Dylan, abre la puerta. Estoy preocupada.

—Dylan... ¿quieres abrir la puerta? No pienso irme hasta que abras.

Y él abrió la puerta con una cara que no decía nada bueno.

—¿Qué pasa, por qué has cerrado la puerta?

—¿Quieres saberlo de verdad?

—Pues sí, me gustaría, porque no lo entiendo.

—¿En qué quedamos Candela?

—¿Cómo que en qué quedamos? Iba a cenar con Thomas y a despedirme.

Y eso he hecho, maldita sea Dylan.

—Ibas a cenar con él y nada más.

—Y así ha sido. Lo he pasado muy bien, pero, no voy a salir más con él —le informó—, le dije que el fin de semana siguiente era tuyo y el otro el cumpleaños de David.

—No es eso lo que he visto por la ventana.

—¿Te has asomado a la ventana?

—Sí, te ha cogido por la cintura y te ha besado.

—Pero Dylan, ha sido un simple beso en los labios de despedida.

—¿Me tomas por tonto?

—Dylan, no te pases —dijo ahora ya enfadada—. Ha sido un beso de despedida, y eso es lo que he hecho y no has podido ver nada más que eso. Mi paciencia tiene un límite y estoy a punto de cansarme ya de tus celos tontos.

Dylan, se la quedó mirandola muy serio

—Vamos, no te pongas así —le dijo abrazándose a su pecho desnudo — Pero Dylan, no hizo amago de tocarla—. Dylan... no seas así, cielo. Sabes que te quiero, que estoy loca por ti.

—¡No has cumplido! —le dijo dolido— ¡Vete a tu habitación!

—Pero ¿te crees que soy una niña? —dijo separándose de él.

Y lo empujó con fuerza hasta la cama enfadada y de otro empujón lo tiró en ella.

Dylan cayó de espaldas sin esperarlo y Candela se montó en él con las piernas abiertas.

Tocó su miembro que se puso duro al instante.

—Candela —jadeó él.

Mirándolo a los ojos, guió su sexo hasta la hendidura y lo metió dentro de ella. Le cogió las manos y las puso por encima de su cabeza. Cabalgando sobre él, le hizo el amor a Dylan hasta que este no pudo aguantar más y se vació en ella.

Al cabo de unos minutos que recobró la respiración.

Dylan, estaba anonadado. Nunca se hubiese esperado eso de ella. Había

sido erótico y le había gustado su fuerza, su empuje y su coraje. Explosivo.

Candela, se recompuso el vestido y de pie, rabiosa, le dijo apuntándolo con el dedo...

—¿Que yo no he cumplido cuando no me he acostado con nadie, mientras que tú te has acostado con Loren? Solo me ha besado en los labios, apenas como despedida, como un amigo. Tienes un problema Dylan, así que: ¡Vete al cuerno!

Salió por la puerta y dio un portazo.

Dios, esa potra no era lo que él pensaba.

Había sido algo... sin palabras.

## CAPÍTULO 14

Se acabó. No iba a echar una lágrima por ese tonto celoso, se dijo Candela. Tendría que ir suplicándole. Ella también sabía hacer lo suyo, o qué se creía...

—Si lo llego a saber, me acuesto de verdad con Thomas, capullo— dijo al llegar a su habitación— es un imbécil, irritante, arrogante y celoso egoísta de...

Pasó muy mal lo que quedaba de noche, pero ella no iba a sentirse culpable por algo que no había hecho. Y ningún hombre iba a tratarla así, nunca. Se acabó Dylan para siempre. La iba a volver loca.

Puso la alarma para levantarse temprano y atender a David y que Dylan no tuviese que hacerlo y echárselo en cara, aunque la verdad era que nunca se había quejado por ello. Las cosas iban a cambiar con ese estúpido vaquero. Cómo podía estar enamorada de ese bruto. Ese...

Por la mañana, se levantó y preparó a David.

Dylan ya estaba en el despacho. No le pregunto si había desayunado, Dylan, le dijo un simple hola sin mirarla y ella hizo lo mismo. Que se hiciera él ese día la comida, el desayuno y la cena.

Iba a irse al pueblo con David hasta la hora de dormir, no tenía ganas de verle la cara a ese estúpido mandón desconfiado.

Así que cuando desayunó con el pequeño, recogió las habitaciones y la cocina. Se había puesto unas zapatillas de deporte blancas, unos vaqueros y un top blanco con media manga.

Preparó la silla de paseo de David y el bolso del pequeño y el suyo y cuando echaron la siesta de media mañana del pequeño y despertaron, ella, se maquilló y perfumó, se hizo una cola alta y peinó al niño y lo cambió.

—¿Vamos al pueblo pequeñín al parque?

—Sí.

Se acercó al despacho donde aún permanecía Dylan y le dijo:

—Me llevo a David al pueblo. Vendremos después de cenar. No nos esperes.

Y él la miró fijamente.

—Como quieras. Candela...

Y se llevó al pequeño al pueblo sin contestarle siquiera. Estaba muy enfadada con Dylan.

Allí comieron en una hamburguesería, y luego se lo llevó al parque infantil con toboganes y juegos y lo dejó jugar un buen rato, hasta que se echó la siesta y aprovechó para ir de paseo con el carrito a tomar un café en una cafetería céntrica con terraza. Hacía una tarde preciosa y le apetecía tomarlo fuera.

—Candela, ¿pero qué haces en el pueblo?

—¡Hola Thomas!, ¿qué haces aquí?

—Iba a tomar un café.

—Pues ya somos dos. ¡Qué casualidad!

—Venga, vamos a sentarnos. ¿Este es tu pequeño?

—Sí, lo he sacado al parque y tras cerca de dos horas se ha quedado rendido.

—¿Nos sentamos fuera?

—Esa era mi intención.

—Y la mía ahora.

Y cuando vino la camarera pidieron los cafés.

—No pensaba volver a verte más.

—Yo tampoco, es una casualidad.

—Sí, las casualidades existen.

—Bueno, el pueblo no es tan grande —dijo Candela.

—Es cierto ¿Y cómo es que has venido?

—Creo que el chico necesitaba un rato de ciudad. Nos quedaremos hasta después de cenar. Claro que cenaremos tarde. Algo ligerito. Daremos un paseo después y cenaremos sobre las ocho, mañana trabajo

—¿Quieres acompañante para todo?

—No podría desear uno mejor.

—Pues soy todo tuyo hasta que cenemos.

—¿Conoces algún sitio donde nos pongan algo ligerito y tengan menús infantiles?

—Cómo no, mujer, soy de este pueblo y aunque venga poco, me lo conozco todo.

—Entonces estoy en buenas manos.

Y cuando se cansaron de hablar y de la terraza, dieron un largo paseo. El pequeño de había despertado y ella lo sacó del carrito para que andará, hasta



que se volvió a cansar.

A las ocho de la noche, Thomas la llevó a una cafetería donde servían menús para niños y lo pasaron estupendamente. A Thomas, le hacía gracia el pequeño con su media lengua.

—Es un niño muy educado y bueno.

—Sí, es una suerte. El año que viene entrará al colegio, pero lo quiero tanto...

—Bueno, no te emociones. Tienes mucha suerte y el niño también la tiene contigo. Vas a ser una madre estupenda.

—Gracias Thomas.

Cuando llegó al rancho eran las nueve y media de la noche. El niño venía dormido y ella metió el coche en el garaje y lo sacó con las bolsas y cerró la puerta.

Dylan, la observaba desde el porche, pero no hizo ademán de ayudarla siquiera. Pero ella lo saludó al subir las escaleras, cargada. Siempre había sido educada y eso lo molestaba.

—Buenas noches Dylan.

—Buenas noches —le obligó a responder, sintiéndose culpable por no ayudarla.

Aún no sabía cómo reaccionar con ella porque sabía que estaba muy enfadada.

Así acostó al pequeño y ella se dio una buena ducha, se puso un pijama y bajó al porche en el último intento con Dylan.

Cuando bajó, aún seguía allí sentado con una cerveza en la mano.

—No sé si será una buena idea. Estás muy enfadada conmigo.

—Lo estoy. No merezco que nadie me desprecie, ni tú tampoco.

—Lo siento Candela.

—Deberías sentirlo, sí. ¿Quieres que busque casa en el pueblo para el pequeño y para mí? —Eso lo sorprendió.

—No, ni hablar, hicimos un trato. Os quedareis en el rancho.

—Está bien, pero si decides que somos una molestia no tendré inconveniente en irme.

No quería que se fueran, en primer lugar por el pequeño y en segundo

porque iba a esperar que se le pasara el enfado. Enfado que él mismo le había causado por otra parte, sin razón ni ninguna, pero ver que Thomas la cogía por la cintura y la besaba en los labios... Si lo amaba, por qué había dejado que Thomas la besara. Eso lo enfadaba a él también, pero lo que le hizo ella anoche, eso ni soñando lo esperaba.

Candela subió a su habitación. Había pasado una buena tarde y si Dylan seguía haciendo el tonto durante la semana, saldría con Thomas si llamaba, ¿qué iba creerse el estúpido?

Dylan, pasó un día de perros. Quizá se había equivocado, y quizá se había precipitado en actuar así con ella, pero cometía tantos fallos con esa mujer que lo volvía loco... se había ido todo el día y no había dejado ni comida.

Y se había quedado solo. Y no quiso salir al pueblo. ¡Maldita Candela!, ¿por qué tuvo que besar a Thomas en los labios? ¿No se habría pasado con ella?... pero si quería celos se los iba a dar. El viernes vendría Loren al rancho. No es que fuese a acostarse con ella, pero se iba a enterar de lo mal que se pasaba.

Pasó la semana, ella iba al instituto y al volver el pequeño estaba dormido, luego jugaba con el pequeño y preparaba las clases, ducha y cena.

Así entraron en esa rutina, donde Dylan, llegaba demasiado tarde del trabajo, ella cenaba antes y se sentaba a leer en el porche y Dylan, cenaba y se sentaba también un rato, una vez que se duchaba. Le preguntaba por el pequeño y nada más... unas veces, él se acostaba antes y otras veces ella.

El viernes apareció un coche que dejó a Loren en el rancho por la tarde. Maldito Dylan...

—¡Hola Candela!

—Hola Loren. Dylan, aún no ha llegado del trabajo. Y no va a salir esta noche.

—¿No?

—No, estamos saliendo. ¿No te lo ha dicho?

—No, me dijo el lunes que viniera.

—Bueno, sí, pero me propuso salir el miércoles, se le habrá pasado decírtelo. En serio Loren. Tú sabes qué hay con Dylan. Deberías buscarte un buen chico. No me gusta que Dylan te utilice para darme celos cuando nos enfadamos. Y no lo voy a consentir más.

La chica se quedó con la boca abierta.

—Estoy...

—Eres muy joven Loren y sabes que no tienes nada que hacer con él. Venga, te llamo a un taxi. No te preocupes. Yo te lo pago. Y lo siento Loren.

Y Candela rezó para que el taxi viniera antes que Dylan. Se acabaron los adolescentes. Ya tenía bastante con los del instituto. Ese no se iba a acostar con más mujeres que con ella, como que se llamaba Candela o se iba del rancho. Así iban a estar las cosas.

Y tuvo suerte. Loren se fue del rancho antes de que Dylan viniera.

La saludó y subió a vestirse y baño al porche. Miraba el reloj de vez en cuando y ella sonreía por dentro. Algo iba a pasar.

—No la esperes —le dijo ella desde el balancín. Dylan se la quedó mirando—. Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?

—Le dije que se fuera

—¿Qué? —preguntó muy sorprendido— ¿Y desde cuando te metes en mis asuntos?

—Desde que nos acostamos juntos la última vez. Y esto ya nos será cosa de tres nunca más. Nos acostamos la otra anoche y no voy a consentir que te acuestes con ella esta noche. Si lo haces mañana mismo salgo del rancho con David. —Lo miró a los ojos—. Hablo muy en serio. Si lo que necesitas es sexo, aquí estoy yo. No hay más potras en el horizonte a partir de hoy.

—¿Pero qué...?

—Lo que te acabo de decir.

—Puedo hacer lo que quiera —le dijo enfadado.

—Y yo también —le soltó Candela—. Así que decídetelo yo sola o me voy con David. Nada de celos. Si solo te interesa el sexo, eso tendrás de mí, pero olvídate de las demás. ¡Me tienes harta!

Y subió a acostar a David que estaba dormido en sus brazos. Y Dylan apretó la mandíbula.

Era una mujer... ¡Está bien! Pensó. Sexo con ella solamente.

No quería otra, pero de amor, se podía ir olvidando.

—Sé qué estás pensando —le dijo saliendo de nuevo de la casa y sentándose en el balancín— Solo sexo. También por mi parte. Veo que no te has ido, así que creo saber la respuesta. ¿Cenamos en el porche...?

—Esta noche no tengo hambre —y se levantó.

Iba a entrar en la casa, cuando ella le dijo irónica:

—Tienes que alimentarte para aguantar a esta potra.

¡Maldita fuera!, lo tenía pillado, pero esa noche se quedaría con las ganas. No iba a hacer nada con ella, claro que el que iba a perder era él, porque ganas no le faltaban de que ella supiera quién mandaba allí.

Candela cenó en el porche y luego se tomó un café y leyó un rato. Sintió una paz tremenda, había ganado la batalla de idas y venidas, porque sabía que aunque iba a sufrir con él, era mejor tenerlo para ella sola, que ver una lista de mujeres por el rancho, que era lo que él pretendía. Pero si pretendía eso, ella no iba a quedarse allí para velo.

Si no la quería, le daba igual, iba a tener sexo del bueno y punto. No pedía nada más de momento. Como él, en plena igualdad. Y cuidar a su sobrino era su prioridad.

Cuando se cansó, apagó las luces y puso la alarma y Dylan la sintió subir las escaleras y pasar de largo a su habitación.

Tenía ganas de hacerle el amor hasta dejarla sin respiración, pero su orgullo se lo impedía esa noche. Y no durmió muy bien.

El siguiente fin de semana, era el cumpleaños de David y ella se lo recordó una noche en el porche, donde ella solía leer aún y él se tomaba una cerveza.

Aún no habían tenido sexo y ella estaba en paz. Cuando él quisiera... No había prisa. Sabía que algún día la buscaría, dejando atrás su orgullo. Pero al menos estaba tranquila.

—Saldremos el sábado hasta la tarde. Comemos fuera y lo llevamos al parque —dijo Dylan.

—Está bien. Dijo ella.

Y eso hicieron. Cada uno, por su lado, le compró al pequeño unos juguetes. Ella didácticos y Dylan un poni de juguete para el porche. Comieron, y llevaron al niño al parque y entre ellos hablaron poco, lo imprescindible.

Él sí que estuvo con el pequeño riendo y jugando en el parque. Con el pequeño, no había cambiado un ápice, porque si lo hubiese hecho desde luego, ella ya no estaría allí. Que a ella no le hablara salvo lo imprescindible tenía un pase y ella, lo aceptaba, pero con el niño, no.

Por la noche, se sentaron en el porche cuando el pequeño se durmió y

habían cenado.

—Dylan...

—Qué...

—¿No crees que eres un poco orgulloso? Te estás comportando como un niño testarudo y terco. Después de todo lo que llevamos juntos aquí, podríamos volver a lo que tuvimos, lo que quiera que fuese. Te haces daño tú mismo con tu testarudez. Yo te he prometido no hablar del tema de mis sentimientos. Y de verdad que si quieres me voy. Te lo digo muy en serio. Sin enfados.

—¿Necesitas sexo esta noche?

—No hace falta que me insultes ni me menosprecies. Si quisiera sexo, tal como estás me iría al pueblo y lo conseguiría con facilidad, o ¿qué crees, que eres el único?

—Sé que no te faltarían hombres. Siempre puedes ponerte uno de tus vestidos cortos y los tendrás a todos comiendo de tu mano.

—¿Eso qué significa?

—Que si quieres, puedes tener todos los hombres que quieras, ¿por qué yo?

—Porque me gustas, lo sabes, y tú me lo propusiste. Pero si te echas para atrás, no tenemos nada más que hablar de ese tema, estoy un poco cansada ya. Buenas noches Dylan.

Se levantó y subió a su dormitorio.

¿Por qué tenía que comportarse así? Todo por su maldito orgullo.

No tenía por qué insultarla. La siguiente vez no se lo perdonaría. Lo tenía muy claro. Ella era educada hasta cierto punto.

## CAPÍTULO 15

Sabía que la había insultado y no se lo merecía, ¿por qué continuamente estaba haciéndole daño? Era una mujer estupenda y lo había puesto en su lugar porque ella sabía que aunque no estaba enamorado de ella, la deseaba más que ninguna mujer y no quería otra. Y ella no le iba aguantar escarceos. Y tenía miedo de que se fuera. No quería que se fuera. Quería verla a diario y a su sobrino.

Cerró y subió a la habitación de Candela. La puerta estaba abierta como siempre, y la oyó llorar en silencio. Y eso le dolía en el alma. Porque sabía que era por su culpa.

Entró y se sentó en la cama y ella encendió la luz.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me perdones. Siempre te hago daño y no quiero verte sufrir. Todo lo hago mal contigo, pero es porque te deseo tanto...

—Ven aquí... —Se desnudó y se acostó en su cama, desnudo y le quitó el camisón y la pegó a su cuerpo y la abrazó un buen rato.

—Vamos pequeña, no llores. Si siempre tienes razón. Eres una mujer muy valiente, aquí me tienes, no he ido a buscar a nadie.

—Eres un orgulloso y testarudo.

—Lo sé. Yo mismo tengo que lidiar conmigo mismo. Y nunca he conocido una mujer como tú. Las cosas con las mujeres siempre han sido muy fáciles para mí y tú eres muy difícil de contentar.

—Eso no es cierto. Lo que pasa es que eres un consentido adolescente.

—Ay Candela, Candela, qué tengo que hacer para contentarte.

—No te pido nada. Ni siquiera que me quieras. Podemos tener una relación bonita como esos pocos días que disfrutamos.

—¿Eso quieres?

—Sí, eso, nada más. Tú ganas la guerra.

—¿Sin más?

—Sin más, por nosotros y por el niño. No me gusta verte enfadado ni que estemos tensos sin hablarnos.

—Está bien potrilla, no voy a olvidar aquella noche nunca.

—¿Qué noche?

—La que me empujaste y tomaste las riendas. Fue erótico.

—Calla, tonto, tenía que darte una lección. Me tenías frita.

—Pues estoy dispuesto a que me des todas las lecciones que quieras. Soy un alumno muy aplicado y aventajado, que lo sepas.

Y ella tocó su pene erguido.

—Ya lo veo... Ven y verás.

Y con esa promesa pasaron toda la noche haciendo el amor.

Al amanecer Dylan le sujetó las manos.

—Estate quieta ya potra. Me tienes muerto.

—¡Qué tonto!

—Te he echado de menos, pequeña —dijo mientras la abrazaba.

—Yo también. Hemos perdido tiempo.

—Lo recuperaremos nena. A partir de ahora borrón y cuenta nueva.

Y así fue como empezaron a tener una relación que a ella le parecía maravillosa.

Lo primero que hizo, fue cambiar toda su ropa y sus objetos a la habitación de Dylan y cuando este lo vio, le dijo.

—Cada vez te haces más la dueña de mi rancho, de mi vida y ahora de mi habitación

—Te aguantas nene, ¿o no quieres?

—Cómo no voy a querer. Te prefiero en mi cama. Nadie la ha estrenado salvo tú y lo prefiero, boba. Has hecho bien.

Ironizaban como siempre habían hecho, jugaban con el pequeño y entre ellos y los fines de semana y las noches se acostumbraron a estar en la salita recogidos porque llegaba el invierno y no podían salir al porche. Hacía frío.

Allí en la salita, cenaban, hacían el amor y tenían muchas conversaciones y ella leía o Dylan veía la tele por las noches.

Iban al pueblo, a veces ella con el pequeño, si Dylan tenía mucho trabajo en el despacho, otras veces los dos. Y salieron unas cuantas veces a cenar fuera y a bailar. Ella lo llevó a dónde estuvo con Thomas y Dylan conocía los sitios y variaban.

Cuando llegó el día de Acción de Gracias comieron en el barracón de los trabajadores, con los que se quedaron de guardia y lo pasaron estupendamente.

Incluso cuando llegó Navidad, ella tomó unos días de vacaciones en el Instituto y se llevó un par de tardes al pequeño al pueblo. Lo dejaba en la

guardería y se tomaba un café y un trozo de tarta.

Una de las tardes compró un árbol de Navidad. Le había preguntado a María si había alguno en la casa y adornos, pero ella decía que nunca se había decorado la casa.

Así que compró un árbol y adornos para el árbol y la casa. Y los dejó en la salita en un rincón y al siguiente día, hizo lo mismo y compró los regalos de Navidad.

El tercer día, fue de compras. A rellenar los vestidores del pequeño y el de ella, y a Dylan, también le compró ropa.

Pasó por la peluquería y se tomó de nuevo un café en la cafetería del centro, donde solía tomarlo, pero esta vez dentro, porque hacía algo de frío.

Cuando lo estaba tomando, vio a Thomas.

—¡Thomas que alegría verte!

Y se abrazaron, pero Thomas no iba solo, llevaba una chica morena preciosa, Adele, y se la presentó.

Se alegró de que Thomas estuviese con una chica. La chica de Thomas era genial y estuvieron tomando un café los tres y charlando.

Le preguntó por el pequeño y ella por el trabajo. Adele, que era como se llamaba la novia de Thomas, era también ingeniera y trabajaba en su empresa y ella se alegró por él. En un momento en que la novia fue al baño, ella, le dijo:

—Es muy guapa Thomas, me gusta para ti.

—Gracias Candela. Espero que encuentres a alguien especial tú también.

—Si me quisiera, sería especial.

—¿Dylan?— preguntó impulsivamente.

Y ella agachó la cabeza.

—¿Estás enamorada de él?

—Sí, para mi desgracia.

—Es un hombre complicado Candela, no quiero que sufras.

—Es inevitable amigo. Tenemos una relación, pero basada en la amistad y el sexo.

Terminaré sufriendo sin duda. Pero de momento estamos muy bien. No te preocupes. Soy feliz así.

—Es imbécil. No sabe lo que se pierde.

—Gracias, eres encantador. Bueno, dejemos el tema, tu chica viene.

Y ella al cabo del rato, se despidió de los dos y de Thomas con un gran



abrazo.

—Suerte Candela.

—Me ha alegrado conocerte Adele. Cuídalo bien, es un hombre estupendo.

Cuando se subió al coche para ir al rancho, se emocionó. Se alegraba por Thomas. Las Navidades la emocionaban, tenía pocos días de vacaciones, pero en verano, si le proponían cursos de verano, en los restantes quince días, al menos tomaría diez para ir a España, si no quería Dylan que se llevara al pequeño, iría sola y que Rose se encargara del pequeño o podía llevarse a Rose, como ese verano. Pero quería ver a su familia. Eso seguro.

Llegó a por el pequeño a la guardería y tomaron rumbo al rancho. Esa tarde, se subió al pequeño a los dormitorios y colocó toda la ropa de ambos. Y la de Dylan, esperaba que no le riñera, pero es que le compro jerséis del color de sus ojos y negros de lana preciosos.

Había guardado en su antiguo vestidor todos los regalos. Para Rose, María, el capataz, Lucas y Betty, su mujer, para el pequeño y regalos también para Dylan.

Al día siguiente se dedicó a poner el árbol en el salón. Se llevó la decoración del árbol de la salita al salón y el pequeño, le iba dando las bolitas y los colgantes.

Cuando vino Dylan del trabajo, miró el salón y ella le dio la Estrella y él la colocó encima del árbol sin decir una palabra, salvo saludar y besarla y al pequeño y subió a ducharse.

Cuando bajo, llevaba puesto uno de los jerseys que ella le había comprado.

—¿Te gusta? No me pude resistir. Estás guapísimo.

Él se fue y la rodeó por la cintura y le besaba el cuello.

—Me encanta, cómo sabes lo que me gusta... —Seguía agarrándola por los pechos—. Estas mallas...

Masajeó sus caderas

Estaba muy excitado.

—Ummm...

—¡Para tonto!

—Me gusta la decoración navideña. Nunca tuvimos en el rancho.

—Pues ya era hora. Además ahora está David y yo, me encanta la Navidad y la vamos a celebrar.

Al día siguiente por la mañana, con Rose decoró la casa. El pequeño, estaba loco y quería coger todo y ambas y María se reían.

El resto de los días hasta que ella entrara al instituto, le dio vacaciones a Rose. Ella se encargaría del niño.

Así que aprovechó para salir al pueblo con su niño, pero ya no lo dejaba en la guardería, lo llevaba a ver a papá Noel y a los concursos y pequeñas fiestas infantiles de Navidad que había en el pueblo. Merendaban y a veces ya iban cenados.

Dylan quiso llevárselo también al pueblo, pero ella los acompañó. Comprendía que Dylan tenía mucho trabajo en invierno.

Al igual que ella, lo pasaba bien con el pequeño, Dylan quiso hacer lo mismo y le daba su espacio para estar con el pequeño, solo a veces y otros iban juntos y lo pasaban maravillosamente, si no iba, se quedaba en casa, haciendo galletas y dulces de Navidad.

La Navidad la pasaron los tres solos en casa. Ella le había dado dos días festivos a María, aunque esta, insistió en dejar comida, pero ella no quiso. Fue al pueblo y compró lo que iba a preparar para la cena y que sobraría para el día siguiente, no meterse en la cocina para tener que hacer de comer.

Y cuando llegaron, se llevó al pequeño en la cocina, mientras Dylan estaba en el campo. Pero ese día vino pronto. Se duchó y la vio en la cocina...

—¿Y María?

—Le he dado dos días de vacaciones y haré igual en fin de año. Yo haré la comida.

—Me parece bien.

—¿No te molesta que no lo haya consultado contigo?

—No para nada. Has hecho bien. Tiene familia. Es lógico que quiera pasar esos días con ellos.

—¿Te ayudo, preciosa?

—No, gracias, estoy terminando ya.

—Me tomo mientras una cerveza, eso huele bien. Y tiene una pinta...

—Espero que te guste. Lo solía hacer con mi madre en casa en Nochebuena. Hacíamos tanta comida por la noche que sobraba para dos días. En España se come más fuerte al mediodía, sobre las dos y por la noche no se cena tanto. Y nos acostamos tarde.

—Prefiero acostarme temprano y hacer algunas cosas. Me levanto

también temprano.

—Trabajas mucho Dylan.

—Sí, preciosa, pero no me queda más remedio, aquí amanece antes. Pero no te preocupes. Me encanta el trabajo. Disfruto.

—Lo sé, te pasa igual que a mí. Me encanta la enseñanza.

—¿Estás bien en el rancho?

—Muy bien, creo que hemos llegado a un buen punto en estos meses.

—¿Buen punto?, ¿eso qué significa?

—Que estoy muy feliz contigo aquí y que si alguna vez tuviese que irme, lo iba a sentir mucho.

—No te vayas.

—De momento, no pienso dejarte. Meterías en dos días a una mujer aquí.

—De eso nada y mientras el pequeño jugada, Dylan se puso tras ella y le bajo las mallas y el tanga.

—¡Estás loco!

—Sí, en esa posición que tienes me vuelves loco y se puso tras ella tocando su sexo

—No terminaré la cena —dijo entre gemidos y Dylan, sacó su sexo tieso y la puso en su sexo entrando en ella y no le quedó más remedio que agarrarse a la encimera y explotar de deseo cuando su vaquero la tocaba.

Cuando terminaron, le dio una palmada en el trasero y le subió el tanga y las mallas y él, se abrochó la cremallera de los vaqueros

—Esa comida tarda.

—Te voy a dar con la paleta tontorrón, deja que me recupere.

—¡Ay... qué mala!, así me pagas por mis servicios...

—Tus servicios no tienen precio y deja que ya me queda poco.

—Me llevo al pequeño a la salita hasta la hora de la cena.

—Está bien, termino y nos quedamos un rato allí hasta la cena.

—Vale preciosa.

Parecían un matrimonio, pensó ella, pero sin serlo y en realidad, qué importaba un papel si ella estaba bien así. Era feliz con Dylan. Era un hombre muy trabajador y tenían una conexión química y sexual perfecta, además era generoso y atento con ella.

¿Qué podía pedir más en un hombre?, aferrarse a un papel o un anillo era una tontería. Era más feliz que muchas mujeres que lo tenían. Vivía en un lugar maravilloso, con un hombre sexy para ella, que la trataba bien, y a su

sobrino también, qué más podía pedir. Nada. Aprovechar la vida y el momento y dejarse de tonterías.

La cena transcurrió de forma muy amena. A Dylan, le encantó la comida.

—Eres más exagerada que María, que ya es decir.

—Sí, bueno, pero tiene que quedar para mañana. No pienso hacer nada el día de Navidad. Y tengo que alimentar a mi vaquero. Tiene que estar en forma.

—Eres una mala mujer. No creo que tengas queja de tu vaquero.

—Sí, claro, muy mala. Pero no tengo ninguna queja ahora. Desde que le cante las cuarenta lo tengo dominado.

Y Dylan se rio con ganas.

Después de la cena, se sentaron un rato en el salón cuando el pequeño se hubo dormido y se mantuvieron en silencio delante del fuego.

—Has puesto muchos regalos en el árbol. ¿No te has pasado con David?

—A lo mejor me he pasado un poco. Soy una exagerada. Pero son regalos didácticos y algunos juguetes nada caros, ropa...

—¿Me perdonarás algún día?— y le cogió la mano.

—No tengo nada que perdonarte, bobo, aquello fue una tontería por tu parte y menos mal que lo corté a tiempo, si no, ahora no estaríamos juntos.

Y Dylan se quedó mirando lo bella que era esa mujer y lo estúpido que había sido cuando la despreció sin motivo ninguno. Se había comportado como un machista celoso. Pero lo había perdonado y ahora llevaban unos meses felices. Era lo que él buscaba en la vida y ahora lo tenía.

Candela nunca más en esos meses, le dijo que lo amaba o lo quería y no hablaba de sus sentimientos. Quizá ya no estaba enamorada de él y se había acostumbrado a esa vida y tuvo un cierto malestar.

El día de Navidad. Abrieron los regalos y a Dylan le encantó lo que ella le había comprado. Días antes le compró ropa y no quiso decirle nada para no herirla. Lo había hecho porque quería comprarle algo.

Le había comprado más ropa nueva, un sombrero nuevo y algunos útiles para el despacho y él le había comprado a ella un par de libros de poetas españoles y los que le faltaban de Oscar Wilde

—¿Rafael Alberti y García Lorca?... y lo que me falta de Wilde. ¡Me

encantan Dylan! Gracias. Es un regalo precioso

—De nada, guapa. —La abrazó fuerte y la besó como él sabía.

Después de los regalos fueron al pequeño cementerio a ver a sus hermanos y a la familia que Dylan tenía allí, sus padres y su abuelo.

Bajaron porque hacía un poco de frío. El chico se había dormido y ella lo metió en la salita y se tumbaron en el sofá...

Cuando pasaron las fiestas navideñas, ella recogió el árbol y la decoración y las guardó en la parte alta del vestidor de la habitación que ella ocupó antes.

Todo volvió a la normalidad. Ella volvió a sus clases y por las noches, se quedaban en el salón o a veces en la salita. Comían aleatoriamente en uno de ellos o en la cocina. Y bromeaban y se conocían más a todos los niveles.

A finales de enero, una noche Dylan, le dijo que iba a Wyoming a comprar animales y a vender otros. Iba a ser un viaje más largo del normal, porque el estado estaba lejos y tenían que ir con cuidado.

—¿Te las arreglarás bien pequeña? —le dijo él.

—No te preocupes. Como la vez anterior. Estaremos bien.

—Esta vez tardaremos más, ya sabes todo. Si necesitas a Lucas o a Betty, y pon la alarma por la noche.

—Que sí Dylan, vete tranquilo.

—Quizá vengamos casi a mediados o sobre el veinte de febrero, depende. Nos vamos mañana por la tarde.

—Bien.

—Te echaré de menos, preciosa —dijo acercándose a ella a su lado del sofá.

—Dylan...

—Te deseo tanto...

—No te acerques mucho, que me pones nerviosa.

Dylan sonrió.

—Eso es buena señal potrilla.

—Dios Dylan, no soy de piedra, si vuelves a fallarme con alguna por ahí, me iré con David, te lo advierto.

—No voy a fallarte jamás, nena y la besó entre miles de turbulencias y Candela gemía en su boca y temblaba y se aferraba a su pecho.

—Te he echado tanto de menos... Pero tendré que conformarme.

—No quiero que te conformes, sino que me exijas, que me exijas que soy

todo tuyo, que pasemos a ser nuestros. Y ella le dejó el calor de su piel y lo dejó a él conducir al viento entre sus enredados lamentos y deslizar su libre dicha entre sus muslos desnudos, y Dylan, como tembloroso duende blanco llevó consuelo a su último abandono.

—Dios Candela... creo que me voy a morir contigo.

—Deja que recupere el aliento vaquero. Y no paró de besarla y acariciarla.

—Vamos a aprovechar esta noche. Tengo que llevarme para cuando vuelva.

—Estás un poco loco.

—Sí, y menos mal que nos vamos por la tarde, así podré hacerte el amor toda la noche. Mañana no tiene clases.

—¿Tendrás cuidado?

—¿Contigo?

—No tonto, en el viaje. Ahora te vas. Siempre estás yéndote de mí.

—Esta vez volveré. Tengo que montar a mi potrilla hasta cansarme.

—¡Qué bruto eres!

—Y tú, qué romántica. Por eso hacemos buena pareja, compensamos.

—A mí que me gustaban con traje...

—Pues tendrás que aguantarte con un vaquero texano. —Ella sonreía.

Esa noche, la compenso. Todo fue llama viva y vivas caricias, besos, olor a sexo y llamas encendidas.

Cuando Candela despertó, Dylan estaba aún dormido.

—Hoy estás dormilón.

—Es sábado y que sepas que ya he ido al campo. Y en cuanto nos levantemos y desayune, empezaremos a preparar a los animales que nos vamos a llevar.

—¿En serio?

—En serio y he vuelto, pero esta noche me has dejado muerto.

—Eso es para que guardes para el viaje.

—Eso no es suficiente para el viaje. —La montó en su cuerpo y le besó los pezones y entre los vaivenes de la caprichosa naturaleza, Dylan, dejó su blanca escarcha entre su verde primavera.

—¡Eres una mujer caliente! Por eso el sexo es tan bueno contigo.

—Y me lo dices tú, que ardes.

—¿Qué significa Candela?

—No te lo vas a creer...

—Venga suéltalo.

—Candela significa fuego, llamas encendidas.

—Lo sabía—dijo Dylan riendo—, tienes el nombre que te corresponde.

Después de descansar un rato en los brazos del otro Dylan habló primero.

—Candela...

—Dime vaquero.

—Te seré fiel.

—Será una novedad.

—No seas boba, lo seré.

—¿Eso quiere decir que yo lo sea también? Sabes que ni salgo si no es contigo o con David.

—Lo sé cielo, pero me pongo tan celoso...

—¿De David?

Él rio.

—Es que veo cómo te miran.

—¿Quieres que me tape?

—No. Te prefiero desnuda.

—Pues aprovéchate que va despertarse el pequeño.

Y antes de que el hiciera el intento, ella avanzó como un cóndor a su sexo de animal crecido, oficiante y devoto y reclamó su lluvia blanca.

—Esto es un maratón, cielo.

—Para que no me olvides

—No podría. No he podido en casi un año que llevas aquí, haciendo lo peor posible para ello. Pero todo cambiará en cuanto vuelva, te lo juro.

Y esa noche, se quedó sola, cuando Dylan y un grupo de siete vaqueros pusieron rumbo a Wyoming con una caravana de animales en camiones, y los coches del rancho.

Esa primera noche lo echó mucho de menos. Durmió en su habitación y cuando se despertó el sábado estuvo pensando en cuánto lo amaba y él nunca la amaría. Pero no podía dejarlo.

Una mañana María la vio triste y le preguntó:

—¿Echa de menos al señorito Dylan?

—Sí María. No sé si en realidad le gusto aunque llevamos saliendo unos meses. Es un hombre muy independiente.

—Estoy segura por cómo la mira el señorito Dylan.

—Le gustan mucho las mujeres y eso me da miedo, María.

—Con usted es diferente, lo veo y tengo ya una edad.

—Espero que tengas razón María. Estoy muy enamorada de Dylan, pero si me falla, ya no se lo perdonaré.

—Tenga fe y verá. Ahora la echará de menos. Va a estar un mes fuera. Y le vendrá bien que la eche de menos.

—Tienes razón.

—Sí... —dijo María.

—Bueno, voy a dar un paseo con el pequeño por el rancho. Hoy está más solitario. Quizá suba al cementerio.

—Tenga cuidado.

—Bajaré antes de que te vayas.

Y subió al cementerio con el niño, y se sentó allí un rato y le habló a su hermana. Le contó que llevaba saliendo con Dylan unos meses y era feliz.

Sin embargo, había abierto, una etapa nueva con Dylan, una nueva oportunidad, la última, si esta vez le fallaba, se iría del rancho al pueblo sin pensarlo. No iba a aguantar lo que tuvo que aguantar anteriormente.

Lo amaba tanto... a pesar de todo. De que él no se lo dijera, de que ella ya no le hablaba de sus sentimientos. Se había acostumbrado a callárselos y Dylan nunca le preguntaba. Ella pensaba que estaba más seguro así. Y no quería presionarlo.

Nunca había sentido tanto con un hombre, jamás en sus casi 28 años que iba a cumplir en Marzo había tenido una conexión sexual y química con nadie. Se entendían hasta bromeando. La que tenía que domar a ese potro indomable era ella.

Y lo había hecho, pero conseguir que la amara, eso, era un muro infranqueable que nunca conseguiría y alguna vez tendrían que despedirse, porque ella querría hijos y una situación estable.

Un hombre no sólo al que amar, sino la libertad de poder decírselo. Y ser recompensada en la misma medida.

Llamó a su casa en Huelva y estuvo hablado con sus padres y sus hermanos gemelos. Y les dijo que ese año quería ir a verlos. Si no llevaba al niño, porque aún era pequeño para un viaje tan largo, iría ella sola.

Por la noche en la cama, se sintió vacía y sola sin él. Las sábanas olían a su colonia cara y echó de menos su cuerpo grande y sus manos en las caderas



acercándola a su centro maravilloso y oculto.

Sólo deseó que volasen los días, porque lo amaba, pero los días se hacían largos sin él. Fue la primera vez que lo echó mucho de menos.

Hablaban un rato por las noches. La llamaba todas las noches y a veces, la notaba nostálgica e intentaba que se alegrara. Que no estuviera triste.

Dylan por su parte, sí que la echaba de menos también a ella. Unos meses no habían sido suficientes para él, necesitaba su cuerpo y sus bromas, las charlas en el porche, en el salón o en la salita, observar cómo se movía, o cuando se tumbaba o balanceaba leyendo siempre con un libro, o cómo trataba a su sobrino o sus celos malditos cuando alguien la miraba.

Y se dio cuenta de que estaba enamorado de ella. Debía ser amor, necesitarla. Se le había metido en los poros de su piel y ella y su sobrino eran su familia, la amaba. Nunca pensó en casarse, pero con Candela sería muy fácil hacerlo.

Tener a su mujer esperándolo a su vuelta del trabajo, y un par de hijos a los que llevar los fines de semana al pueblo.

Y se sintió feliz. El matrimonio quizá no fuese tan malo. Al contrario con Candela a su lado, sería estupendo. No había una mujer más perfecta para él, educada y puro fuego en la cama. Con los empleados era estupenda. Y lo amaba. ¿O ya no lo amaba? Lo había amado sin condiciones desde el principio, pero quizá había cambiado de opinión. Y tuvo miedo.

¡Joder qué tonto había sido!... pero ahora no podía cambiar nada y si ella cambiaba de opinión... dejaría las cosas un tiempo como estaban otros cuantos meses y ya vería qué hacía con su vida.

## CAPÍTULO 16

Dylan volvió al rancho el último día de febrero. La caravana que llevaban volvió de nuevo llena un viernes a las nueve de la mañana. Estuvieron descargando los animales, para que el lunes su veterinario le echara un vistazo.

Venían cansados de toda la noche y tantas noches y en cuanto todo estuvo en orden, los chicos se fueron a dormir y descansar y el resto se hizo cargo de lo demás.

Dylan entró en la casa a las doce de la mañana, con su maleta y el maletín de documentos que dejó en el despacho.

—¡Hola señorito Dylan!, ¿cómo le ha ido el viaje?

—Bien María, muy largo esta vez. ¿Cómo ha ido todo por aquí?

—Sin novedades. Muy bien. ¿Le preparo algo de comer?

—Sí María, vengo hambriento, pero voy a darme una ducha antes y bajo. Luego voy a dormir toda la tarde. ¿Y el pequeño?

—Dando una vuelta por el rancho con Rose, pero estarán al llegar.

—Muy bien, ahora vengo María.

dejó toda la ropa para lavar en el cubo, subió la maleta al altillo y se dio una ducha larga y caliente.

Al salir de la ducha pensó en ella. Estaba deseando que saliera del instituto. Iba a hacerle el amor todo ese fin de semana, a pesar del cansancio, la necesitaba. Un mes sin sexo con Candela, era demasiado para él.

Dylan, comió y vio a David mientras María le ponía una colada, y estuvo con él un buen rato, jugando y besándolo.

—Este niño está muy grande, campeón. Y le dio un juguete que le había comprado y unas pistolas de vaquero pequeñitas en un cinturón que ya no se quiso quitar.

Luego cuando Rose le dio de comer, subió a dormir a su habitación. Estaba muerto.

Cuando Candela llegó, María ya se iba y Rose, le dijo que el pequeño estaba en la sillita dormido y Dylan también, arriba. Y se fueron las dos.

Ella cerró la puerta y comió algo, pero con la emoción de verlo no tenía mucha hambre. Subió el carrito con el niño dentro, y lo metió en su vestidor

por si despertaba, tenerlo cerca. Dylan dormía como un dios griego. Era un hombre imponente y sexy hasta para dormir.

Candela se desnudó, se dio una ducha rápida y se metió desnuda con él en la cama. Se puso frente a él y lo abrazó metiéndose en su pecho y acariciándolo y mirándolo.

Y Dylan la abrazó...

—Umm..., pequeña, ¿crees que estoy dormido contigo así? Me encanta tu piel.

—¡Qué bobo! Pensé que estabas dormido.

—Y lo estaba, pero me has despertado. Y si me tocas... ¡Ven aquí!, te he echado mucho de menos preciosa. Tócame y mira cómo me has puesto con solo meterte en la cama.

Y ella tocó su pene erguido y alto y se colocó encima de él y entró en ella despacio.

—Despacio, nena, que esto está que explota.

—No, me aguantará un poquito.

—No sé yo, si... Dios Candela pequeña —y fue esta vez ella la que no podía aguantar y se movía cada vez más rápido y gritó su nombre mientras jadeaba.

Dylan tembló de placer corriéndose en su cuerpo.

Candela se quedó encima de su hombre hasta que recuperó la respiración, mientras Dylan tocaba sus caderas y su cuerpo. Luego se puso de lado y lo abrazó.

—¡Pobrecito, estás cansado!

—Sí, si echo otra siesta podré atender a mi española.

Se quedaron dormidos una hora, hasta que oyó al pequeño llamarla y fue a por él.

Lo bajó abajo y dejó a Dylan que durmiera. Estuvo toda la tarde con el pequeño en la salita jugando. Le dio la merienda, lo bañó y le dio la cena y Dylan aun dormía.

Fue a llamarlo.

—Dormilón, vamos tienes que cenar algo.

—Ummm... ¡qué sueño!

—¿Te dejo un rato más?

—No, tengo hambre.

—Pues baja y cenas y te vuelves a dormir.

—Está bien. Y se echaron jugando con él en la cama a despertarlo y el pequeño se reía.

Y Dylan le hacía cosquillas.

—¿Eso quieres?, ¿Que me despierte?, eres un bichejo malo, espera que te pille....

Se puso unos pantalones de chándal y una camiseta y las zapatillas y bajó a cenar con ella, mientras el pequeño jugaba.

Después de cenar, ella preparó un café y fueron un rato a la salita. Y él se tumbó en el sofá y ella se puso a su lado.

—¿Qué tal el viaje, has comprado muchos animales?

—Algunos, más de los que vendimos, pero aun así, la venta fue muy satisfactoria. Hemos ganado dinero, nena. Este año va muy bien. Y aún tenemos que meterle el dinero del año anterior a David. Mañana y el domingo tengo mucho despacho y ya redondearé las cifras.

—No tengas prisa.

—Tengo que hacerlo. Ya tengo números de este año y este mes, me ha retrasado.

—Bueno, mañana te pones.

Y Dylan le cogió la mano y la llevó a su sexo.

—Ya estoy puesto.

—Eres de lo que no hay.

Y metió la mano entre el pijama de ella. Y estaba húmeda.

—Y tú también estás muy puesta. Espera que se duerma el peque. He dormido y he comido y estoy al 70 % —dijo todo entusiasmado.

Y ella rio a carcajadas.

—Me gusta verte reír.

—Es que tienes unas cosas...

—Sólo las tengo para ti preparadas, potrilla.

Y cuando el pequeño se durmió y lo acostaron, él puso la alarma y se la llevó a su habitación.

—Veo que has tomado posesión de tu lugar. Y no te cambiarás de habitación.

—Sí, aquí ya no entrará ninguna mujer excepto yo y María para limpiar.

—Así me gusta. Y la tumbó en la cama y le hizo el amor como un loco, sin darle tregua, mientras era gemía y llegaba a la cumbre con él.

—Estás loco vaquero, esto ha sido...

—Perdona, he sido un bruto.

—Me encanta que también seas así. Ha sido explosivo.

—Tus pezones sí que son explosivos. Y esto... —dijo tocando su sexo—, y esto.

Besó su boca hasta hacerle perder la respiración.

—Eres mía, ¿lo sabes? —dijo posesivo.

—Eso espero o te las verás conmigo... No me has visto enfadada nunca.

—No, espero no verte nunca así.

—No, pero cuando me veas no te dará tiempo a llegar a Wyoming.

Y se reía a carcajadas.

—Espero no ver eso nunca. Tendré que tenerte contenta. Tú siempre eres educada y tranquila, menos en la cama y aquella vez que me...

—Calla y ponme contenta. Ya estás tardando...

El sábado se levantó Candela muy tarde. En cambio Dylan, estaba fresco ya como una rosa y llevaba dos horas trabajando en el despacho con el pequeño.

Cuando bajó abajo después de hacer la cama y recoger y darse una buena ducha, pasó a verlos al despacho.

—¡Buenos días!

—¡Hola preciosa!, ¿has dormido bien?

Y ella se puso tras él y lo cogió por el cuello y lo besó.

—¡Ummmm qué bien hueles! No me hagas eso tan temprano.

—Solo te saludo.

—Pero me pones los pelos de punta y otra cosa también

—Tonto.— y dirigiéndose a David—¡Hola mi niño!, ¿qué es eso?

—Pistolas.

—¿Le has comprado unas pistolas?

—Claro, su papá le ha traído unas pistolas de Wyoming. Ahora es todo un vaquero de verdad.

—¡Qué guapo estás David! Te quiero precioso.

—Te quiero mamá.

—Va a ser nuestro hijo, no nos dice tíos ni queriendo.

—Mejor, así cuando tengamos los nuestros no habrá diferencia.

—¿Cuándo tengamos los qué?

—Nuestros hijos. ¿No quieres tener hijos conmigo?

—No me lo has pedido.

—Bueno, ahora te lo pido, ¡ven aquí!

Y retiro la silla del despacho y la sentó en sus piernas y sacó una cajita del cajón. La abrió y ella lo miró.

—Dylan.... Pero tú no te...

—Shhh, ¿te gusta?

—Me encanta, claro que me encanta.

—¿Y te casarás conmigo, Candela Molina?

Y ella miró el anillo de compromiso precioso con un diamante blanco y le dijo...

—Me casaré contigo Dylan Payne.

—Le puso el anillo y la besó.

—Ahora estás oficialmente prometida.

—Pero Dylan, tú no eres de los que te casabas, ni yo tampoco.

—¿Y qué?, todo el mundo cambia. Y tú me has cambiado y tenemos todo para ser felices en este rancho. Te haré feliz Candela. Te lo juro. Te amo pequeña potrilla.

—Yo también te haré feliz y también te amo— y empezó a llorar y a abrazarlo.

—Venga tontita, deja de llorar. Si creo que te quise la primera vez que te vi con aquél pijama...

—Sí, seguro.

—Bueno, no, pero la primera vez que fue rápido y breve, sabía que había entrado en casa.

—Termínalo de arreglar. Estabas bebido.

—Bueno, da igual, el caso es que te quiero, guapa. Y tenía miedo de que hubieras cambiado de opinión y casi estuve a punto de dejarlo unos meses más, pero me he arriesgado.

—Yo también.

—Así que puedes preparar una boda cuando quieras.

—¿Tan pronto?

—Viniste en mayo, ¿quieres en mayo?

—Prefiero en junio cuando acabe las clases y antes de empezar a dar los cursos de verano.

—No te hace falta este año, si no quieres.

Ella meneó la cabeza.

—Pero me encanta, Dylan, no pienso dejarlo.

—Bueno, pues entonces, a finales de junio, ¿qué te parece?

Esperó que le diera una respuesta, pero por su cara de emoción Dylan ya sabía lo que le respondería la española.

—Perfecto.

—El problema, pequeña es que no podremos ir de luna de miel.

—No importa. —No podía dejar de sonreír.

—Pero podemos ir unos días ahora.

—¿Ahora?

—En marzo.

—En marzo tengo unos días de la fiesta de la primavera. Una semana.

—¿Sí?

—Sí, aprovechamos.

—¿Los dos solos?

—¿Y el pequeño?

—Si quisiera quedárselo Rose en su casa, le pagamos un extra.

—Se lo consultaremos y si no, lo llevamos. Pero son tan pocos días que me gustaría ir los dos solos...

—Bueno, el lunes ya veré. Hablaré con ella.

—De todas formas quiero ir a España en septiembre, a primeros. Y quizá vaya sola. El viaje es muy largo y David aún es muy pequeño. Tengo que hacer un plan de viaje porque tengo que coger un par de aviones, y un par de trenes.

—Ahí no podré ir preciosa.

—Bueno, iré sola. Pero necesito ver a mi familia de allí. Y hablar sobre lo de mi hermana cielo.

—Muchos viajes y muchas cosas. No quiero que lo pases mal.

—Podremos con todo.

—De momento voy a desayunar, que estoy hambrienta, mi vaquero.

—Vale, después vienes, que le vamos a ingresar a David su parte del rancho del año pasado. ¿Te traes la cuenta?

—Sí, en cuanto desayune, la traigo.

Y cuando desayunó, le trajo la cuenta del rancho y le ingresaron la tercera parte de las ganancias de ese año a David en su cuenta de ahorro.

—Esa es una gran cantidad, Dylan.

—Sí, es la tercera parte, como dijiste.

—Es un buen rancho. Voy a tener un marido rico.

—Sí, te dije que era un vaquero rico, eso sí, sin traje.

—¡Qué tonto! Te quiero como eres.

—Dame la cuenta.

Y le ingresó al pequeño más de trescientos mil dólares. Su sobrino iba a ser rico de mayor. Bueno, ya tenía una gran cantidad en su cuenta de ahorro.

Todo había cambiado, y era la mujer más feliz de la tierra, por fin la quería Dylan. Ella había sufrido tanto amándolo que nunca pensó que la quisiera y mucho menos querer casarse con ella y tener hijos ni lo hubiese podido soñar.

Amaba a su vaquero, su hombre sexy y guapo que la hacía tan feliz.

Y habló con Rose el lunes para que se quedara el pequeño si quería, en casa o en la suya y se lo pagaban y la chica aceptó. Se irían al menos cinco días de lunes a sábado. Ella celebraba en esos días su cumpleaños, así que iba a celebrar doble con Dylan.

Tenían sólo que decidir dónde ir. Candela no quería ir muy lejos por David, porque era muy pequeño.

Entre todas las playas que miró en internet, decidió ir a Galveston. Quería playa y había oído hablar de las Pirámides de Cristal gigantes en los jardines de Moody. Dentro de las pirámides había tiburones y monos y otros animales.

Sus playas de arena blancas y podrían ver museos, e ir a ver algún musical. Así que se puso manos a la obra haciendo una ruta.

—¿Has pensado ya dónde podemos ir? —le preguntó una tarde Dylan

—He pensado en Galveston. Está cerca. Tiene playa y cosas maravillosas. Podemos ver un musical.

—Está bien, me gusta, pero tú, prepara la ruta y yo reservo el hotel.

—¿Por qué?

—Porque voy a pagarlo yo. Y no seas terca.

—Bueno. En cuanto me entere de los días que tengo hacemos la reserva. Mientras preparo la ruta.

El invierno iba dando paso a la primavera y el rancho crecía precioso de todos los colores. El horizonte era un manto de flores. No entendía cómo alguien no quería vivir allí.



Y cuando llegó el día de irse de vacaciones, Candela estaba algo inquieta.

—¿Qué te pasa cielo?

—Es por el pequeño

—No te preocupes. Son solo cinco días y estará con Rose que se va a ganar un buen dinero.

—Sí, pero es la primera vez que lo dejo tantos días solo sin verlo. Lo echaré de menos.

—Mujer, pero si son cinco o seis días. Eres una madraza.

—Ya lo sé, pero es tan pequeño...

—Venga, vamos a divertirnos, nos lo merecemos, tú y yo trabajamos mucho, así que necesito unos días de relax con mi prometida.

—Está bien, no me preocuparé. Te quiero guapo.

Y pasaron unos días tan maravillosos, que se le hicieron cortos. Él había reservado un hotel en primera línea de playa de cinco estrellas y a ella le encantó esa playa preciosa y blanca.

—Nunca imaginé que Texas tuviera playas tan bonitas.

—Es más conocida por el petróleo y los vaqueros.

—Es verdad.

Pasearon, hicieron el amor, se bañaron, fueron a ver las pirámides y por las noches cenaban en una terraza del hotel.

En su cumpleaños fueron a ver un musical y a bailar.

Eran tan pocos días... quiso comprarse ropa una mañana y él no dejó que se la pagara ella y se enfadó. Dylan también se compró ropa nueva para que ella se quedara contenta.

Fueron unos días inolvidables para quitarse el estrés.

—Por fin en casa potrilla. Tengo trabajo este fin de semana en el despacho.

Yo voy a descansar y colocaré la ropa y pasaré el fin de semana con el pequeño antes de empezar el lunes.

—Que no se te olvide que tenemos que preparar una boda ahora.

—Lo siguiente es tu cumpleaños.

—Bueno, ese día podemos salir a cenar y a bailar.

—Me parece bien.

—Dylan...

—Dime...

—¿Cómo quieres la boda?

—¿Cómo que cómo la quiero? En una iglesia, la del pueblo.

—Pero me refiero, dónde vamos a celebrarla. Si en la intimidad, si tienes muchos invitados.

—A toda la gente que conozco, solo me voy a casar una vez y será por todo lo alto.

—¡Estás loco!

—No, quiero una buena boda, inolvidable donde la novia sea la más guapa del mundo. Por eso tienes que empezar a prepararla. En cuanto acabe el despacho, por las noches te voy a apuntar a los invitados. Si te estresas, contratamos a una chica que se encargue. En el pueblo hay una empresa.

—Si no cuesta mucho, ya que lo vas a hacer a lo grande, me puede ayudar.

—Estupendo, la contratamos.

—En cuanto pase tu cumpleaños.

—Como quieras. Encanto.

Y entre planes y planes, y preparativos, llegó el día de la boda y en el rancho era todo una locura. Dylan, había elegido todo lo mejor y más caro y no dio su brazo a torcer en nada. Y se compró un traje gris precioso.

Pero la boda fue inolvidable. Todo salió a la perfección. Candela se dejó aconsejar por la organizadora de boda y los padrinos fueron el capataz y su mujer.

Rose, se encargó del pequeño y por fin pasó todo y ella puso descansar unos días antes de empezar sus cursos de verano.

—Ya eres mi mujer potrilla. Me has cazado. Ya tienes lo que querías.

—Un hombre con traje.

Dylan se reía.

—Lo hice para contentarte, nena.

—Pues estabas guapísimo. Nunca me lo hubiese esperado, creía que ibas a llevar un traje texano.

—Bueno, quise contentar a mi potrilla. Clasista por una vez. No pienses que me lo voy a poner más.

—¡Con lo bonito que es!

—No me lo pongo más, que lo sepas.

—¿Ni aunque sea un evento especial y te haga algo especial?

—Eso es chantaje.

—Sí, en toda regla.

—Ven aquí, guapa. Creo que has tenido mucha suerte.

—Yo creo que eres tú el que ha tenido suerte, vanidoso y arrogante vaquero de Texas.

Y Dylan se reía con ella.

—Creo que sí, que tengo mucha suerte contigo. ¿Eres feliz?

—Más que nunca. No podría serlo más.

—¿Le damos un hermanito a David?

—¿Quieres?— lo miró asombrada.

—Me gustaría. No quiero que mis hijos se lleven mucho. Quiero tener dos.

—Pero Dylan...

—Dos, me gusta tener esto lleno de gente y de niños.

—Bueno, te dejo empezar con uno de momento. Que no sabes bien lo que dices.

Y se pusieron manos a la obra.

El siguiente mes Candela le dijo que quería ir a España a ver a sus padres, que iría sola, porque así tardaba menos. Iba a tomar muchos medios de transporte y David era aún muy pequeña.

Tenía quince días de vacaciones, pero estaría diez, porque entre los viajes, le quitaba al menos cuatro días, y qué menos que pasar una semana con sus padres.

—Pequeña, te voy a echar mucho de menos. Vas dejar muy pronto a tu marido.

—Vaya, si solo van a ser 10 días, y cuando tú te vas con los animales, yo también me quedo sola.

—Eso es verdad, no quiero ser egoísta potrilla, que luego me lo echas en cara.

—Qué bobito, te quiero por eso.

—Por eso solo, yo creía que era por esto —y le llevaba sus pequeñas manos a su sexo.

—Dylan, no tienes solución.

—No, ni quiero, y la cogía en volandas y la pegaba a su cuerpos y los besaba.

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

—No, eres rico.

—¡Qué guasona!

—Me he casado a un vaquero rico de Texas.

—Sé que no es cierto.

—No, no lo es y lo sabes, pero me encanta este rancho.

—Es tu rancho también. Es de nuestra familia. Ahora estás casada y eres la señora de esta casa.

—Gracias mi amor.

Cuando terminó sus cursos de verano, ya tenía preparado el viaje y los pasajes sacados. Iría al aeropuerto con su coche y lo dejaría en el parking. Allí tomaría un vuelo a Houston y desde allí otro a Málaga. Luego tomaría el tren AVE a Sevilla y un autobús a Huelva.

Era un viaje largo y había que tener en cuenta los horarios. Por ello no quiso llevarse a David.

—Pequeña, ten mucho cuidado y ve llamándome por todos los lugares que pases.— le dijo Dylan la noche antes de que se fuera.

—Te llamaré. Ten cuidado con David.

—Estoy preocupado. ¿Seguro que volverás?

—¿Cómo no voy a volver a mi rancho, y a mi hombre y a mi hijo? No seas bobo.

—A lo mejor cuando veas a tus padres y tu ciudad, te lo piensas...

—No tengo nada que pensar, Dylan, no seas tonto, pero necesito ver a mis padres, a mis hermanos, a mi familia y vecinos y así me echas de menos.

—Ya te estoy echando. Ven aquí que te abrace.

—Vamos Dylan, no seas niño.

—Te quiero preciosa. Estaré nervioso todos los días.

—Volveré pronto, ya verás. Te amo.

Al día siguiente se levantó al amanecer y tomó su maleta y un bolso y su coche, y se despidió de Dylan, ya que David aún no se había despertado y Dylan ajustaría su horario con Rose para el pequeño, esos días.

Dejar su rancho atrás le costó y sintió un pequeño vacío, pero solo eran unos días y tenía ganas de viajar y ante todo ver a su familia. Llevaba regalos para todos y estaba entusiasmada.

Sus padres no habían podido ir a su boda, pero en cuanto sus hermanos

terminaran la universidad los invitaría a todos al rancho unos días. Les pagarían los pasajes. Si sus padres no querían, al menos sus hermanos sí. A sus padres les daba miedo viajar.

Cuando dos días después llegó a casa de sus padres en Huelva, sintió una emoción tremenda. Su madre le hizo todas las comidas que le gustaban y le tenía como regalo un libro escrito a mano de sus recetas de cocina que a ella le emocionó.

Sus hermanos eran casi unos hombres ya y lloraron mucho por su hermana Bea, ella les mostraba las fotos y los videos de sus últimos días.

Hablaron mucho de todo. Ella le contó todo, absolutamente todo y que no había podido traer al pequeño, porque era mucho ajetreo tan pequeño, pero en cuanto estuviese grande lo traería, pero que ellos podían ir a Texas. Ella iría a Houston a recogerlos.

Descansó allí tanto que no le dio tiempo de echar de menos nada, porque no tuvo tiempo.

Paseo con sus amigas, salió con ellas, con sus hermanos, con sus padres salieron una noche todos a cenar. Y ella, los invitó.

Y todo se le hizo corto. Le enseñó fotografías y vídeos del rancho de su hermana de lo grande que estaba David, y de su historia de amor.

—Hija. Le dijo su madre. ¿Eres feliz con ese hombre?

—Sí mama, soy muy feliz con ese hombre. Y Bea fue muy feliz con su hermano. No lo duces. Es muy trabajador, es rico, es guapo y me mimas y me trata como una reina y para David somos sus padres.

—Ya veo que te llama a diario.

—Es especial y me echa de menos, o eso dice. Está un poco loco. Y me trata muy bien y me ama como yo a él.

—Entonces me quedo más tranquila.

—Os quiero tanto... Ojalá estuviésemos más cerca, pero os llamo todas las semanas.

—Eso sí. No tenemos queja. Pero ten mucho cuidado, cariño. Te queremos tanto...

Y llegó el día de la despedida, entre lloros de sus padres y abrazos de sus hermanos. Y el mismo recorrido que hizo a la ida, hizo a la vuelta.

—Estoy deseando que llegues, nena— le dijo Dylan, cuando lo llamó desde el aeropuerto de Málaga.

—Ya queda menos, guapo. Estoy deseando veros.

Llegó a Houston y después llegó a su último aeropuerto en Abilene. Estaba cansada, pero ya quedaba apenas un poco más de una hora para llegar a casa y no pararía en cuanto tomara un buen desayuno que necesitaba. Se aseó un poco en el aeropuerto. Y fue al parking a por su coche.

Tomó su coche y lo llenó de gasolina al salir del aeropuerto.

Llevaba ya casi 80 kilómetros recorridos, y quedaban unos veinte para llegar a Graham, cuando un coche se le vino de frente. Dio un volantazo y se salió de la pista y su coche dio tres vueltas de campana. Y ella vio a su marido y a su hijo antes sus ojos y un miedo atroz. Luego... oscuridad.

## CAPÍTULO 17

A Dylan lo llamaron al rancho por la mañana. Su mujer había tenido un accidente y estaba en el hospital de Graham. Y a él le faltó tiempo para llegar a casa y darse una ducha rápida y decírselo a María.

—Yo me haré cargo de todo, señorito Dylan. ¿Cómo está? ¿Se sabe algo?

—No me han dicho nada, salvo que el coche dio tres vueltas.

—¡Dios mío! No se preocupe, si estuviera grave, ya lo sabría.

—Estoy muy preocupado María. Me voy ya.

Dylan salió del rancho más rápido de lo normal y preocupado como nadie por ella. No sabía qué se iba a encontrar en el hospital y él que nunca rezaba, rezó todo el camino pidiendo a Dios que la dejara con Él. Si le pasaba algo, no podría soportarlo. La amaba más que a nadie en la vida.

Y tardó menos de lo debido en llegar.

Cuando al llegar al hospital, preguntó por ella, le dijeron la planta y subió en el ascensor y preguntó allí por ella.

—Siéntese un momento, el doctor está con ella. Le acaba de hacer un TAC. Y el médico le informará.

—¿Pero cómo está?, por favor, ¿me lo pueden decir?

—Tranquilo, ahora saldrá el doctor y le informará de todo.

—¿Está en el quirófano? —insistió Dylan.

—No, no ha hecho falta intervenir. Solo unas pruebas.

Y sintió un descanso tremendo.

Al menos no era de gravedad si no tenían que operarla.

Nunca en su vida tuvo tanto miedo, no podía perderla. El tiempo, se le hizo eterno. Era el amor de su vida. Era su mujer y no podría con otra muerte. Y la necesitaba. No podía vivir sin ella, sin sus gestos, sin su risa y su ironía. Y necesitaba verla ya.

Cuando el doctor salió y preguntó por la familia de Candela Payne, Dylan estaba sentado en la sala de espera, con las manos en la cara, cabizbajo.

En cuanto vio al doctor, se fue hacia él.

—¿Es el marido de la señora Candela Payne?

—Sí, doctor, ¿cómo está?

—Ha tenido mucha suerte. El coche dio tres vueltas. Del accidente le

informará la policía. Pero ella solo perdió el conocimiento, unos veinte minutos, le hemos hecho un TAC y está perfectamente y su hijo también.

—¿Mi hijo?

—Sí, está embarazada de dos meses.

—¡Dios mío!

—Tranquilo. El bebé está perfectamente. No se dio golpes en el vientre. Solo está algo magullada y con algunos arañazos y moratones, pero está bien y pregunta por usted, y tiene hambre, lo cual es buena señal. La tendremos un par de días y si todo sigue bien, para casa. Ha tenido mucha suerte.

—Gracias doctor, ¿puedo verla? —Preguntó impaciente.

—Puede entrar, claro —le dijo el médico—. Está despierta ahora.

Cuando Dylan entró y la vio, se fue hacia ella y lloró sin poder evitarlo. La abrazó con cuidado.

—No muy fuerte, potro que estoy molida —escuchó que le decía una voz cansada.

—Candela, amor mío —le besó los párpados sin poder parar de llorar—, menos mal que no te ha pasado nada.

—Sí, ese coche se iba a echar encima y di un volantazo.

—Has tenido mucha suerte, cariño.

—Pero no llores. —Le acarició las mejillas mientras él intentaba sonreír por ella—. No te vas a librar de esta potra tan fácilmente.

—No bromees, ¿qué haría yo sin ti preciosa?

—Sí, me han dado una paliza. Ahora sí que estoy guapa.

Le dolieron las costillas cuando se rió.

—Para mí estás preciosa. Solo tienes unos moratones y dos arañazos.

—Porque no has visto el resto del cuerpo —ella lo miró con ternura—  
¿Sabes lo del bebe?

—Sí, mi amor —le dijo él sin poder emocionarse—, vamos a ser padres de nuevo.

Y entonces a ambos se le escaparon las lágrimas.

—Ahora lloras tú, preciosa.

—Si le hubiera pasado algo, no me lo hubiese perdonado —dijo con dolor—. Estoy de dos meses.

—Tú no has tenido la culpa, pequeña —la consoló mientras le acariciaba el pelo.

—He dejado mi precioso coche para la chatarra. La policía llevará al



rancho la maleta y los documentos. Han estado aquí.

—Te compraré otro coche igual.

—¡Qué bueno eres cielo! —le sonrió—. Quiero irme a casa y ver a David.

—Tendrás que estar aquí dos días más.

—Tengo que empezar las clases en una semana Dylan —se preocupó ella.

—Empezarás si puedes —en eso fue tajante—. Tienes que descansar y haré que descanses. Además tienes que cuidarte por el pequeño.

—Ese es un potro duro como su padre.

—Dios mío Candela. No bromees. He tenido tanto miedo de perderte...

—Yo también. Te amo tanto...

—Mi pequeña...

Llenó su rostro de besos.

—No quiero que les digas nada a mis padres. Ya los llamaré luego, si veo mi móvil. Ha salido ileso también.

—Claro, no vamos a preocuparlos. Ahora te van a traer de comer.

—Ya era hora, estoy hambrienta.

—¡Qué mujer!

## CAPÍTULO 18

Los dos días que paso en el hospital, se le hicieron tremendamente largos, pero al tercero, Dylan se la llevó al rancho y lo primero que ella vio en la puerta, fue un coche como el suyo, con una sillita de seguridad detrás y se emocionó.

—Gracias mi amor...y lo abrazó fuerte.

—¡Qué llorona!

—Es por el embarazo, creo.

Y María, Rose, el pequeño, el capataz y su mujer fueron a verla y saludarla. Cuando todos se fueron...

—¿Quieres acostarte en la cama y te subo?

—No, prefiero que me dejes en la salita, en la cama pareceré enferma. Prefiero estar aquí abajo con unos cojines y ver todo.

—Controladora...

Y a los cuatro días ya se levantaba normal, aunque cojeaba un poco, pero el primer día de las clases acudió a ellas como una más.

Eso le costó un buen enfado con Dylan. Pero ella quería ser responsable en ese sentido y todo volvió a la normalidad.

Cuando se encontró mejor, pidió cita al ginecólogo y este le dijo que el bebé estaba perfectamente. Y ella también.

David cumplió cuatro años en octubre. Había entrado a la guardería ese año en septiembre cuando ella empezó las clases. Y Rose, se ocupaba de llevarlo y recogerlo y de su habitación y sus cosas como siempre.

Ahora cuando lo traía de la guardería, lo bañaba y le daba de comer, así ella se ahorra bañarlo, ya que le costaba más inclinarse por el bebe.

En Noviembre, se enteraron de que el bebé era un niño, y cuando salieron de la consulta.

—Otro potro Dylan.

—¡Cómo eres! ¡Qué pequeñito!

—Es precioso, pero a ver cómo lucho con tanto hombre testarudo, porque éste seguro que también sale terco.

Y él se reía

—Le pondremos de nombre Dylan, como su padre.

—¿Quieres ese nombre, que se llame como yo?

—Me encanta ese nombre. Ninguno mejor que el de su padre y el de su abuelo paterno.

—Te quiero tanto pequeña...

—Pues nuestro niño tiene nombre, si tú quieres cielo, me he adelantado.

—Me gusta y tendremos el nombre de mi hermano y el mío en el rancho. ¿Sabes que eres una mujer especial?

—Claro que sí —agarrándose a Dylan.

—Vanidosa potrilla...

—Mira quién hablo. ¿Desayunamos en la cafetería?

—¿Es un antojo?

—Es un antojo y una necesidad si no quieres que me maree. No he comido nada por venir al médico.

—Te llevo a comer donde quieras cielo. No podemos consentir dejar muerto de hambre a mi pequeño. ¿Estás contenta?

—Estoy feliz. Este niño me da energías. Luego me dará trabajo, pero es el primero que tengo propio, aunque David es nuestro también. Se van a llevar cuatro años y medio. Bueno un poco más, casi cinco.

—¿Ves cómo debíamos tener ya uno?

—Pero qué me dices vaquero, si tú no querías ni casarte ni tener hijos.

—Bueno, contigo sí, violadora.

Y ella rio con ganas.

—No te violé. Te gustó, mucho.

—Mucho sí, puedes violarme otra vez.

—Tendré que pensarlo cuando te portes mal.

—Es que no puedo portarme mal contigo, preciosa y ahora mucho menos.

Pasó Acción de gracias y las Navidades, que celebraron como el año anterior. Habían preparado la habitación para el pequeño, frente a la de ellos.

Y llegó de nuevo la primavera al rancho, como el año anterior, y ella cumplió 29 años y él en Abril 32 y cinco días después del cumpleaños de su padre, vino al Mundo Dylan Payne. Un niño rubio de ojos azules.

—¡Dios mío! es igual que yo —dijo Dylan en cuanto lo tuvo en brazos.

—Todos son iguales que tú, ¿y yo qué? le decía ella mientras su padre lo mecía en brazos

—Tú los quieres mucho, pequeña.

- Os quiero mucho a todos.
- Te has portado como una potra valiente.
- Me ha costado lo mío no creas.
- Te quiero preciosa. ¿A que es pequeñillo? —Mirando al pequeño.
- Ahora, cuando crezca verás.
- Ya tenemos la casa casi llena— dijo con entusiasmo.
- Menos mal que nos quedan dos dormitorios aún.
- No pensarás... ni loca Dylan. Me planto.

## CAPÍTULO 19

*Cinco años después...*

La primavera en marzo en el rancho siempre le encantaba a Candela. Las flores crecían en los prados, la hierba verde formaba un manto para el ganado. El frescor de la mañana y los atardeceres eran tan maravillosos.

Podía disfrutar de su familia los fines de semana que eran lo que más le gustaban. Podría disfrutar de una buena lectura y recorrer el rancho, ir a su árbol favorito...

Era sábado, y mientras María hacía la comida, y Dylan estaba en el despacho terminando las nóminas de los trabajadores y las facturas, ella iba con los niños, ladera arriba recogiendo flores para ponerlas en el pequeño cementerio. Ya no subía con cochecitos. Les decía que todos tenían que andar, que el ejercicio era bueno.

David, iba delante de la mano de Dylan. Tenía diez años y era un niño muy responsable e inteligente, idéntico a su padre. Aún no le dirían que tenía a sus padres allí enterrados, cuando fuera mayor ya lo harían. De momento, era su hijo, porque verdaderamente suyo y tenía a sus hermanos. Cinco que iba a cumplir en abril Dylan, detrás iban las gemelas, Beatriz y Candela de tres años, eran dos niñas rubias y de ojos azules como su padre.

Al principio cuando Dylan dijo de tener otro, no esperaban tener dos, pero en su familia ya había gemelos y cuando se enteraron, ella se echó las manos a la cabeza. Era una locura tener tantos hijos.

Tuvieron que aumentarle el sueldo a Rose y además todo el mundo fue a la guardería, menos David y ahora Dylan, que empezó el colegio el año anterior y las gemelas empezarán en septiembre.

Cuando Dylan, le dijo que quería una casa llena de gente, no se esperaba tener cuatro contando al hijo de su hermana, pero era feliz. Nunca pensó que le gustasen tanto los niños. Pero era un gran padre y le encantaba ese revuelo que se formaba cuando venía del trabajo, porque le faltaban brazos para cogerlos. Tenían mucho trabajo y esperaban a que se durmieran para hacer el amor, pero nunca se quejó. Lo veía tan feliz... Y ella también lo era.

Nunca pensó años atrás que irse al rancho con Dylan iba a encontrar su

lugar en el mundo. Ya él se lo avisó, que serían felices en el rancho, pero sabía hasta qué punto, y se acordó de ello. Y se acordó del primer día que le abrió con aquél pijama viejo y la cola despeinada y lo insolente e irritante y mandón que le pareció, pero ahora comprendía que no le quedaba más familia que su sobrino, el hijo de su hermano, sin pensar que en ese rancho tan grande, también tendría su propia familia con ella.

Era un hombre sexual, pero era un gran trabajador y una buena persona y en casa ella tomaba las decisiones. Dylan, nunca le decía no a nada, porque confiaba en ella.

Por esa razón lo amaba tanto, cada día más. No se había arrepentido de lo que había hecho con él ni por un segundo. Era su vida.

Cuando llegaron arriba, colocaron entre todas las flores en los jarrones del blanco y pequeño cementerio, tirando las secas y recogiendo las hierbas secas y retirándolas, llenando de agua los floreros. Hacían un buen equipo.

Luego, cuando llegaron al árbol favorito de su madre, llamaron a los abuelos y los fueron saludando uno a uno. Y después ella les hizo fotos y videos y se los pasó.

Subieron al árbol y allí cansados, se sentaron a contemplar las vistas un rato.

Y mientras los niños jugaban cada uno con sus juguetes, ella leía un rato un libro de poemas de Mario Benedetti.

Le encantaba, y cuando ella se ponía con un autor, tenía que tener todas sus obras y Dylan, le decía que no tenía remedio.

Cuando pasó un rato, pensó en sus padres. Nunca quisieron ir al rancho, tenían miedo de cruzar el charco, de viajar en avión, pero sus hermanos habían pasado un mes el año anterior y les encantó. Fueron unos días maravillosos con ellos.

Cuando descansó un momento la vista para controlar a los niños, venía su vaquero texano a lo lejos y ella dejó el libro en el suelo con su página marcada por dónde iba leyéndolo.

Lo observó a lo lejos. Iba a cumplir 37 años, pero era el hombre más perfecto que había conocido, el más sexy y al que más deseaba. Le dedicó una sonrisa de lejos y cuando llegó junto a ella, él, se sentó a su lado, mientras los pequeños le daban besos.

—Te quieren más que a mí.

—Pero yo te quiero más que a nadie, potrilla.— y la besaba en los labios

y los chicos se reían.

—¡Qué bichos están hechos!

—Te quiero guapa.

—Eso me consuela, ya ves.

—Y si no te consuela, te consolaré por la noche.

—¿Ya has terminado en el despacho?

—No, pero entre la tarde y mañana echaré otro par de horas y termino.

Os echaba de menos. No me gusta estar solo en casa.

—Pero si está María haciendo la comida... Mimoso y lo abrazaba y besaba en el cuello.

—Nena no te pases mucho. No me hagas eso en el cuello, que mira la tropa que tenemos.

—Si no estuviesen, te haría algo más. Sigues estando tan bueno... Ya no tenemos siestas, por tu culpa que querías una casa llena de gente.

—Pero tenemos noches y son muy buenas. ¿O no?

—Sí, de eso no me quejo vaquero. Lo que pasa es que hay momentos que no son por la noche que me apetece...

—Bruja malvada. Recuérdame esta noche y te compensaré.

—Te lo recordaré.

—¿Es que no te gustan nuestros hijos?

—Pues claro tonto. Soy muy feliz. Tengo más trabajo, pero me encanta nuestra familia.

—Podías dejar de trabajar si quieres, cielo, te lo digo en serio, el rancho está dando muy buenos beneficios, tenemos dinero suficiente y hacer lo que quieras.

—Lo que quiero es dar clases encanto. No podría estar sin dar mis clases. Sé que no gano lo que tú, pero aunque el dinero es importante, es porque no quiero ser una mujer ociosa y creo que compatibilizo bien el ser madre con los niños y la casa, claro con ayuda. Pero mi amor, quiero seguir dando clases aunque mi sueldo sea para pagar a María y a la chica y la ropa de la tropa.

—Entonces, no te digo nada, pero sabes que no lo necesitas. Lo sigo por t cielo, aunque sé cómo eres y no dejarás tu trabajo.

—No quiero dejar de trabajar Dylan, no es por el dinero. Creo que compatibilizo bien ser madre con el trabajo y contigo. Tengo ayuda de Rose de María. Me desesperaría sin hacer nada.

—¿No quieres ser una mantenida?

—Lo soy sin remedio. Mi aportación a la casa no es mala, pero ni de lejos como la tuya. No podría yo sola mantener a toda la tropa.

—Tú sabes que eso a mí, no me importa. Eres mi mujer y te quiero y tengo lo suficiente y me sobra para mantener a mi familia.

—Lo sé. Eres tan bueno... un buen marido y un padre excelente.

—Prefiero que me digas otras cosas que eso.

—Eres tan sexy... Pero eso ya lo sabes. Sabes que no hay nadie para mí más que tú, que amo tu cuerpo.

—Eso me gusta más... Oye ¿quieres que ampliemos la casa para hacer otro dormitorio?

—No, las niñas están bien juntas y cuando sean un poquito mayores, le hacemos una habitación para cada una y quitamos la de invitados, casi no la necesitamos. Así todos tendrán la suya y cuando vengan de la Universidad, tienen su dormitorio. Solo tendremos que ir cambiándolas de infantiles a juveniles y luego a matrimonio de nuevo, por si vienen con sus novias y eso...

—Eso sí, que sean felices.

—Además a ellas les encanta estar juntas y comparten sus juguetes.

—Se llevan bien, ¿verdad?

—Sí, hemos hecho un buen trabajo, mi amor.

—¿Qué te parece que los llevemos a Disney?

—¿Cuándo?

—A finales de marzo, ya sabes que tengo tiempo.

—¿En las fiestas de primavera?

—Sí, tendremos que llevarnos a Rose con nosotros.

—Nos la llevamos. A ella le encanta venirse con nosotros de vacaciones. Tomamos dos dormitorios y disfrutamos unos días.

—Entonces hay que hacer planes, ya mismo.

—Solo hay que sacar los billetes y reservar hotel. Nosotros una habitación y una suite al lado para Rose y los niños.

—Ummm...eso me gusta.

—Vamos a comer potrilla, hay que planear un viaje.

—Bajemos ya, sí.

Y mientras Dylan bajaba con una niña en cada cintura, ella llevaba a cada niño de la mano...

Y esa noche cuando todos los chicos estaban acostados, ellos estaban en



los balancines del porche con un café, descansando como siempre.

Candela, miraba las estrellas y Dylan la miraba ella y la tenía cogida de las manos con los dedos entrelazados.

—¿Hoy no lees, preciosa?

—No me apetece. Prefiero estar así contigo. Me gusta esta paz nocturna que nos pertenece.

—Te dije cuando fui a Carolina del Norte a por ti y a por David, que te gustaría el rancho.

—Sí, pero no sabía hasta qué punto. Hemos hecho una gran familia.

—Nunca hubiese imaginado la primera vez que te vi con esa coleta desaliñada que fueses tan bella.

—Y el pijama, que no se te olvide aquél pijama. Ese hermoso pijama.

Y Dylan reía.

—Me gustó más el camisón de raso vino tinto...